

EXTRAÑOS PARIENTES

PHILIP J. FARMER



GALAXIA
Ciencia-Ficción

Si un hombre puede vivir en una especie de útero de una planta de un planeta extraño, eso son

Relaciones extrañas.

Si un hombre ama a una extraterrestre pero al mismo tiempo tiene asco por el fruto de esa relación, eso son

Relaciones extrañas.



Philip Jose Farmer

Extraños parientes

Galaxia - 18

ePub r1.0

Titivillus 21.05.16

Título original: *Strange relations*
Philip Jose Farmer, 1960
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Si fuéramos ángeles no tendríamos sexo, sino alas.
Un aeroplano no tiene sexo, tampoco lo tiene Dios.*

Henry Miller...

MADRE

Capítulo primero

—Mira mamá, el reloj está marchando para atrás.

Eddie Fetts señaló las manecillas de la esfera del reloj en la cabina de comando.

—Ha de haberlo descalabrado el choque —dijo la doctora Paula Fetts.

—Y eso, ¿cómo es posible?

—No sé, hijo. Yo no sé todas las cosas.

—¡Oh!

—¿Por qué estás tan contrariado? No soy técnico electrónico, soy patóloga.

—No te enojés tanto conmigo, mamá. No lo puedo soportar. No en este momento.

Eddie abandonó bruscamente la cabina. Su madre lo siguió, angustiada. El sepelio de los tripulantes de la nave y el de sus colegas científicos había sido una dura prueba para él.

Desde niño la visión de la sangre le provocaba náuseas y mareos; a duras penas había logrado vencer el temblor de sus manos lo suficiente para ayudarle a ella a ensacar los huesos y los órganos dispersos.

Él había querido arrojar los cadáveres al horno nuclear, pero ella se lo había prohibido. Los contadores Geiger, pulsando ruidosamente en el centro de la nave, anunciaban la invisible presencia de la muerte en la popa.

El meteoro que había chocado con la nave en el momento en que ésta salía de Traslación para entrar en el espacio normal había estropeado, al parecer, la sala de máquinas. Eso al menos le habían dado a entender los chillidos entrecortados de uno de sus colegas antes de que huyera despavorido a refugiarse en la cabina de

comando. La doctora Fetts se había apresurado a buscar a Eddie. Temía que su puerta estuviera cerrada por dentro, pues su hijo había estado grabando el aria “Pesado cuelga el albatros” de la ópera *El Viejo Marino* de Gianelli.

Por fortuna, el sistema de emergencia había interrumpido automáticamente los circuitos de todas las cerraduras. Al entrar, lo había llamado a gritos, temiendo que pudiese estar herido. Lo encontró tendido en el suelo, semiinconsciente. Mas no a consecuencia del choque. El motivo de su estado, desprendido de su mano inerte, yacía en un rincón de la cabina: un termo de un galón provisto de un pezón de caucho. La boca abierta de Eddie exhalaba el olor característico del *whisky* de centeno, un tufo tan intenso que ni las píldoras Nodor habían podido neutralizar.

Ella le había ordenado secamente que se pusiera de pie y se acostara en la cama. Su voz, la primera que Eddie escuchara en su vida, atravesó la falange de Oíd Red Star. Se incorporó con dificultad y ella, más menuda, tuvo que poner en juego todas sus energías para ayudarlo a levantarse y llevarlo hasta la cama.

Después, acostándose a su lado, había ajustado sobre los dos cuerpos el cinto de seguridad. Tenía entendido que también había zozobrado el bote de salvamento y que ahora sólo dependía del capitán el que la nave pudiera descender sin nuevas vicisitudes en el Baudelaire, un planeta cartográficamente relevado, pero nunca explorado. El resto del pasaje había ido a sentarse detrás del capitán, amarrados a sus sillas de emergencia, incapaces de prestar ayuda excepto un silencioso apoyo. El apoyo moral no había bastado. La nave había descendido escorada a una velocidad excesiva. Los estropeados motores no la habían podido sostener. La proa había sufrido la peor parte del castigo. Y también los que estaban sentados en ella.

Estrechando contra su pecho la cabeza de su hijo, la doctora Fetts había orado a su Dios en voz alta. Eddie entre tanto roncaba y farfullaba. De pronto, una explosión, como si hubiesen estallado al unísono todas las puertas del infierno —un estruendo espeluznante como si la nave fuese el badajo de una campana gargantuesca que doblara el mensaje más aterrador que puedan escuchar oídos humanos—, un ramalazo de luz enceguecedora... y oscuridad y silencio.

Momentos después Eddie rompió a gritar con voz llorosa y aninada:

—¡No me dejes morir, mamá! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Mamá estaba inconsciente a su lado, pero él no lo sabía. Lloró durante un rato, para volver a hundirse —si en algún momento había salido de él— en el nebuloso estupor de los vapores del centeno; y se quedó dormido. Otra vez, oscuridad y silencio.

Era el segundo día después del accidente, si podía llamarse «día» a esa penumbra crepuscular que reinaba en Baudelaire. La doctora Fetts no dejaba a su hijo ni a sol ni a sombra. Sabía lo sensible, lo impresionable que era. Lo había sabido durante toda su vida y constantemente había tratado de evitarle todo cuanto pudiese perturbarlo.

Y lo había logrado, creía ella, hasta tres meses antes, cuando Eddie se había fugado con una muchacha.

La joven era Polina Fameux, la actriz de pelo rubio-ceniza y largas piernas, cuya imagen tridimensional, filmada y televisada, había viajado a planetas fronterizos donde un magro talento histriónico importaba menos que un busto opulento y bien torneado. Como Eddie era un famoso tenor del Metro, la boda había causado gran revuelo y sus ecos habían llegado a todos los confines de la galaxia civilizada.

A la doctora Fetts la fuga le había herido en carne viva; sin embargo, había logrado, pensaba ella, ocultar su resentimiento detrás de una máscara sonriente. No era que le doliese el tener que renunciar a él; al fin y al cabo, era ya un hombre hecho y derecho, no más su niño. Aunque en verdad, si descontaba sus temporadas en el Metro y sus giras, desde los ocho años jamás se había apartado de su lado.

Eso fue cuando ella partió en viaje de bodas con su segundo marido. Pero tampoco aquella vez duró mucho tiempo la separación, porque Eddie había caído gravemente enfermo y su madre debió anticipar su regreso para atenderlo, ya que él insistía en que era la única persona capaz de sanarlo.

Por lo demás, tampoco podía considerar como pura pérdida sus temporadas en la ópera, pues Eddie la llamaba por el fonovisor todos los mediodías y mantenían larguísimas charlas, sin cuidarse por lo mucho que pudieran subir las cuentas del fonovideo.

Los ecos de la boda tenían apenas una semana de edad cuando fueron seguidos por otros más altisonantes. Traían la noticia de que Eddie y su mujer se habían separado. Dos semanas después, Polina pedía el divorcio por incompatibilidad. Los papeles del juicio le fueron entregados a Eddie en el departamento de su madre. Había vuelto a vivir con ella el día mismo en que Polina y él decidieron, de común acuerdo, que «la cosa no marchaba» o, como él se lo expresara a su madre, que «no se entendían».

La doctora Fetts sentía, naturalmente, una inmensa curiosidad por conocer los motivos de la separación, pero, como solía decir a sus amigos, «respetaba» el silencio de su hijo. Lo que no decía, lo que sólo se decía a sí misma, era que alguna vez Eddie terminaría por contárselo todo.

El «colapso nervioso» de Eddie comenzó al poco tiempo. Había estado muy irritable, melancólico y deprimido, pero su estado se agravó el día en que cierto amigo le contó a Eddie que cada vez que Polina oía mencionar su nombre, se echaba a reír a carcajadas. El amigo agregó que Polina había prometido narrar algún día la verdadera historia de su efímera unión.

Esa noche su madre tuvo que llamar al médico.

En los días subsiguientes, ella pensó en renunciar a su puesto en el departamento de investigaciones patológicas de De Kruif para dedicarse en cuerpo y alma a ayudar a su hijo a «salir a flote». Un indicio de la lucha que se libraba en su interior fue el hecho de que no pudiera decidirlo en el término de una semana. Ella, que por lo general, analizaba y resolvía rápidamente todos sus problemas, no podía resignarse a abandonar sus amados estudios en el campo de la regeneración tisular.

Cuando estaba ya a punto de recurrir al expediente que era para ella lo increíble, lo bochornoso —tirar una moneda— su superior la había llamado por fonovideo. Le comunicó que acababan de designarla para emprender, con un grupo de biólogos, un cruce de estudio a diez sistemas planetarios previamente seleccionados.

Llena de júbilo, había tirado al canasto los papeles destinados a internar a Eddie en una casa de salud. Y como él era bastante famoso, ella había puesto en juego todas sus influencias para conseguir que el gobierno le permitiese acompañarla. Ostensiblemente, iba a hacer un estudio de la evolución de la ópera

en los planetas colonizados por los terráqueos. Que el crucero no visitaría ninguna de las colonias terrícolas fue, al parecer, un punto que los organismos pertinentes no tuvieron en cuenta. Pero no era la primera vez en la historia de un gobierno en que su mano izquierda no supiera lo que hacía su derecha.

En realidad, iba para que su madre lo «reconstruyera», pues ella se consideraba mucho más apta para curarlo que cualquiera de las terapias en boga: A, F, J, R, S, K o H. Algunos de sus amigos aseguraban, es cierto, haber obtenido resultados asombrosos con alguna de las técnicas de búsqueda simbólica. Pero dos de sus compañeros más cercanos habían probado todas sin obtener beneficio alguno de ninguna de ellas. Ella era su madre; podía hacer por él mucho más que todas aquellas «alfabetomanías»; él era carne de su carne, sangre de su sangre. Y además, no estaba tan enfermo. Sólo que a veces caía en horribles melancolías y hacía dramáticas pero insinceras amenazas de suicidio, o se pasaba las horas sentado con la mirada perdida en el vacío. Pero ella sabía cómo manejarlo.

Capítulo segundo

Ahora lo siguió, pues, del reloj que marchaba para atrás hasta su cabina. Lo vio entrar, mirar por espacio de un segundo, y volverse a ella con el semblante demudado.

—Neddie se ha arruinado, mamá. Se ha arruinado por completo.

Ella echó un vistazo al piano. Se había desprendido de sus soportes murales en el momento del impacto, yendo a estrellarse contra la pared opuesta. Para Eddie no era simplemente un piano; era Neddie. Tenía la costumbre de poner apodos a todas las cosas con las que convivía durante algún tiempo. Era como si saltara de uno a otro apodo, a semejanza del viejo marino que se siente perdido si no divisa los conocidos y tranquilizadores mojones de la costa. De otro modo, Eddie parecía flotar, desvalido, a la deriva de un proceloso océano, un océano que era para él amorfo y anónimo.

O bien, analogía quizá más típica, era como el frecuentador de un club nocturno que tiene la sensación de hundirse, de ahogarse, si no salta de mesa en mesa, de uno a otro grupo de caras conocidas, esquivando los mudos rostros informes, los rostros de muñecos de los desconocidos.

No lloró por Neddie. Ojalá hubiese llorado, pensó ella. Se había mostrado tan apático durante el viaje. Nada, ni el esplendor sin par de las estrellas, ni el misterio inefable de los planetas desconocidos le despertaba mayor curiosidad. Si se echara a llorar o se riese a carcajadas, si dejase entrever algún indicio de reacción violenta ante los sucesos. Si le pegara o la insultara con «palabrotas», hasta eso la habría alegrado.

Pero no, ni siquiera durante la recuperación de los cadáveres mutilados, cuando por un momento creyó que iba a vomitar, había dado rienda suelta a su necesidad física de expresión. El vomitar,

pensaba ella, le haría sentirse mucho mejor, pues le permitiría liberarse a la vez de tantas tensiones físicas y psíquicas.

Sin embargo, no vomitó. Siguió rastrillando carne y huesos y echándolos en las grandes bolsas de plástico, con una expresión reconcentrada de resentimiento y tristeza.

Ahora esperaba que la pérdida del piano le arrancase lágrimas, lo hiciera estallar en convulsivos sollozos. Entonces ella podría tomarlo en sus brazos y consolarlo. Sería otra vez su hijo pequeñito, temeroso de la oscuridad, asustado del perro muerto por un automóvil, el niño que buscaría en sus brazos la protección segura, el seguro amor.

—No te aflijas, nenito —le dijo—. Cuando nos rescaten te conseguiremos uno nuevo.

—¡Cuándo...!

Enarcó las cejas y se sentó en el borde de la cama.

—¿Y ahora qué hacemos?

La doctora Fetts adoptó repentinamente una actitud enérgica y eficiente.

—En el momento en que chocamos con el meteoro, el ultrad empezó a funcionar automáticamente. Si ha sobrevivido al impacto, todavía ha de estar enviando señales de SOS. De lo contrario, no hay nada que podamos hacer al respecto. Ninguno de nosotros sabe cómo repararlo.

«Sin embargo, es posible que en los últimos cinco años, desde que se localizó este planeta, hayan aterrizado aquí otras expediciones. No desde la Tierra, sino desde alguna de las colonias. O de planetas no humanos. ¿Quién sabe? Vale la pena probar. Veamos».

Una sola mirada bastó para desbaratar sus esperanzas. El ultrad estaba retorcido y destrozado, a tal punto que ya no era reconocible como el mecanismo que enviaba ondas ultralumínicas a través del no-éter.

—Bueno —dijo la doctora Fetts con forzado optimismo—. ¡No hay más que hablar! ¿Y qué? Esto nos simplifica muchísimo las cosas. Vayamos a la bodega y veamos qué se puede hacer.

Eddie se encogió de hombros y la siguió. En la bodega ella insistió en que cada uno llevara un panrad. Si por una razón u otra debían separarse, tendrían siempre la posibilidad de comunicarse, y

además, utilizando los BD —los buscadirección incluidos en el panrad—, localizarse mutuamente. Conocían, por haberlos usado en otras oportunidades, las aplicaciones de los instrumentos y sabían lo indispensables que eran en excursiones de exploración o de campamento.

Los panrad eran cilindros livianos de unos sesenta centímetros de altura y veinte de diámetro. Comprimidos en su interior, contenían los mecanismos de dos docenas de instrumentos diferentes. Sus baterías duraban un año sin necesitar recarga, eran prácticamente indestructibles y funcionaban en casi cualquier condición.

Tratando de mantenerse alejados del centro de la nave con su inmenso boquete, llevaron afuera los panrad. Eddie buscaba las bandas de onda larga mientras su madre giraba el dial que abarcaba la banda de onda corta. A decir verdad, ninguno de los dos esperaba oír nada, pero buscar era siempre mejor que permanecer ociosos.

Después de verificar que las ondas de frecuencia modulada no producían ningún sonido significativo, Eddie pasó a las ondas continuas. Una señal de punto-y- raya lo sobresaltó.

—¡Eh, mamá! ¡Algo en los mil kilociclos! ¡No modulada!

—Claro, hijo —dijo ella, con cierto fastidio en medio de su alegría—. ¿Qué otra cosa podías esperar de una señal radiotelegráfica?

Buscó la banda en su propio cilindro. Eddie la miraba, perplejo.

—Yo de radio no entiendo nada, pero esto no es Morse.

—¿Qué? ¡Debes estar equivocado!

—No... no me parece.

—¿Sí o no? Santo Dios, hijo, ¿no puedes estar seguro de nada?

Aumentó el volumen. Como los dos habían estudiado Galacto-Morse por el método «Aprenda mientras duerme», pudo situarlo rápidamente.

—Tienes razón. ¿Qué se te ocurre que pueda ser?

El fino oído de Eddie diferenció las pulsaciones.

—No es solamente punto y raya. Hay cuatro longitudes de tiempo diferentes.

Escuchó un momento más.

—Y tienen cierto ritmo. Puedo distinguir grupos definidos. ¡Ah! Ya va la sexta vez que percibo éste. Y aquí hay otro. Y otro.

La doctora Fetts meneó su rubia cabeza cenicienta. Ella no escuchaba nada más que una serie de zzt-zzt-zzt.

Eddie echó un vistazo a la aguja del Busca-Dirección.

—Viene del noroeste, por el este. ¿Intentamos localizarlo?

—Naturalmente —respondió su madre—. Pero sería preferible que comiéramos antes. No sabemos a qué distancia está ni con qué habremos de toparnos. Mientras yo preparo algo caliente, tú apronta nuestros avíos de campamento.

—De acuerdo —dijo Eddie con más entusiasmo que el que había mostrado desde hacía mucho tiempo.

Cuando volvió, comió todo lo que contenía el gran plato que su madre había preparado en el intacto hornillo de la cocina.

—Siempre tu guiso es el mejor del mundo —dijo.

—Gracias. Me alegra verte comer con apetito, hijo. Y me sorprende. Pensé que todo esto te caería mal.

Él agitó la mano vaga pero enérgicamente.

—El desafío de lo desconocido. Tengo el presentimiento de que esto va a resultar mejor de lo que pensábamos. Muchísimo mejor.

Ella se le acercó y le olió el aliento. Estaba limpio, inocente hasta el olor del guiso. Eso significaba que había tomado Nodor, lo cual sugería que había estado bebiendo a hurtadillas un poco de *whisky*. ¿Cómo si no explicarse su temeridad, su desprecio de los posibles peligros? Estaba irreconocible.

No hizo comentario alguno, pues sabía que si él pretendía ocultar una botella entre sus ropas o en su mochila mientras rastreaban las señales radiotelefónicas, ella no tardaría en descubrirla. Y en quitársela. Y él ni siquiera chistaría. Se la dejaría sacar de las manos mientras sus labios harían pucheros de resentimiento.

Capítulo tercero

Provistos de sus mochilas y de sendos panrads, emprendieron la marcha. Eddie llevaba un arma al hombro y ella había deslizado entre sus cosas su negro maletín de medicamentos e instrumentos de laboratorio.

El pleno mediodía del fin del otoño aparecía coronado por un débil sol rojo que a duras penas conseguía asomarse por entre la eterna doble capa de nubes. Su compañero, una burbuja más pequeña aún, de un color alilado, empezaba a ocultarse por el noroeste, detrás del horizonte. Eddie y su madre avanzaban en medio de una especie de crepúsculo claro, el máximo de luz que a cualquier hora del día lograba el Baudelaire. Sin embargo, a pesar de la penumbra, el aire era tibio: un fenómeno común en ciertos planetas situados detrás de la Cabeza de Caballo, fenómeno que se estaba investigando pero que todavía carecía de explicación.

El paisaje era montañoso, con profundas hondonadas. De tanto en tanto, cerros lo suficientemente altos y escarpados como para que se los pudiese llamar montañas embrionarias. Considerando la naturaleza escabrosa del terreno, la vegetación era asombrosamente exuberante. Arbustos de color verde pálido, rojos y amarillos, enredaderas y árboles pequeños se prendían a cada pedacito de tierra, horizontal o vertical. Todos tenían hojas relativamente anchas que giraban siguiendo al sol para captar la luz.

De tanto en tanto, a medida que los dos terráqueos recorrían ruidosamente la selva, bestezuelas multicolores semejantes a insectos y a mamíferos huían precipitadamente de un escondite a otro. Eddie decidió llevar el arma en el hueco del brazo. Luego, cuando se vio obligado a ascender y descender gateando barrancos y colinas y abrirse paso entre malezas que se tornaban

imprevistamente enmarañadas, volvió a ponérsela al hombro, colgada de una correa.

Sin embargo, aquella marcha accidentada no era demasiado fatigosa. Pesaban unos diez kilos menos de lo que pesarían en la Tierra y a pesar de que el aire era más ligero, era más rico en oxígeno.

La doctora Fetts caminaba al mismo ritmo que su hijo. Treinta años mayor que el joven de veintitrés, pasaba, incluso vista de cerca, por su hermana mayor. Las píldoras longevidad se encargaban de eso. No obstante, él la trataba con toda la cortesía y la caballerosidad que uno cree deberle a la madre, ayudándola en las cuevas empinadas, pese a que el escalarlas no obligaba a su amplio pecho a reclamar más aire.

A la orilla de un riacho hicieron un alto para orientarse.

—Las señales han cesado —dijo Eddie.

—Es evidente —observó ella.

En aquel momento el detector de radar incluido en el panrad empezó a silbar. Ambos levantaron la vista automáticamente.

—No hay ninguna nave en el aire.

—Tampoco puede venir de esos cerros —señaló ella—. No hay nada más que un peñasco en la cima de cada uno. Rocas descomunales.

—Y sin embargo, me parece que viene de allí. ¡Oh! ¡Oh! ¿Viste lo que yo vi? Parecía una especie de caña muy alta que caía por detrás de aquella roca enorme.

Ella atisbo a través de la penumbra.

—Me parece que estás imaginando cosas, hijo. Yo no vi nada.

De pronto, sin que cesara el silbido, el

zzt-zzt

volvió a empezar. Luego de una sucesión de ruidos, ambos se detuvieron.

—Subamos y veamos lo que hay para ver —propuso ella.

—Alguna rareza —comentó él. Ella no contestó.

Vadearon el riacho e iniciaron el ascenso. A mitad de camino se detuvieron un instante para husmear, desconcertados, una ráfaga de un olor muy penetrante que bajaba con el viento.

—Huele como una jaula repleta de monos —dijo él.

—En celo —agregó ella. Si él tenía el oído más fino, ella tenía el

olfato más aguzado.

Continuaron el ascenso. El DR empezó a emitir su pequeño campanileo histérico. Eddie se detuvo, estupefacto. El BD indicaba que las vibraciones del radar no venían, como antes, de la cumbre de la montaña que estaban escalando, sino de una segunda que se alzaba al otro lado del valle. Repentinamente, el panrad, enmudeció.

—¿Qué hacemos ahora?

—Terminar lo que hemos empezado. Esta montaña. Luego iremos a la otra.

Encogiéndose de hombros, Eddie se apresuró a seguir tras del cuerpo alto y delgado de su madre, enfundado en largos mamelucos. Aquel olor la había excitado, literalmente, y ya nada podía detenerla. En el momento preciso en que llegaba al peñasco que coronaba la colina, y que tenía las dimensiones de una cabaña, Eddie le dio alcance. Ella se había detenido y observaba atentamente la aguja del BD, que luego de un vaivén impetuoso, se estabilizó en neutro. El olor a jaula de monos era muy potente ahora.

—¿Te parece que podría tratarse de algún tipo de mineral radiogenerador? —preguntó, decepcionada.

—No. Aquellos grupos de señales eran sistemáticos. Y este olor...

—¿Entonces, qué...?

Eddie no sabía si sentirse halagado o no por el hecho de que su madre, en forma tan obvia y repentina, hiciera recaer en él el peso de las responsabilidades y la acción. Se sentía orgulloso y a la vez curiosamente intimidado. Pero lo poseía una extraña animación. Casi, pensó, como si estuviera a punto de encontrar lo que había estado buscando durante mucho tiempo. Cuál había sido el objeto de aquella búsqueda, no sabía decirlo. Pero estaba excitado y no tenía mucho miedo.

Descolgó su arma, una combinación de doble caño de rifle y escopeta. El panrad seguía inmóvil.

—A lo mejor —dijo— ese peñasco está camuflando una base de espionaje. —Hasta a él le sonó ridículo lo que acababa de decir.

A sus espaldas, su madre contuvo el aliento y dejó escapar un grito. Eddie giró sobre sus talones y empuñó el arma, pero no había

ningún blanco a la vista. Temblando, emitiendo sonidos incoherentes, su madre le señaló la cima de la montaña al otro lado del valle.

Él creyó ver una antena larga y fina que se proyectaba desde el peñasco monstruoso agazapado en la cúspide. Al mismo tiempo, dos pensamientos se disputaban el primer plano de su mente: uno, que era algo más que una simple coincidencia el que las dos montañas tuviesen en sus crestas estructuras de piedra casi idénticas, y dos, que la antena debió de ser tendida un momento antes, pues estaba seguro de no haberla visto la primera vez que miró.

Nunca llegó a comunicar a su madre sus conclusiones, pues algo delgado, flexible e irresistible lo asió por la espalda. Izado en el aire, fue transportado hacia atrás. Eddie dejó caer el arma y trató de asir las bandas o tentáculos que le rodeaban el cuerpo y de quebrarlo con sus manos. Inútil.

Tuvo una visión de su madre corriendo cuesta abajo. De pronto, una cortina se cerró y se encontró en la más impenetrable oscuridad.

Capítulo cuarto

Siempre suspendido en el aire, Eddie sintió que lo hacían girar en redondo. No podía estar seguro, claro está, pero tuvo la sensación de que ahora lo llevaban en dirección diametralmente opuesta. Al mismo tiempo, los tentáculos que le sujetaban los brazos y las piernas lo soltaron. Sólo la cintura seguía aprisionada, atenazada con tanta fuerza que lo hacía gritar de dolor.

Luego, las punteras de sus botas rebotaron contra una superficie elástica y se sintió empujado hacia adelante. Claudicante, enfrentado a quién sabe qué horrible monstruo, se sintió de pronto asaltado —no por un pico voraz ni por dientes ni por un cuchillo u otro mutilador instrumento cortante— sino por una oleada de aquel mismo olor a monos.

En otras circunstancias sin duda habría vomitado. Esta vez su estómago no tuvo tiempo de considerar si debía o no limpiar la casa. El tentáculo lo levantó a mayor altura y lo lanzó contra algo blando y elástico —algo carnoso y femenino— casi parecido a un pecho por su textura, suavidad y tibieza y por la delicada curva levemente insinuada.

Eddie sacó manos y pies para defenderse, pensando por un momento que iba a hundirse y quedar engullido, atrapado. La idea de una suerte de ameba gargantuesca escondida en una roca hueca —o en una concha de aspecto rocoso— lo hizo forcejear y gritar y empujar a aquella sustancia protoplasmática.

Pero no le aconteció nada de eso. No lo sumergieron en una gelatina asfixiante y legamosa que, luego de arrancarle la piel y la carne, disolviera sus huesos. Una y otra vez, lo hicieron rebotar contra la suave superficie turgente. Y cada vez que chocaba contra ella, la empujaba, le asestaba puntapiés o puñetazos. Al cabo de una

docena de estos actos aparentemente incoherentes, lo levantaron como para observarlo, como si la criatura o la cosa que así lo sacudía estuviera intrigada por su comportamiento.

Había cesado de gritar. Ahora los únicos sonidos audibles eran su bronca respiración y los chistidos y silbidos del panrad. En el momento mismo en que empezó a escucharlos, los chistidos cambiaron de ritmo para estabilizarse en una serie identificable de pulsaciones —tres unidades que se repetían una y otra vez—.

—¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?

Naturalmente, también hubiera podido ser: «¿Qué eres tú?» o «¡Qué demonios!» o «¿Nor smoz ka pop?». O nada, semánticamente hablando.

Pero Eddie no creía que fuera esto último. Y cuando lo depositaron delicadamente en el piso, y el tentáculo desapareció en la oscuridad, sólo Dios sabe dónde, tuvo la certeza de que la criatura estaba comunicándose, o tratando de comunicarse con él.

Fue ese pensamiento el que lo disuadió de gritar y echar a correr por aquella cámara tenebrosa y fétida, buscando locamente una salida. Dominando su pánico, abrió un pequeño obturador del cilindro del panrad e introdujo en él el dedo índice de su mano derecha. Lo apoyó en el interruptor sin llegar a oprimirlo, y en el preciso momento en que el aparato cesó de transmitir, él emitió a su vez, lo mejor que pudo, las pulsaciones que había recibido. No tuvo necesidad de encender la luz y hacer girar el dial para sintonizar la banda de los mil kilociclos. El instrumento sintonizaría automáticamente esa frecuencia con la que acababa de recibir.

Lo más curioso era que el cuerpo le temblaba de los pies a la cabeza en forma casi incontrolable, con la sola excepción de una parte: su dedo índice, la única unidad que, le pareció, tenía una función claramente definida en esta situación por lo demás confusa. Era la parte de sí mismo que lo estaba ayudando a sobrevivir, la única parte que, por el momento, sabía lo que tenía que hacer. Hasta su cerebro parecía estar totalmente desvinculado de su dedo. Ese dígito era él mismo, y el resto sólo estaba unido a él por puro azar.

Cuando se interrumpió, comenzó otra vez el transmisor. Esta vez las unidades eran irreconocibles. Tenían cierto ritmo, pero no pudo darse cuenta qué significaban. Entre tanto, el DR emitía breves

silbidos secos y entrecortados. Algo, un haz, en algún lugar de aquella oscura caverna, no le perdía pisada.

Apretó un botón de la tapa del panrad y la linterna empotrada en el aparato alumbró el área que tenía frente a él. Vio una pared de una sustancia gomosa de color gris rojizo. En la pared se destacaba una ligera turgencia gris de forma vagamente circular, de poco más o menos un metro veinte de diámetro. A su alrededor, confiriéndole cierta semejanza con una medusa, había enroscados doce tentáculos muy largos y muy delgados.

Pese al temor de que si les daba la espalda los tentáculos pudieran asirlo de nuevo, su curiosidad lo instó a darse vuelta y examinar los alrededores a la luz de su linterna. Se encontraba en una cámara ovoide de unos diez metros de largo, cuatro de ancho y dos y medio a tres de altura en el centro. Estaba constituida por una sustancia gris rojiza de textura uniforme con excepción de conductos azules y rojos, a intervalos irregulares. ¿Venas y arterias?

Una porción de la pared que tenía las dimensiones de una puerta presentaba una ranura vertical que la recorría de arriba a abajo y estaba también flanqueada por tentáculos. Eddie supuso que debía ser una especie de iris, el cual se había abierto para arrastrarlo a él al interior. Tentáculos agrupados en forma de estrella de mar aparecían aquí y allá por las paredes o colgaban del techo. En la pared opuesta a la del iris había un tallo largo y flexible provisto, en su extremo libre, de una golilla cartilaginosa. Cada vez que Eddie hacía algún movimiento, el tallo se movía y su extremo ciego lo seguía como una antena de radar sigue el rastro del objeto que intenta situar. Eso era. Y a menos que estuviese muy equivocado, el tallo era al mismo tiempo un receptor-transmisor de onda continua.

Paseó en torno el haz de su linterna. Cuando llegó al extremo más distante, contuvo el aliento. ¡Amontonadas, de frente a él había diez criaturas! Del tamaño de cerdos a medio crecer, a nada se parecían tanto como a caracoles despojados de sus conchas; carecían de ojos y el tallo que crecía de la frente de cada uno era una réplica diminuta del de la pared. No parecían peligrosos. Sus bocas, abiertas, eran pequeñas y sin dientes y su ritmo de locomoción debía ser lento, pues se arrastraban como caracoles sobre un ancho basamento muscular... un pie de carne.

Empero, si se quedaba dormido, aquellos seres podrían

dominarlo por su fuerza numérica y quizás esas bocas segregaran un ácido capaz de digerirlo, o tuvieran un secreto aguijón ponzoñoso.

Sus lucubraciones fueron interrumpidas en forma violenta. Se sintió aprisionado, alzado en vilo y pasado a otro grupo de tentáculos. Llevado hasta más allá del tallo-antena, en dirección a las criaturas caracolimorfas. Justo antes de llegar al sitio donde se encontraban, lo inmovilizaron, de cara a la pared. Un iris, invisible hasta ese momento, se abrió de pronto. Eddie lo iluminó con el haz de su linterna, pero sólo alcanzó a divisar circunvoluciones de carne.

Su panrad emitió una nueva serie de señales —pin-pon-pen-pan—. El iris se dilató hasta alcanzar el ancho suficiente para admitir su cuerpo si se lo introducía de cabeza. O por los pies. Lo mismo daba para el caso. Los repliegues se desenmarañaron y se convirtieron en un túnel. O en una garganta. De miles de hoyos diminutos emergieron miles de dientes pequeñísimos, afilados como navajas. Centellearon un instante y volvieron a hundirse, pero antes de que hubieran desaparecido, mil otras diminutas lanzas maléficas se precipitaron hacia afuera adelantándose a los colmillos que retrocedían.

Moledora de carne.

Más allá de aquella formación asesina, en el fondo de la garganta, había una enorme bolsa de agua. Exhalaba vapor, y con el vapor un aroma semejante al del guiso de mamá. Trocitos de algo oscuro, presumiblemente carne, y pedazos de legumbres flotaban en la hirviente superficie.

Luego el iris se cerró, y lo pusieron de frente a las babosas. Suave, pero inequívocamente, un tentáculo le azotó las nalgas. Y el panrad chistó una advertencia.

Eddie no era tonto. Ahora sabía que las diez criaturas no eran peligrosas a menos que él las molestase. En cuyo caso, acababa de ver adonde iría a parar si no se portaba bien.

Una vez más fue izado y transportado a lo largo de la pared hasta rebotar contra la mancha gris claro. El olor a jaula de monos, que se había atenuado, volvió a intensificarse. Eddie descubrió que provenía de un pequeño orificio que apareció en la pared.

Cuando no reaccionó —no tenía aún idea alguna de cómo se

suponía que debía actuar— los tentáculos lo soltaron en forma tan sorpresiva que cayó de espaldas. Ileso al rebotar sobre la carne muelle, se levantó.

¿Cuál podría ser el próximo paso? Inventario de recursos. Recuento: el panrad. Un saco de dormir, que no iba a necesitar mientras persistiese la presente temperatura demasiado cálida. Un frasco de cápsulas *Old Red Star*. Un botella térmica con su correspondiente pezón. Una caja de raciones A-2-Z. Un hornillo plegadizo. Cartuchos para su arma de doble caño, que ahora yacía fuera de la concha rocosa de la criatura. Un rollo de papel higiénico. Cepillo de dientes. Dentífrico. Jabón. Toalla. Píldoras: Nodor, hormona, vitamina, longevidad, reflejo y somníferas. Y un alambre fino como un hilo, de treinta metros de longitud cuando estaba desenrollado, que aprisionaba en su estructura molecular cien sinfonías, ochenta óperas, mil tipos de piezas musicales diferentes y dos mil obras famosas de la literatura, que abarcaban de Sófocles a Dostoievsky y los *best-sellers* más recientes. Podía hacerlo funcionar en el interior del Panrad.

Lo insertó, apretó un botón y habló:

—Grabación de Eddie Fetts de *Che Gélida Manina* de Puccini, por favor.

Y mientras escuchaba complacido su magnífica voz, abrió una lata que había encontrado en el fondo de la mochila. Su madre había guardado en ella el resto del guiso de su última comida en la nave.

Sin saber lo que le sucedía, pero seguro, por alguna misteriosa razón, de que por el momento estaba a salvo, mascó lentamente la carne y las legumbres con genuina satisfacción. Tal transición de la repugnancia al apetito era frecuente en Eddie.

Limpió la lata y finalizó la merienda con un par de galletitas y una tableta de chocolate. El racionamiento quedaba excluido. Mientras le durasen los víveres, comería bien. Luego, si nada nuevo ocurría... Pero para entonces —se tranquilizó mientras se chupaba los dedos—, su madre, que estaba en libertad, encontraría algún medio de sacarlo del atolladero. Como siempre lo hiciera.

Capítulo quinto

El panrad, silencioso durante un rato, empezó a emitir señales. Eddie proyectó el haz de su linterna sobre la antena y vio que apuntaba en dirección a los seres caracolimorfos, a los cuales, siguiendo su costumbre, les había puesto ya un apodo. Babbos los llamaba.

Los Babbos reptaron hacia la pared y se detuvieron antes de llegar a ella. Sus bocas, situadas en lo alto de sus cabezas, se abrían y cerraban como los picos de otros tantos pichones famélicos. El iris se abrió y dos labios adoptaron la forma de una espita. Una espita de la cual manaba un chorro de agua hirviente con trocitos de carne y legumbres. ¡Guiso! ¡Guiso que caía con precisión infalible en cada boca ávida!

Así fue como Eddie aprendió la segunda frase del lenguaje de Mamá Polifema. El primer mensaje había sido: «¿Qué eres tú?». Éste era: «¡Venid a buscarlo!».

Eddie experimentó. Emitió una repetición de lo que acababa de oír. Al unísono, los Babbos —con excepción del que estaba siendo alimentado— volviéronse a él y reptaron unos pocos centímetros antes de detenerse, perplejos.

Puesto que Eddie estaba transmitiendo, los Babbos debían de tener una especie de BD interno. De lo contrario, no habrían podido distinguir sus pulsaciones de las de su Madre.

Inmediatamente después, un tentáculo azotó a Eddie a través de los hombros y lo derribó. El panrad crepitó su tercer mensaje inteligible: «¡No lo hagás nunca más!».

Y luego un cuarto, una orden que los diez cachorros obedecieron, reptando hasta retornar a su primitiva posición.

—Por aquí, hijos.

Sí, ellos eran la prole; vivían, comían, dormían, jugaban y aprendían a comunicarse en el útero de su Madre... la Madre. Eran la descendencia móvil de esa vasta criatura inmóvil que había atrapado a Eddie como una rana atrapa a una mosca. Esta Madre. Ella que, a su vez, había sido un Babbo hasta que creció y adquirió las dimensiones de un cerdo y fue expulsada del útero de su Madre. Y que, enrollada en apretado ovillo, había rodado cuesta abajo por la ladera de su montaña natal, se había abierto al llegar al pie, trepado lentamente la ladera de la montaña vecina, rodado otra vez cuesta abajo, y así sucesivamente. Hasta encontrar la concha vacía de una adulta muerta. O, si quiso ser una ciudadana de primera categoría en el seno de una sociedad y no una desprestigiada *occupée*, buscó la cresta desnuda de una alta montaña —cualquier eminencia que abarcara una gran franja de territorio— y allí se acurrucó.

Y echó muchos zarcillos delgados como hilos en el suelo y en las fisuras de las rocas, zarcillos que se sustentaron de la grasa de su cuerpo y que crecieron y se extendieron hacía abajo y se ramificaron en nuevos zarcillos. Bajo tierra, las raicillas trabajaban; la química instintiva; buscando y encontrando el agua, el calcio, el hierro, el cobre, el nitrógeno, el carbono; seduciendo a las lombrices de tierra y a los gorgojos y a las larvas, acosándolos hasta arrancarles los secretos de sus grasas y proteínas; desmenuzando las sustancias necesarias en oscuras partículas coloidales; aspirándolas por los conductos filiformes de los zarcillos, y de allí al cuerpo pálido y adelgazado, acurrucado en un espacio llano en la cima de un cerro, una montaña, una cumbre.

Allí, utilizando los diseños almacenados en las moléculas del cerebelo, su cuerpo tomó los bloques de elementos de construcción y modeló con ellos una delgadísima concha de los materiales más abundantes, un broquel lo suficientemente espacioso para poder refugiarse en él mientras sus enemigos naturales, las ladinas y famélicas bestias depredadoras que rondaban por el penumbroso Baudelaire, lo olían y arañaban en vano.

Entonces, la mole de su cuerpo, en perpetuo crecimiento, formaba sus repliegues y reabsorbía la dura corteza. Y si durante ese período de unos pocos días no la descubrían dientes afilados, forjaría un caparazón nuevo y más grande. Y así sucesivamente

doce veces, o quizá más.

Hasta convertirse en el cuerpo monstruoso y profundamente transformado de una hembra adulta y virgen. Por afuera estaba la sustancia que tanto se parecía a un peñasco y que era, en verdad, roca; granito, diorita, mármol, basalto y quizá simple piedra caliza. O algunas veces hierro, vidrio o celulosa.

En el interior, en el centro mismo, estaba el cerebro, probablemente tan grande como el de un hombre. A su alrededor, las toneladas de órganos: el sistema nervioso, el potente corazón — o los corazones—, los cuatro estómagos, los generadores de microondas y ondas largas, los riñones, los intestinos, la tráquea, los órganos del olfato y el gusto, la fábrica de perfumes que producía los olores excitantes que atraían a los animales, pájaros, y el inmenso útero. Y las antenas; la pequeña antena interna para instruir y vigilar a la prole, y un tallo largo y poderoso en el exterior, retráctil en caso de peligro, que se proyectaba desde el vértice del caparazón.

El paso siguiente consistía en la transición de virgen a Madre, condición inferior a condición superior, que ella indicaba en su lenguaje pulsátil por medio de una pausa más prolongada antes de una palabra. No podía, hasta ser desflorada, ocupar un lugar prominente en su sociedad. Sin recato, sin rubores, ella misma tomaba la iniciativa, hacia las proposiciones amorosas, ella se ofrecía y se entregaba.

Después de lo cual, se comía a su macho.

El reloj del panrad le dijo a Eddie que llevaba treinta días de prisión cuando se enteró de esta pequeña novedad. Lo escandalizó, no porque ofendiera a su moral, sino porque él mismo había estado destinado a ser el macho. Y la cena.

Su dedo pulsó:

—Dime, Madre ¿qué quieres decir?

No se había preguntado hasta ese momento cómo podría reproducirse una especie que carecía de machos. Ahora descubría que, para las Madres, todas las criaturas, excepto ellas mismas, eran machos. Las Madres eran inmóviles y hembras. Los móviles eran machos. Eddie era un móvil. Por consiguiente, era un macho.

Eddie había conocido a esta Madre durante la época del celo, es decir, a mitad de camino en la cría de una camada de pequeñuelos.

Ella lo había detectado cuando avanzaba por la orilla del riacho, en el valle. Cuando él llegó al pie de la montaña, había detectado su olor. Era un olor nuevo para ella. Lo más semejante que pudo encontrar en sus bancos de memoria fue el olor de una bestia que se le parecía. Por la descripción que ella le hizo, él sospechó que se trataba de un mono. Así pues, había descargado de su repertorio aquel olor a mono en celo. Cuando él, aparentemente, cayó en la trampa, lo cazó.

Lo que él debía hacer era atacar el núcleo conceptivo, esa turgencia de color gris claro de la pared. Después que la hubiera tajado y desgarrado lo suficiente como para que comenzaran los misteriosos procesos de la preñez, sería arrojado en su iris-estómago.

Por suerte para él, Eddie no tenía el pico afilado, no tenía el colmillo ni la zarpa. Y ella había recibido del panrad las mismas señales que había transmitido.

Eddie no comprendía por qué era necesario tener un móvil para el apareamiento. Una Madre tenía la inteligencia suficiente como para recoger una piedra filosa y lacerarse ella misma el lugar.

Se le hizo comprender que la concepción no se produciría si no estaba acompañada por cierta estimulación placentera de los nervios: un frenesí y su satisfacción. Por qué era necesario ese estado emocional, Madre no lo sabía.

Eddie intentó explicarle cosas tales como los genes y los cromosomas y por qué razón tenían que estar presentes en las especies más evolucionadas.

Madre no comprendió.

Eddie se preguntó si el número de tajos y heridas infligidos al núcleo correspondían al número de vástagos. O si había un número mayor de posibilidades en las cintas hereditarias esparcidas bajo el tegumento conceptivo. Y si la irritación fortuita y la consiguiente estimulación de los genes era comparable a la fortuita combinación de genes en el apareamiento del macho y la hembra humanos, lo cual daba como resultado hijos con rasgos que eran combinaciones de los de sus progenitores.

¿Acaso la devoración inevitable del móvil, una vez consumado el acto, entrañaba algo más que un mero reflejo emocional y alimentario? ¿O sugería que el móvil, con sus garras y picos, se

apoderaba de los nodogenes junto con los jirones de piel, y que esos genes, al sobrevivir a la cocción en el estómago-marmita, eran luego expulsados con las heces? ¿Era allí donde con sus picos, dientes o patas los recogían los animales y los pájaros, y luego, al ser aprisionados por otras Madres, en ese indirecto acto de violación, llevaban los agentes portadores de la herencia al núcleo conceptivo en el momento mismo del ataque e implantaban los nódulos en la piel y la sangre de la turgencia mientras otros nódulos se preparaban para recomenzar el ciclo? Y luego, ¿los móviles eran comidos, digeridos y expulsados en este ciclo oscuro pero interminable? ¿Se aseguraba así la continua, si bien fortuita, combinación de genes, la posibilidad de variación en la descendencia, las oportunidades de mutaciones, y así sucesivamente?

Madre pulsó que estaba perpleja.

Eddie desistió. Jamás lo sabría. ¿Acaso importaba, después de todo?

Decidió que no y abandonó la posición postrada para pedir agua. Ella estiró su iris y vertió en el termo un litro de agua tibia. Eddie le echó una píldora y lo agitó hasta disolverla. Y bebió un facsímil soportable de Old Red Star. Prefirió el fuerte y áspero *whisky* de centeno, aunque hubiera podido darse el lujo de uno más suave. Lo que le interesaba era obtener resultados inmediatos. El sabor en sí no le importaba, pues detestaba por igual el de todas las bebidas alcohólicas. Bebió entonces ese brebaje que, con estremecimientos de repulsión, bebían todos los borrachines que patinaban en las callejas próximas a las cantinas, y al que rebautizaban con el nombre de *Old Rotten Tar*, maldiciendo la mala estrella de haber caído tan bajo como para tener que tragar tamaña inmundicia.

El *whisky* ardió en su vientre y se dispersó rápidamente por sus miembros y trepó a su cabeza. La única sensación de frío era el pensar en las pocas cápsulas que le quedaban. Cuando se le acabasen ¿qué sería de él? Era en momentos como aquél cuando más echaba de menos a su madre.

El pensar en ella le hizo brotar algunos lagrimones. Moqueó y bebió otro sorbo y cuando el más grande de los Babbos le pidió, con un codazo, que le rascase el lomo, Eddie le echó en la boca un

chorro de *Old Red Star*. Un trago para un Babbo. Se preguntó, en vano, qué efecto tendría en el futuro de la raza la afición al *whisky*.

En ese momento lo asaltó una idea que se le ocurrió salvadora. Estas criaturas podían sorber de la tierra los elementos necesarios para elaborar con ellos estructuras moleculares sumamente complejas. Siempre y cuando, es claro, tuviesen una muestra de la sustancia deseada, para empollarla en algún órgano críptico.

Pues bien, ¿qué más sencillo que darle a ella una de las codiciadas cápsulas? Una podía convertirse en cualquier cantidad. Esas cápsulas, más el agua bombeada en el riacho cercano, daría lo suficiente como para poner verde de envidia al patrón de cualquier destilería clandestina.

Se lamió los labios y estaba a punto de emitir su pedido, cuando lo que ella estaba transmitiendo despertó su curiosidad.

Casi malignamente comentaba que su vecina del otro lado del valle se estaba dando ínfulas porque también ella tenía prisionero a un móvil comunicante.

Capítulo sexto

Las Madres tenían una sociedad tan jerárquica como el protocolo de mesa en Washington o el orden del picoteo en un corral. Lo que contaba era el prestigio, y el prestigio estaba determinado por la potencia trasmisora, la altura de la eminencia en la cual la Madre estaba asentada, que determinaba a su vez el alcance territorial de su radar, y por la abundancia, la originalidad y el ingenio de sus chismorreos. La criatura que había atrapado a Eddie era una reina. Gozaba de precedencia sobre unas treinta de su misma especie; todas ellas debían permitirle transmitir primero y ninguna se atrevía a empezar a pulsar hasta que ella callaba. Luego, la segunda en orden jerárquico comenzaba, y así en orden descendente. Cualquiera de ellas podía ser interrumpida en cualquier momento por la Número Uno, y si alguna de jerarquía inferior tenía algo interesante para transmitir, podía interrumpir a la que estaba hablando y obtener el permiso de la reina para narrar su historia.

Eddie conocía este hecho, pero no podía sintonizar directamente el cotorreo entre cumbre y cumbre. El espeso caparazón pseudogranítico se lo impedía y lo obligaba a depender del tallo uterino de la Madre para recibir información retransmitida.

De tanto en tanto Madre abría la puerta y dejaba salir a su prole a reptar por los alrededores. Allí practicaban emisión y transmisión con los Babbos de la Madre del otro lado del valle. Alguna que otra vez esa Madre se dignaba pulsar para los pequeños y la carcelera de Eddie se lo retribuía transmitiendo para sus retoños.

Reciprocidad.

La primera vez que los chiquillos se habían desplazado pasito a paso a través del iris-salida, Eddie había intentado, imitando a Ulises, hacerse pasar por uno de ellos y reptar puertas afuera entre

la manada. Sin ojos, mas no Polifemo. Madre lo había izado con sus tentáculos y llevado de vuelta al interior.

Fue a raíz de este incidente que él le puso el nombre de Polifema.

Sabía que ella había acrecentado inmensamente su ya poderoso prestigio por poseer esa rareza única —un móvil trasmisor—. Tanto había crecido su importancia que las Madres de los confines de su zona de influencia retransmitían las noticias de Polifema a las más alejadas. Antes que Eddie hubiera aprendido su lenguaje, ya el continente entero estaba enganchado. Polifema se había convertido en una verdadera columnista de chismografía. Decenas de miles de criaturas acurrucadas en cumbres montañosas escuchaban con avidez los pormenores de sus relaciones con la paradoja andante: un macho semántico.

Eso había sido maravilloso. Luego, muy recientemente, la Madre del otro lado del valle había capturado a una criatura similar. Y se había convertido de golpe en la Número Dos de la región. Y al mínimo traspié por parte de Polifema, conquistaría para sí el rango supremo.

Eddie se excitó terriblemente con esta novedad. Había fantaseado a menudo con su madre, preguntándose en qué andaría. Cosa curiosa, terminaba muchas de aquellas fantasías refunfunando, reprochándole casi audiblemente el haberlo abandonado, el no hacer nada por tratar de rescatarlo. Cuando tomaba conciencia de su actitud, se sentía avergonzado. No obstante, el sentimiento de abandono estaba siempre presente en sus pensamientos.

Ahora sabía que estaba viva y que había sido capturada, probablemente mientras trataba de rescatarlo. Despertó del letargo que durante los últimos días lo había hecho dormitar, por así decirlo, de sol a sol. Le preguntó a Polifema si abriría su iris para permitirle hablar directamente con el otro cautivo. Ansiosa por escuchar una conversación entre dos móviles, ella se mostró muy asequible. Esa conversación le proporcionaría material para una montaña de chismes. Lo único que empañaba su alegría era el saber que también la otra Madre tendría acceso a ellos.

Luego, recordando que todavía era la Número Uno, y que sería la primera en propalar los detalles, tembló con tanto orgullo y éxtasis que Eddie sintió que el piso trepidaba bajo sus pies.

Abierto el iris, Eddie salió por él y atisbo hacia el otro lado del valle. Las faldas de las montañas seguían estando verdes, rojas y amarillas, porque en Baudelaire las plantas no perdían su follaje durante el invierno. Pero unas pocas manchas blancas indicaban que ya había llegado la estación de las nieves. La mordedura del aire frío sobre su piel desnuda lo hizo tiritar. Hacía tiempo que se había quitado sus ropas. El calor uterino se las había tornado insoportables; además, Eddie, por ser humano, había tenido que desembarazarse de sus desechos. Y Polifema, por ser una Madre, había tenido que expulsar la suciedad con un chorro de agua caliente proveniente de uno de sus estómagos. Cada vez que las ventosas del conducto soltaban torrentes que arrastraban los desperdicios a través de la puerta-iris, Eddie se empapaba hasta los tuétanos. Cuando renunció a estar vestido, sus ropas habían salido flotando hacia el exterior. Y sólo sentándose sobre ella había evitado que su mochila corriese la misma suerte.

Acto seguido, él y los Babbos habían sido secados con aire caliente bombeado a través de las mismas ventosas y proveniente de la poderosa serie de pulmones. Eddie se sentía bastante a gusto — siempre le habían gustado las duchas— pero la pérdida de sus ropas había sido otra de las razones que le impidiera escapar. Afuera, a menos que encontrase rápidamente la nave, no tardaría en morir de frío. Y no estaba seguro de recordar el camino de regreso.

Así pues, ahora, al salir al exterior, retrocedió uno o dos pasos para que el aire templado de Polifema lo envolviese desde los hombros como una capa.

Escudriñó la media milla que lo separaba de su madre, pero no alcanzó a verla. La luz crepuscular y la oscuridad que reinaba en el interior de su captora se la ocultaban.

Señalizó en Morse:

—Conecta el parlante, misma frecuencia.

Paula Fetts hizo lo que su hijo le indicaba. Empezó por preguntarle frenéticamente si se encontraba bien.

Le respondió que estaba muy bien.

—¿Me has extrañado terriblemente, hijo?

—Oh, muchísimo.

Y mientras le decía esto, se preguntaba vagamente por qué su voz sonaría tan hueca. La desesperación de no volver a verla nunca

más, probablemente.

—Yo casi me vuelvo loca, Eddie. Cuando te capturaron eché a correr a todo lo que me daban las piernas. No tenía ninguna idea de qué clase de horrible monstruo era el que nos estaba atacando. Y entonces, a mitad de camino cuesta abajo, me caí y me fracturé una pierna...

—¡Oh, no, mamá!

—Sí. Pero conseguí arrastrarme hasta la nave. Y allí, después de componérmela, me di inyecciones de B. K. Sólo que mi organismo no reaccionó como era de esperar. Hay personas así, tú sabes, tardé el doble en curarme.

»Pero ni bien pude caminar, saqué un arma y una caja de dinamita. Iba a volar lo que suponía era una especie de fortaleza en la roca, una avanzada de algún ser extraterreno. No tenía idea alguna de la verdadera naturaleza de estas bestias. Ante todo, sin embargo, decidí explorar. Iba a espiar el peñasco desde el otro lado del valle. Pero esta cosa me atrapó.

»Óyeme, hijo, antes que me interrumpan, quiero decirte que no pierdas las esperanzas. Dentro de poco saldré de aquí e iré a rescatarte».

—¿Cómo?

—No sé si recordarás que mi maletín de laboratorio contiene una serie de carcinógenos para trabajo de campo. Bueno, tú sabes que algunas veces el núcleo conceptual de una Madre cuando es desgarrado durante la fecundación, en vez de engendrar pequeñuelos, degenera en cáncer —lo contrario de la preñez—. Le he inyectado un carcinógeno en el núcleo y ya ha desarrollado un precioso carcinoma. Morirá dentro de pocos días.

—¡Mamá! ¡Quedarás sepultada debajo de esa mole en putrefacción!

—No. Esta criatura me ha dicho que cuando muere una de su especie, un reflejo abre los labios. Ello para permitir que su prole —si la tiene— pueda escapar. Escucha, yo...

Un tentáculo se enroscó alrededor de Eddie y lo llevó nuevamente al interior del iris, el cual se cerró.

Cuando volvió a conectar O. C., oyó:

—¿Por qué no comunicaste? ¿Qué estuviste haciendo? ¡Dime! ¡Dímelo!

Eddie se lo dijo. Hubo un silencio que sólo podía interpretarse como desconcierto. Una vez que Madre volvió a sus cabales, le dijo:

—De ahora en adelante hablarás con el otro macho por mi intermedio.

Era evidente que envidiaba y detestaba su capacidad de cambiar de longitud de onda y quizá le había costado aceptar la idea.

—Por favor —insistió Eddie, sin saber lo peligrosas que eran las aguas en que se estaba internando—. Por favor, déjame hablar con mi madre de...

Por primera vez la oyó tartamudear.

—¿C-c-cómo? ¿Tu m-m-Madre?

—Sí, por supuesto.

El piso se estremeció bajo sus pies. Eddie gritó y se sujetó para no caer y finalmente encendió la luz. Las paredes latían como gelatina sacudida y las columnas vasculares habían virado del rojo y el azul al gris. El iris-entrada colgaba como una boca laxa, abierto de par en par y el aire se enfriaba. Percibía con las plantas de los pies el brusco descenso de temperatura en la carne de Madre.

Eddie tardó un rato en comprender.

Polifema se encontraba en estado de *shock*.

Lo que habría podido acontecer si hubiera permanecido en ese estado, nunca lo supo. Ella hubiera podido morirse y expulsarlo fuera de su concha, al frío del invierno, antes de que su madre pudiese escapar. En cuyo caso, si no encontraba la nave, moriría. Acurrucado en el rincón más caliente de la cámara ovoide, Eddie consideró esa posibilidad que lo hizo temblar con una intensidad que el frío proveniente del exterior no justificaba.

Capítulo séptimo

Sin embargo, Polifema tenía su propio método curativo. Consistía en vomitar el contenido de su estómago-marmita, que indudablemente habíase llenado con los venenos expulsados por su sistema a causa de la conmoción. La evacuación de esos venenos era la manifestación física de la catarsis psíquica. El diluvio era tan impetuoso que su hijo adoptivo estuvo a punto de ser arrastrado por la hirviente marejada, pero ella, en una reacción instintiva, había enroscado sus tentáculos alrededor de Eddie y de los Babbos. Luego de la primera arcada, había evacuado sus otras tres bolsas de agua, la segunda caliente y la tercera tibia y la cuarta, recién llenada, fría.

Eddie gimoteó cuando el agua helada lo empapó.

Los iris de Polifema volvieron a cerrarse. Poco a poco, el piso y las paredes cesaron de temblar; la temperatura se elevó; y sus venas y arterias recuperaron su coloración roja y azul. Estaba otra vez bien. O parecía estarlo.

Pero cuando, al cabo de veinticuatro horas de espera, él intentó, cautelosamente, abordar el tema, descubrió que ella no sólo no quería hablar de él, sino que se negaba a admitir la existencia del otro móvil.

Eddie, renunciando a toda esperanza de conversación, caviló durante largo rato. La única conclusión a que pudo llegar, y estaba seguro de haber captado su psicología lo suficiente para convalidarla, fue que el concepto de un móvil hembra era para ella absolutamente inadmisibles.

Su mundo estaba dividido en dos: lo móvil y su propia especie, lo inmóvil. Móvil significaba alimento y apareamiento. Móvil significaba macho. Las Madres eran... hembras.

Cómo se reproducían los móviles era algo que tal vez nunca

había entrado en las mentes de estas criaturas acurrucadas en las montañas. Su ciencia y su filosofía no pasaban del nivel instintivo-corporal. Si tenían alguna noción de que la generación espontánea o la fisión amebiana podía ser responsable de la continua población de móviles, o si daban simplemente por sentado que éstos «crecían», como Topsy, Eddie nunca lo descubrió. Para ellas, ellas eran hembras y el resto del cosmos protoplasmático era macho.

Así eran las cosas. Cualquier otra idea era más que inmundada, obscena y blasfema. Era... impensable.

Sus palabras habían infligido a Polifema un profundo trauma. Y aunque al parecer se había recuperado, en algún lugar recóndito de aquellas toneladas de carne inimaginablemente complicada, había quedado sepultada una magulladura. Como un capullo cárdeno, había florecido, oculta, y la sombra que proyectaba aislaba cierto recuerdo, cierto tramo de la memoria, de la luz de la conciencia. Y esa sombra amoratada cubría el tiempo y el suceso que la Madre, por razones insondables para el ser humano, consideraba necesario excluir con la señal NO ACERCARSE.

Así, aunque Eddie no lo expresara con palabras, lo comprendió en las células de su cuerpo, lo intuyó y lo supo, como si sus huesos estuviesen profetizando sin que su cerebro lo oyera, lo que habría de pasar.

Sesenta y seis horas más tarde en el reloj del panrad, los labios-entrada de Polifema se abrieron. Sus tentáculos se precipitaron fuera de la cámara, para volver trayendo a su madre que forcejeaba, desvalida.

Eddie, bruscamente despertado, horrorizado, paralizado, la vio arrojarle su maletín de laboratorio y la oyó proferir un grito inarticulado. Y la vio caer, de cabeza, en el interior del iris-estómago.

Polifema había recurrido a la única forma segura de enterrar la prueba.

Eddie yacía boca abajo, la nariz aplastada contra la tibia y apenas palpitante carne del piso. De vez en cuando sus manos se cerraban espasmódicamente como si trataran de asir alguna cosa que alguien ponía una y otra vez a su alcance para luego alejarla.

Cuánto tiempo había estado allí, no lo sabía, porque nunca más había mirado el reloj.

Por último, en la oscuridad, se incorporó y soltó una risita idiota.

—Mamá siempre hacía guisos sabrosos.

Esa frase fue el disparador. Volvió a apoyarse sobre sus manos, echó la cabeza hacia atrás y aulló como un lobo en una noche de luna llena.

Polifema era, claro está, sorda como una tapia, pero pudo radar su postura, y su aguzado olfato dedujo del olor de su cuerpo que lo dominaban un miedo y una congoja terribles.

Un tentáculo se deslizó hacia afuera y lo envolvió suavemente.

—¿Qué te pasa? —siseó el panrad.

Él introdujo su dedo en el orificio de la perilla.

—¡He perdido a mi madre!

—¿?

—Se ha ido y ya nunca volverá.

—No entiendo. ¡Aquí estoy!

Eddie dejó de llorar e irguió la cabeza como si estuviese escuchando una voz interior. Moqueó un par de veces y se enjugó las lágrimas, se desprendió lentamente del tentáculo, lo acarició, fue hasta el rincón donde yacía su mochila, y sacó de ella el frasco de cápsulas de Old Red Star Echó una en el termo; la otra se la entregó a ella con el pedido de que la duplicase, si le era posible. Luego se tendió de flanco, apoyado sobre un codo, como un romano en sus orgías, mamó el *whisky* del pezón y escuchó una miscelánea de Beethoven, Moussorgsky, Verdi, Strauss, Porter, Feinstein y Waxworth.

Así el tiempo —si había allí tal cosa— fluía a su alrededor. Cuando se cansaba de la música, el teatro o los libros, sintonizaba las emisoras locales. Cuando tenía hambre, se levantaba y caminaba —o a menudo reptaba simplemente— hasta el iris-marmita. En su mochila quedaban latas de raciones; él había planeado comerlas hasta tener la certeza de que... ¿qué era lo que le estaba prohibido comer? ¿Veneno? Algo había sido devorado por Polifema y los Babbos. Pero en algún momento, durante la orgía melo-alcohólica, había olvidado qué. Ahora comía con excelente apetito y sin pensar en nada más que en la satisfacción de sus necesidades.

Algunas veces el iris-puerta se abría, y Billy Verdulero saltaba al interior. Billy parecía una cruda de grillo y canguro. Tenía el

tamaño de un perro ovejero y llevaba en una bolsa abdominal semejante a la de los marsupiales, legumbres, frutas y nueces. Las extraía con zarpas quitinosas, de un verde brillante y se las entregaba a Madre a cambio de comidas guisadas. Simbionte feliz, gorjeaba alegremente mientras sus ojos multifacetados, que giraban independientemente el uno del otro, contemplaban el uno a los Babbos y el otro a Eddie.

Eddie, impulsivamente, abandonó la banda de los 100 kilociclos y recorrió las frecuencias hasta que descubrió que tanto Polifema como Billy estaban emitiendo en la onda de 108. Ésa, al parecer, era su señal natural.

Cuando Billy tenía víveres para entregar, propalaba. Polifema, a su vez, cuando los necesitaba, le respondía. No había en Billy ninguna inteligencia; no era nada más que su instinto de transmitir. Y la Madre, aparte de la frecuencia «semántica», estaba limitada a esa única banda. Pero todo marchaba a pedir de boca.

Capítulo octavo

Todo marchaba a pedir de boca. ¿Qué más podía desear un hombre? Comida gratis, licor a discreción, cama mullida, aire climatizado, baños de ducha, música, obras intelectuales (en la cinta), conversación interesante (buena parte acerca de él), tranquilidad y seguridad.

Si ya no la hubiera bautizado, la habría llamado Madre Gratis.

Pero no todo era bonanza. Ella le había dado las respuestas a todas sus preguntas, a todas...

Excepto una.

Esa pregunta nunca había sido expresada verbalmente por él. En verdad, habría sido incapaz de formularla. Acaso, ni siquiera era consciente de que tenía esa duda.

Pero Polifema la expresó un día cuando le pidió que le hiciera un favor.

Eddie reaccionó como si lo hubiera ultrajado.

—¡Uno no...! ¡Uno no...!

Se atragantó, y en seguida pensó: ¡qué ridículo! Si ella no es...

Y pareció perplejo, y dijo:

—Pero es.

Se levantó y abrió el maletín de laboratorio. Mientras buscaba un escalpelo, encontró los carcinógenos. Los tiró afuera, a lo lejos, ladera abajo, por los labios entreabiertos.

Acto seguido se volvió y, escalpelo en mano, saltó a la protuberancia gris claro de la pared. Y se detuvo, mirándola azorado, mientras el instrumento se le caía de la mano. Y lo recogió y atacó débilmente, sin siquiera llegar a rasguñar la piel. Y otra vez lo dejó caer.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Crepitó el panrad que colgaba de su

muñeca.

De pronto, una espesa nube de olor humano —a sudor humano — le fue soplada al rostro desde una ventosa cercana.

—¿? ¿? ¿? ¿?

Y él seguía allí, encorvado, semiagazapado, aparentemente paralizado. Hasta que los tentáculos lo asieron con furia y lo arrastraron hacia el iris-estómago que se abría como para recibir a un hombre.

Eddie gritó y se retorció y metió el dedo en el panrad y señaló:

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

Y cuando volvió a encontrarse frente al núcleo, lo atacó con súbita e indómita alegría; lo tajeó una y otra vez con furia salvaje, mientras vociferaba:

—¡Toma ésta! ¡Y ésta, P...!

El resto se diluyó en un grito incoherente.

No cesaba de cortar, y habría podido continuar hundiendo su escalpelo una y otra vez hasta aniquilar el núcleo si Polifema no hubiese intervenido, arrastrándolo nuevamente hacia su iris-estómago. Durante diez segundos estuvo allí, suspendido en el aire, desvalido, sollozante, poseído por una extraña mezcla de terror y de gloria.

Los reflejos de Polifema habían casi dominado su cerebro. Afortunadamente, una fría chispa de razón iluminó un rincón de la vasta, oscura y caliente capilla de su frenesí.

Los anillos de la tráquea de aquel estómago repleto de caldo y carne en ebullición se cerraron, los repliegues de carne recobraron su posición normal. Y súbitamente Eddie fue irrigado por un chorro de agua caliente proveniente de lo que él llamaba el estómago «sanitario». Cerróse el iris. Eddie fue depositado en el piso. El escalpelo fue puesto nuevamente en el maletín.

Durante largo rato Madre pareció trastornada por el pensamiento de lo que hubiera podido hacerle a Eddie. No se atrevió a transmitir hasta haber serenado sus nervios. Cuando se tranquilizó, no hizo alusión alguna a lo sucedido, a cómo Eddie se había salvado por un pelo. Tampoco él lo comentó.

Se sentía feliz. Era como si ahora, por alguna razón desconocida, un resorte, fuertemente enroscado y adherido a sus entrañas desde que él y su esposa se separaran, se hubiera liberado. Aquel vago,

indefinible sentimiento de vacío y desazón, la ligera fiebre y la contracción de sus entrañas, la apatía que algunas veces lo afligía, habían desaparecido. Se sentía maravillosamente bien.

Mientras tanto, algo semejante a un profundo afecto se había encendido, como una diminuta bujía bajo la elevada y correntosa cúpula de una catedral. El caparazón de Madre ya no sólo lo cobijaba a Eddie; ahora lo henchía una emoción nueva para su especie. Esto lo puso en evidencia el suceso siguiente, que lo llenó de terror.

Porque las heridas del núcleo se curaron y la protuberancia aumentó de tamaño hasta convertirse en una bolsa enorme. Y de pronto, un día, la bolsa estalló y diez Babbos del tamaño de ratones cayeron al suelo. El impacto tuvo el mismo efecto que la palmada del médico en el trasero de un recién nacido; con dolor y terror respiraron por primera vez; sus pulsos débiles e incontrolados llenaron el éter de informes sos.

Cuando Eddie no estaba hablando con Polifema o escuchando tras misiones o bebiendo o durmiendo o comiendo o bañándose o pasando sus grabaciones, jugaba con los Babbos. Era, en algún sentido, su padre. A decir verdad, cuando los Babbos crecieron hasta adquirir las dimensiones de un cerdo, le era difícil a su progenitura diferenciarlo de su prole. Y como él ya rara vez caminaba, y solía estar de cuatro patas entre ellos, ella no alcanzaba a distinguirlo bien. Además, a causa de aquella atmósfera cargada de humedad, o quizá de la dieta, había perdido todo el pelo de su cuerpo. Engordó mucho. Su aspecto era, en términos generales, el mismo de uno de los pálidos, suaves, redondos y glabros retoños. Un parecido de familia.

Había una diferencia. Cuando llegó el momento en que las vírgenes debían ser expulsadas, Eddie, lloriqueando, reptó hasta un rincón y allí permaneció hasta tener la certeza de que Madre no lo iba a arrojar al mundo frío, cruel y voraz.

Una vez superada esa crisis última, volvió al centro del piso. El pánico se había acallado en su pecho, pero sus nervios seguían destemplados. Llenó su termo y durante un rato escuchó su propia voz de tenor entonando el aria «Cosas del Mar» de su ópera favorita, *El Viejo Marinero*, de Gianelli. De pronto, rompió a cantar y se acompañó a sí mismo, y se emocionó como nunca hasta entonces

con los versos finales.

*Y liberado entonces de mi cuello
Al mar cayó el Albatros y cual plomo
En sus aguas se hundió.*

Luego, callado de voz pero con el corazón cantando, apagó la grabación y sintonizó la onda de Polifema.

Madre se encontraba en apuros. No sabía cómo describir con exactitud a la audiencia continental esa emoción desconocida y casi inexpresable que sentía por el móvil. Era un concepto para el cual su lengua no estaba preparada. Y los galones de Old Red Star que tenía en su torrente sanguíneo no la ayudaban.

Eddie mamaba del pezón de plástico y meneaba la cabeza con soñolienta simpatía ante su esfuerzo por encontrar palabras. De pronto, el termo rodó de sus manos.

Se durmió sobre su flanco, enroscado como una pelota, las rodillas sobre el pecho y los brazos cruzados, el cuello inclinado hacia adelante. A semejanza del cronómetro de la cabina de comando, cuyas manecillas habían revertido su marcha después del accidente, el reloj de su cuerpo pulsaba hacia atrás, hacia atrás...

En la oscuridad, en la humedad, protegido y caliente, bien alimentado, muy amado...

HIJA

¡Cq! ¡Cq!

Aquí Madre Cabezadura, pulsando.

Callad vosotras, vírgenes y Madres, mientras yo comunico. Escuchad, escuchad todas vosotras, las que estáis prendidas a esta transmisión. Escuchad y os contaré cómo dejé a mi Madre, cómo mis dos hermanas y yo construimos nuestros caparazones, cómo me defendí del feperozpo y por qué me he convertido en la Madre con el mayor prestigio, la concha más resistente, la emisora y transmisora más potente y la pulsadora de un nuevo lenguaje.

En primer lugar, antes de narrar mi historia, diré a todas las que no lo saben que mi padre era un móvil.

No se crispen. Ésta es una vera-historia. No una no-vera-historia.

Padre era un móvil.

Madre pulsó:

—¡Fuera de aquí!

Y entonces, para demostrarnos que el horno no estaba para bollos, abrió su iris-salida.

Aquello nos llamó a la reflexión y nos hizo comprender que hablaba muy en serio. Antes, cuando abría de pronto su iris, lo hacía para que nosotras pudiésemos practicar emitiendo pulsaciones a las otras jóvenes acurrucadas a la entrada de los úteros de sus respectivas Madres, o enviar un respetuoso saludo a las Madres mismas, o hasta un breve mensaje a la Abuela, allá lejos, en la vertiente de una montaña. No porque Abuela lo recibiera, creo, porque nosotras, las jóvenes, éramos demasiado débiles para transmitir a tanta distancia. En todo caso, Abuela nunca acusó recibo.

A veces, cuando Madre se enojaba porque todas queríamos

trasmitir al mismo tiempo en lugar de pedirle permiso para hablar de a una por vez, o porque nos trepábamos por las paredes de su útero y nos largábamos al piso desde el techo con un chasquido, Madre pulsaba ordenándonos que nos fuésemos a construir nuestros propios caparazones. Hablaba en serio, decía. Entonces nosotras, según nuestro humor, nos tranquilizábamos o nos poníamos más revoltosas. Madre sacaba entonces sus tentáculos y nos daba una buena tunda. Si no surtía efecto, nos amenazaba con el feperozpo. Eso sí surtía efecto. Es decir, lo surtió mientras no abusó de ese recurso. Después de un tiempo dejamos de creer en la existencia del feperozpo. Pensábamos que Madre estaba inventando una no-vera-historia. Sin embargo, hubiéramos tenido que saber que no era así, porque Madre detestaba las no-vera-historias.

Otra cosa que le alteraba los nervios eran nuestras conversaciones con Padre en Morposepe. Aunque él le había enseñado su lengua, se había negado a enseñarle Morposepe. Cuando quería enviarnos mensajes que sabía que no contarían con su aprobación, los pulsaba en nuestro idioma privado. Ésa fue otra de las cosas, creo, que terminaron por enfurecer tanto a Madre, que nos echó a pesar de los ruegos de Padre de que nos permitiese permanecer cuatro estaciones más.

Debéis comprender que nosotras, las vírgenes, habíamos permanecido en el útero mucho más tiempo del que era natural. La causa de tal anormalidad fue Padre.

Era un móvil.

Sí, ya sé lo que van a decirme: que todos los padres son móviles.

Pero él era Padre. Era el móvil pulsátil.

Sí, también él podía. Podía competir con la mejor de nosotras. O quizá no él mismo. No directamente. Nosotras pulsamos con los órganos de nuestro cuerpo. Pero Padre, si comprendí bien las cosas, usaba una cierta criatura que era exterior a su cuerpo. O tal vez fuese un órgano independiente de él.

Lo cierto es que no poseía órganos internos o tallos pulsátiles que brotaran de él. Usaba a esa criatura, esa r-a-d-i-o, como él la llamaba. Y funcionaba a la perfección.

Cuando dialogaba con Madre, lo hacía en Madrepulso o en su propio lenguaje, movilpulso. Con nosotras hablaba en Morposepe. Es casi igual al movilpulso, con una pequeña diferencia. Madre

nunca descubrió la diferencia.

Cuando termine mi historia, queridita, te enseñaré el Morposepe. Me han irradiado la noticia de que tienes suficiente prestigio como para ingresar en nuestra hermandad de las Altas Cumbres y aprender por lo tanto nuestro secreto de comunicación.

Madre decía que Padre tenía dos formas de pulsar. Además de su radio, que utilizaba para comunicarse con nosotras, podía pulsar de otra manera. Tampoco utilizaba pun-pin-pan-rama. Para transmitir esas pulsaciones necesitaba aire y las enviaba con el mismo órgano que le servía para comer. El sólo pensarlo revuelve el estómago, ¿no?

A Padre lo cazó Madre cuando pasaba por los alrededores. No sabía con exactitud qué perfume excitante debía enviar con el viento colina abajo como señuelo para tenerlo al alcance de sus tentáculos. Nunca en su vida había olido a un móvil como aquél. Pero en realidad su olor era semejante al de otra clase de móvil y entonces lo envolvió en ráfagas de ese olor. Al parecer surtió efecto, porque se acercó lo bastante como, para que pudiera atraparlo con sus tentáculos extrauterinos y sorberlo al interior de su concha.

Más tarde, después que yo nací, Padre me transmitió —en Morposepe, por supuesto, para que Madre no entendiera— que había aspirado el perfume y que éste entre otras cosas, lo había atraído. Pero ese olor era el de un móvil peludo que trepaba a los árboles y Padre se había preguntado qué harían tales criaturas en una cresta desnuda. Cuando aprendió a dialogar con Madre, lo sorprendió enormemente que lo hubiese identificado con ese móvil.

Y bueno, pulsó, no es la primera vez que una hembra piensa que un hombre no es nada más que un mono.

También me dijo que al principio había creído que Madre no era más que un peñasco en la cima de la montaña. Hasta que la roca se abrió no se dio cuenta de que hubiera nada fuera de lo común, de que el peñasco era un caparazón que encerraba su cuerpo. Madre, me transmitió, es algo así como un caracol del tamaño de un dinosaurio o una aguaviva gigantesca, provista de órganos que generan ondas de radar y de radio y con una cámara ovoide tan grande como la sala de una cabaña, un útero en cuyo interior engendra y cría a su prole.

Por supuesto, no comprendí ni la mitad de esas palabras.

Tampoco Padre pudo explicármelas en forma satisfactoria.

Me hizo prometer que no le pulsaría a Madre que había pensado que ella era un montón de mineral. Por qué, no lo sé.

Padre desconcertaba a Madre. A pesar de que se había debatido cuando lo arrastró a su interior, carecía de garras o dientes lo bastante afilados como para desgarrar su núcleo conceptivo. Madre lo provocaba y lo provocaba, pero él se negaba a reaccionar. Cuando cayó en la cuenta de que Padre era un móvil pulsátil y lo soltó para estudiarlo, él empezó a explorar el útero. Al poco tiempo comprendió que Madre transmitía desde el tallo pulsátil de su útero. Aprendió a conversar con ella utilizando ese órgano separable que poseía y al que daba el nombre de panrad. Finalmente le enseñó su lenguaje, movilpulso. Cuando Madre lo aprendió e informó al respecto a las otras Madres, su prestigio en toda la región llegó al sùmmum. Ninguna Madre había imaginado jamás que pudiera existir un nuevo lenguaje. El sólo pensarlo las dejó azoradas.

Padre decía que él era el único móvil comunicante de nuestro mundo. Su n-a-v-e-s-p-a-c-i-a-l se había estrellado y ahora iba a quedarse con Madre para siempre.

Padre aprendió los comipulsos cuando Madre llamó a su prole a comer. Él emitió el mensaje adecuado. A Madre le crispó los nervios la idea de que Padre fuese semántico, pero abrió su iris-marmita y le dio de comer. Luego Padre levantó frutos u otros objetos e hizo que Madre le irradiara con su tallo uterino los pong-ping-pung-rama correspondientes a cada objeto. Después él repetía en su panrad el nombre del objeto para confirmarlo. A Madre, es claro, la ayudaba su sentido del olfato. A veces es difícil reconocer la diferencia entre una manzana y un durazno con sólo pulsarlos. Los olores ayudan a esos casos.

Aprendía con rapidez. Padre le decía que era muy inteligente para ser una hembra. Eso le crispaba los nervios. Cada vez que se lo decía, pasaba varios períodos alimentarios sin pulsar con él.

Una de las cosas de Padre que a Madre le gustaba especialmente era el hecho de que cuando llegaba la época de la concepción, ella no necesitaba atraer a su caparazón con perfumes a un móvil no semántico y sostenerlo sobre su núcleo conceptivo mientras éste la arañaba y desgarraba en sus forcejeos por librarse de sus tentáculos. A Padre podía indicarle lo que tenía que hacer, y aunque no tenía

garras, poseía una garra independiente. Él la llamaba e-s-c-a-l-p-e-l-o.

Cuando le pregunté por qué tenía tantos órganos separables, me contestó que era un hombre desarmable.

Padre siempre decía muchas tonterías.

Pero también él tenía dificultad para comprender a Madre.

Su proceso reproductivo lo asombraba.

—Por D-i-o-s —irradiaba— ¿quién podría creerlo? ¿Que un proceso de cura de una herida culmine con la concepción? Exactamente lo contrario del cáncer.

Cuando nosotras éramos adolescentes y estábamos a punto de ser expulsadas de la concha de Madre, captamos el Mensaje de Madre pidiendo a Padre que volviese a lacerarle su núcleo. Padre dijo que no. Quería esperar otras cuatro estaciones. Había dicho adiós a dos de sus progenies y deseaba tenernos cerca un tiempo más para poder brindarnos una verdadera educación y disfrutar de nosotras en lugar de empezar a criar una nueva camada de vírgenes.

Esta negativa irritó los nervios de Madre y trastornó a tal punto su estómago-marmita que nuestros alimentos estuvieron ácidos durante varias comidas. Todas las madres estaban abandonando el Madrepulso y aprendiendo movilpulso tan rápidamente como Madre podía enseñarlo.

Yo pregunté—:

¿Qué es prestigio?

—Cuando tú emites, las otras tienen que recibir. Y no se atreven a pulsar a su vez hasta que tú has terminado y les das permiso para hacerlo.

—¡Oh, me gustaría tener prestigio!

Padre interrumpió.

—Pequeña Cabezadura, si quieres salir adelante, sintonízame a mí. Te diré algunas cosas que ni tu Madre puede decirte, Al fin y al cabo, soy un móvil y he corrido mundo.

Y entonces me describía lo que podía esperar una vez que los abandonara a él y a Madre y cómo, si usaba mi cerebro, podría sobrevivir y hasta ganar más prestigio que el que tuvo jamás la propia Abuela.

Por qué me llamaba Cabezadura, no lo sé. Yo era una virgen

todavía y, por supuesto, no había construido un caparazón. Mi cuerpo era tan blando como el de cualquiera de mis hermanas. Pero él me decía que yo le g-u-s-t-a-b-a porque era tan cabezadura. Acepté esta declaración sin tratar de comprenderla.

Sea como fuere, conseguimos ocho estaciones extra en el útero de Madre, porque así lo quiso nuestro Padre. Hubiéramos podido conseguir algo más, pero cuando llegó otra vez el invierno, Madre insistió en que Padre le lacerara el núcleo. Él respondió que no tenía ganas. Estaba apenas empezando a familiarizarse con sus hijas —nos llamaba Babbos— y cuando nos marchásemos, no tendría a nadie más que a Madre con quien conversar hasta que creciera la nueva carnada.

Además, Madre estaba empezando a repetirse, y según él, no lo apreciaba como se merecía. A menudo su guiso estaba ácido o bien tan recocado que la carne se deshacía como una gelatina.

Aquello fue demasiado para Madre.

—¡Fuera de aquí! —Pulsó.

—¡Perfecto! ¡Pero no vayas a pensar que me quedará mucho tiempo a la intemperie! —replicó Padre—. La tuya no es la única concha de este mundo.

Eso alteró a tal punto los nervios de Madre que todo su cuerpo echó a temblar. Irguió su gran tallo exterior y se comunicó con sus tías y hermanas. La Madre del otro lado del valle le confesó que una de las veces que Padre se había echado a tomar sol junto al iris abierto de Madre, le había pedido que se fuese a vivir con ella.

Madre cambió de idea. Comprendió que, si él se marchaba, su prestigio se extinguiría y crecería en cambio el de la descocada del otro lado del valle.

—Parece que me voy a quedar aquí para siempre —irradió Padre. Y luego—: ¿Quién hubiera pensado que vuestra Madre estaría c-e-l-o-s-a?

La vida con Padre abundaba en esos grupos semánticos incomprensibles. Las más de las veces no quería, o no sabía, explicarlos.

Durante largo tiempo Padre rumió sus pensamientos en un rincón. No nos contestaba, ni a nosotras ni a Madre.

Finalmente, Madre perdió por completo la paciencia. Nosotras habíamos crecido tanto y éramos tan revoltosas e insolentes que

Madre vivía en un temblor constante. Y con seguridad pensó que mientras nosotras estuviésemos allí y nos comunicásemos con él, no tendría ninguna posibilidad de hacer que él le desgarrara el núcleo.

Así que ¡afuera todas!

Antes de que nos alejáramos para siempre de su caparazón, nos puso en guardia: Cuidado con el feperozpo.

Mis hermanas hicieron oídos sordos a su advertencia, pero a mí me impresionó. Padre me había descrito a la bestia y me había hablado de su ferocidad. Insistía tanto en ella que dejamos de usar la antigua palabra y empezamos a usar la de Padre. Todo comenzó cuando reprendió a Madre por amenazarnos demasiado a menudo con la bestia cuando nos portábamos mal.

—Basta de gritar «ahí viene el lobo».

Entonces me irradió la historia del origen de esa extraña frase. Naturalmente, lo hizo en Morposepe porque Madre lo habría azotado con sus tentáculos si pensaba que estaba contando una cosa no-vera.

La sola idea de algo

no-vero

la sacaba de sus casillas al punto de impedirle razonar.

Yo misma no sabía con certeza qué significaba eso de vera o no-vera,

pero de todos modos me encantaban sus historias. Y yo, lo mismo que las otras vírgenes y hasta Madre, empezamos a llamar al asesino el feperozpo.

Sea como fuere, después que irradié «Felicidades, Madre», sentí que los extraños y rígidos tentáculos móviles de Padre me rodeaban y que algo mojado y tibio caía sobre mí. Pulsó—: Buena s-u-e-r-t-e, Cabezadura. Envíame de vez en cuando algún mensaje vía satélite. Y no olvides todas mis recomendaciones sobre cómo defenderte del feperozpo.

Yo pulsé que lo haría. Me marché embargada por los sentimientos más indescriptibles: una excitación nerviosa que era a la vez agradable y desagradable, si puedes imaginarte una cosa semejante, queridita.

Pero pronto la olvidé, en el calor de la aventura de rodar cuesta abajo, trepar lentamente la próxima ladera con mi única pata, rodar al otro lado y así sucesivamente. Al cabo de unos diez períodos de

calor todas mis hermanas, salvo dos, me habían abandonado. Encontraron cumbres donde construir sus conchas. Pero mis dos fieles hermanas habían aceptado mi idea de que no debíamos contentarnos con nada menos que las cumbres más altas.

—Una vez que una construye su concha, allí se queda para siempre.

Por lo tanto, decidieron seguirme.

Pero yo las guié por un largo, largo camino y ellas se quejaban de estar cansadas y doloridas y de que tenían miedo de toparse con algún móvil carnívoro. Hasta pretendieron ocupar los caparazones vacíos de las Madres que habían sido devoradas por el feperozpo, o habían muerto cuando, en lugar de engendrar hijuelos en su núcleo conceptivo, desarrollaban un cáncer.

—Adelante —las acicateaba yo—. No hay ningún prestigio en ocupar las cáscaras. ¿Queréis quedaros en el último peldaño de cualquier comunidad pulsátil sólo porque sois demasiado haraganas para construir vuestros propios caparazones?

—Pero nosotras reabsorberemos las cáscaras y luego construiremos las nuestras.

—¿Ah, sí? ¿Cuántas Madres han dicho lo mismo? ¿Y cuántas lo han hecho? ¡Vamos, Babbas!

Seguimos escalando montañas cada vez más altas. Por fin, descubrí mi lugar ideal. Era una montaña coronada por una meseta rodeada de muchas colinas. La escalé. Cuando llegué a la cima hice una prueba de transmisión. Su cresta era la más elevada de todas las que estaban a mi alcance. Y supuse que cuando llegara a adulta, y tuviera mucho más poder de transmisión, abarcaría un área inconmensurable. Mientras tanto, otras vírgenes llegarían, tarde o temprano, a ocupar las colinas circundantes.

Como diría Padre, había llegado a la cumbre.

Quiso la suerte que mi montañita atesorara muchas riquezas. Los zarcillos de exploración que desarrollé y hundí en la tierra encontraron minerales muy variados. Con ellos podría construir un caparazón inmenso. Cuanto más grande el caparazón, más grande la Madre. Cuanto más grande la Madre, más poderoso su pulso.

Además, descubrí muchos grandes móviles voladores. Águilas, las llamaba Padre. Serían buenos machos. Tenían picos afilados y garras aceradas.

Abajo, por un valle, corría un arroyo. Desarrollé un zarcillo hueco bajo tierra y lo hice crecer hasta sumergirlo en el agua. Entonces empecé a bombear para llenar mis estómagos.

El suelo del valle era fértil. Hice lo que ninguna de nuestra especie había hecho hasta entonces, lo que Padre me enseñara. Mis zarcillos de largo alcance recogieron semillas caídas de los árboles y las flores o arrojadas por los pájaros; las planté. Tendí una red subterránea de zarcillos alrededor de un manzano. Pero no era mi intención hacer pasar las manzanas caídas del árbol de zarcillo en zarcillo, cuesta arriba, hasta mi iris. Les tenía asignado otro destino.

Mientras tanto, mis dos hermanas se habían asentado en las cumbres de dos montañas mucho más bajas que la mía. Cuando descubrí lo que estaban haciendo se me crisparon los nervios. ¡Las dos habían construido sus conchas! ¡Una era de vidrio, la otra de celulosa!

—¿Se puede saber qué están haciendo? ¿No le tienen miedo al feperozpo?

—Vete a pulsar a otra parte, vieja rezongona. No nos pasa nada. No hacemos más que prepararnos para el invierno y para el calor del cielo, esto es todo. Para entonces nosotras seremos Madres y tú seguirás construyendo tu gran concha. ¿Dónde estará tu prestigio? ¡Las otras no querrán pulsar contigo porque todavía serás virgen y para colmo con tu concha a medias!

—¡Testa frágil! ¡Cabeza de alcorneque!

—¡Sí! ¡Claro! ¡Cabezadura!

Tenían razón, en cierto modo. Yo era aún blanda, desnuda e indefensa, una masa siempre creciente de carne temblorosa, una presa fácil para cualquier móvil carnívoro que me descubriera. Era una loca y una aventurera. A pesar de todo, me tomé mi tiempo y hundí mis zarcillos hasta encontrar una veta mineral, sorbí las partículas de hierro en suspensión y construí una concha interior más grande, creo, que la de mi Abuela. Luego la recubrí con una capa de cobre para que el hierro no se herrumbrase. Todo eso lo envolví en una capa ósea hecha con el calcio que había extraído de rocas calizas. No me molesté, como lo hicieran mis hermanas, en reabsorber mi tallo virginal y sustituirlo por uno adulto. Eso, a su debido tiempo.

Cuando moría el otoño, terminé de construir mis caparazones.

Entonces comenzó el cambio corporal y el crecimiento. Me alimenté de lo que yo misma cultivaba; y carne no me faltaba porque había puesto en el valle pequeñas jaulas de celulosa donde criaba muchos móviles de los pichones que mis zarcillos de largo alcance habían arrancado de sus nidos.

Planifiqué mi estructura con un propósito determinado. Desarrollé un estómago mucho más amplio y profundo que los normales. No porque estuviera hambrienta por demás. Tenía *in mente* una idea que luego te contaré, queridita.

Mi estómago-marmita estaba mucho más cerca del techo del caparazón que en la mayoría de nosotras. En realidad, fue con toda intención que cambié de lugar mi cerebro; de la parte superior lo llevé hacia un costado y en su lugar puse mi estómago. Padre me había aconsejado que aprovechara mi posibilidad de elegir la ubicación de mis órganos adultos. Me llevó tiempo pero lo hice antes de que comenzara el invierno.

Llegaron los fríos.

Y el feperozpo.

Llegó como siempre lo hace, las antenas retráctiles de su largo hocico husmeando las diminutas incrustaciones de minerales puros que nosotras, las vírgenes, dejamos al pasar. El feperozpo sigue a su nariz adonde quiera que ésta lo lleve. Esta vez lo llevó hasta mi hermana que había construido su concha de vidrio. Siempre sospeché que ella sería la primera víctima. Ésa fue en verdad una de las razones que me indujo a elegir una cumbre más distante. El feperozpo siempre ataca la concha más cercana.

Cuando hermana Testafrágil descubrió al terrible móvil, emitió, uno tras otro, pulsos enloquecidos.

—¿Qué puedo hacer? ¿Hacer? ¿Hacer?

—Mantente firme, hermana, y confía.

Ese consejo era como darle a comer guiso frío, pero era el mejor y el único que podía darle. No le reproché que no hubiera seguido mi ejemplo, construyéndose una concha triple, en lugar de perder el tiempo en chismorreos frívolos con las vecinas.

El feperozpo la rondó, trató de socavar su base, asentada sobre roca firme, y fracasó. Lo que sí logró fue arrancar una muestrita de vidrio. Normalmente, la habría engullido y se habría alejado para larvaria. Eso le hubiera dado a mi hermana una estación de tregua

hasta que la bestia volviera al ataque. Mientras tanto, habría tenido tiempo de construir una envoltura de otro material y alejado al monstruo por una estación más.

Quiso la casualidad, por desgracia para mi hermana, que la última comida de ese feperozpo fuese, justamente, una Madre que también tenía concha de vidrio y conservaba los órganos especiales que le permitían digerir tales mezclas de silicatos. Uno de esos órganos era una pelota grande y dura en el extremo de su larguísima cola. Otro era un ácido que ablandaba el vidrio. Después de humedecer un punto de su superficie, machacó la concha con la pelota. Poco después de la primera nevada irrumpió en su refugio y llegó hasta su carne.

Sus frenéticas llamadas y señales de pánico y terror todavía me irritan los nervios cada vez que las recuerdo. Aunque debo confesar que había algo de desprecio en mi compasión. Ni siquiera creo que se tomara el trabajo de agregar óxido de boro al vidrio. De haberlo hecho, quizá...

—¿Qué es esto? ¿Cómo te atreves a interrumpir?... Ah, bueno. Acepto tus humildes disculpas. Que sea la última vez, queridita. En cuanto a lo que quieres saber, luego te diré en qué consisten las sustancias que Padre llamaba silicatos y óxidos de boro y todo lo demás. Cuando termine con mi historia.

Sigamos: el asesino, después de liquidar a Testafrágil, siguió su rastro colina abajo hasta el empalme. Allí podría elegir, mi otra hermana o yo. Optó por ella. Otra vez repitió la rutina de tratar de socavar su cimiento, arrastrarse sobre su concha, morder sus tallos pulsátiles y mascar por último una muestra de la concha.

Nevaba. Feperozpo bajó, cavó indolentemente un hueco en la nieve y se acurrucó en él para pasar el invierno.

Hermana Cabeza-de-Alcornoque desarrolló otro tallo, estaba exultante; mi concha era demasiado dura para él: ¡Nunca me agarrará!

—Ay, hermana, si hubieras sintonizado a Padre en lugar de perder tanto tiempo jugando con las otras Babbas. Entonces habrías recordado sus enseñanzas, hubieras sabido que el feperozpo, al igual que nosotras, es diferente de la mayoría de las criaturas. Casi todos los seres tienen funciones que dependen de sus estructuras, pero el feperozpo, esa nefasta criatura, tiene un organismo que

depende de sus funciones.

No quise crisparle los nervios diciendo que él ahora ocultaba en su cuerpo una muestra de su concha de celulosa, y la estaba larvando. Padre me había enseñado que algunos artrópodos tienen un ciclo vital que va del huevo a la larva, de la larva al capullo y del capullo a la adultez. Cuando una oruga forma su capullo, por ejemplo, todo su cuerpo se disuelve, sus tejidos se desintegran. Luego, algo transforma ese capullo en una criatura estructuralmente nueva, con nuevas funciones: la mariposa.

La mariposa nunca regresa al estado de capullo; el feperozpo sí. En este aspecto se diferencia de sus semejantes, los artrópodos. Cuando ataca a una Madre, rumia un trocito de su caparazón y se va a dormir a su guarida. Durante toda una estación, agazapado en su refugio, todos sus sueños —o su cuerpo— giran alrededor de la muestra. Sus tejidos se funden y luego se solidifican. Lo único que permanece intacto es su sistema nervioso, conservando así la memoria de identidad y de lo que deberá hacer cuando salga de su cueva.

Así sucedió. El feperozpo abandonó su guarida, anidó en lo alto de la cúpula de hermana Alcorneque y en el orificio que quedó después de devorarle el tallo, introdujo un oviscapo modificado. Yo pude seguir su plan de ataque, pues a menudo el viento soplabá en mi dirección y me permitía olfatear las sustancias químicas que desprendía.

No sé con qué solución ablandó la celulosa, la impregnó de una sustancia cáustica y vertió sobre ella un fluido hediondo que hervía y burbujeaba. Una vez que cesaron estas reacciones violentas, volcó una sustancia cáustica en el hueco ahora agrandado y terminó la operación inyectando la viscosa solución a través de un tubo. Repitió muchas veces este proceso.

Y aunque mi hermana, supongo, elaboró desesperadamente más celulosa, no lo hizo con la suficiente premura. Feperozpo seguía implacable agrandando el agujero. Cuando tuvo el tamaño requerido, allá fue él.

Adiós, hermana...

Toda esta historia del feperozpo fue muy larga. Yo me miraba el ombligo y gané tiempo gracias a algo que había hecho aún antes de construir mi cúpula. Fue la pista falsa de incrustaciones que había

preparado. Una de las cosas que había hecho reír a mis hermanas. No entendían por qué volvía sobre mis pasos y ocultaba con tierra mi rastro verdadero. Todo eso me llevó unos cuantos días. De haber sobrevivido, habrían comprendido mis motivos, pues Feperozpo desdeñó la senda verdadera hasta mi cumbre y siguió la falsa.

Naturalmente, ésta lo llevó al borde del precipicio, y antes de que tuviera tiempo de echarse atrás, se despeñó.

No sé cómo no se mató; gateando, regresó hasta el falso sendero. Explorando y explorando, descubrió y quitó la hojarasca que tapaba la pista verdadera.

La senda falsa era un buen truco, uno de los que me enseñó Padre. Lástima que fallara, pues el monstruo subió en línea recta por la montaña, derecho a mí, removiendo con sus antenas el polvo y las ramas que ocultaban mis incrustaciones.

A pesar de todo, no estaba perdida. Cementé un montón de rocas grandes que había juntado y me fabriqué con ellas una especie de enorme peñasco y lo coloqué al borde mismo de la cima. Lo rodeé con un anillo de hierro acanalado que se adaptaba perfectamente a un carril del mismo material. Este carril iba desde el peñasco hasta la mitad de la pendiente. Así, cuando el móvil llegó a esta cresta de hierro y la siguió cuesta arriba, yo, con mis tentáculos, saqué los pedruscos que sostenían al peñasco impidiendo que se desmoronara.

Mi proyectil rodó cuesta abajo por su carril a una velocidad vertiginosa. Estoy segura de que habría aplastado al feperozpo si él no hubiese detectado con su hocico las vibraciones del carril. Feperozpo dio un salto lateral y cayó despatarrado. El peñasco siguió su loca carrera y le pasó zumbando.

A pesar de mi decepción, este fracaso me inspiró un nuevo recurso para perfeccionar mi defensa de futuros feperozpos. Si colocaba otros dos carrilles, uno a cada lado del carril principal, y largaba tres peñascos al mismo tiempo, por más que el enemigo saltara hacia uno u otro lado, alguno la daría de lleno en el hocico.

Al parecer, la experiencia lo amilanó, pues durante tres períodos de calor no se le vio el pelo. Cuando reapareció, subió por el mismo carril, y no como yo había supuesto, por la ladera más escarpada. Era estúpido, eso nadie lo pone en duda.

Aquí quiero hacer una pausa para explicar que lo del peñasco

fue idea mía, no de Padre. Sin embargo, debo agregar que fue Padre y no Madre quien siempre me impulsó a idear soluciones originales. Sé que a todas ustedes les cripa los nervios el pensar que un móvil cualquiera, útil únicamente para copular y servir de alimento, podía no sólo ser semántico sino incluso poseer un grado superior de semanticismo.

Yo no diría que era excepcional. Sólo diré que era diferente y que yo heredé de él un algo de esa diferencia.

Prosigo: nada podía hacer mientras el feperozpo me rondara y sacara muestras de mi concha. Nada, salvo esperar confiada. Y con la esperanza, como llegué a saberlo, no basta. El móvil arrancó con sus dientes un trozo de mi cubierta ósea exterior. Pensé que se contentaría con eso, que cuando volviese después de larvar se toparía con mi segunda envoltura de cobre. Otra estación de tregua para mí. Luego, al encontrarse con el hierro, otra vez a larvar. Para entonces se sentiría tan frustrado que renunciaría y partiría en busca de una presa más fácil.

Lo que yo ignoraba es que el feperozpo es muy concienzudo y jamás se da por vencido. Pasó días y días cavando alrededor de mi base y descubrió un punto en el cual, por un descuido de mi parte, se podían detectar los tres componentes de mi concha. Yo conocía la existencia de este talón de Aquiles, pero nunca pensé que él cavaría tan hondo.

Allá partió el asesino a invernar. Cuando llegó el verano, se arrastró fuera de su guarida. Antes de atacarme, se comió mis cosechas, rompió mis jaulas y devoró los móviles que tenía en ellas, desenterró mis zarcillos y los engulló, y rompió mi cañería de agua.

Pero cuando recolectó todas las manzanas de mi árbol y se las zampó, sentí un delicioso hormigueo. El verano anterior había transportado hasta el árbol, por medio de mi red de zarcillos subterráneos, cierta cantidad de mineral venenoso. Al hacerlo, maté a los zarcillos que realizaron el trabajo, pero conseguí inyectar en las raíces del árbol pequeñas cantidades de veneno —selenio, lo llamaba Padre—. Desarrollé nuevos zarcillos y transporté más veneno hasta el árbol. La planta íntegra terminó por estar impregnada de aquella poción, pero se la había suministrado tan lentamente que había adquirido una especie de inmunidad. Digo especie porque era en realidad un árbol bastante enclenque.

Debo reconocer que la idea me la sugirió una de las no-vera historias de Padre, semantizada en Morposepe, para que Madre no se sintiese molesta. Esta historia hablaba de un móvil —una hembra, aseguraba Padre, aunque el concepto de un móvil femenino es demasiado excitante como para que nos detengamos en él—, un móvil que cayó en un largo sueño a causa de una manzana envenenada.

Por lo que sucedió, se hubiera dicho que Feperozpo nunca había oído esa historia. Las manzanas sólo le produjeron una descompostura. Cuando se recuperó, se arrastró cuesta arriba y se instaló en lo alto de mi cúpula. Arrancó mi tallo pulsátil, introdujo su oviscapo en el agujero y empezó a destilar gotas de ácido.

Yo estaba aterrorizada. Nada es más espantoso que el saber que una se ha quedado sin pulsador y está aislada del mundo exterior. Pero al mismo tiempo, sus actos eran tal cual yo los había previsto. Así que traté de calmar mis nervios. Al fin y al cabo, yo ya sabía que Feperozpo atacaría justo por ese lado. Si precisamente por eso había colocado mi cerebro a un costado y mi estómago mayor lo más alto posible. Mis hermanas, que se habían limitado a crecer según las normas tradicionales de las Madres, se habían burlado de mi redistribución de órganos, que tanto trabajo me había costado. Cuando yo esperaba aún que el agua bombeada desde el arroyo llenase mi bolsa, la de ellas ya estaba caliente y hacía mucho que disfrutaban de las delicias de un guiso sabroso y calentito. Mientras tanto, yo engullía fruta y carne cruda en abundancia, lo que a veces me descomponía. Pero no iba a pura pérdida, pues lo que mi estómago rechazaba lo aprovechaban mis cultivos.

Como tú sabes, una vez que nuestro estómago está lleno de agua, y bien protegido, el calor de nuestro cuerpo va entibiando el líquido y como no hay pérdida de calor, excepto cuando recibimos o expulsamos carnes o legumbres por el iris, el agua llega a punto de ebullición.

Bueno, para seguir pulsando mi historia, cuando el móvil hubo descascarado con sus ácidos las cubiertas de hueso, cobre y hierro, y logrado un agujero lo suficientemente grande como para introducir su cuerpo, cayó para la cena.

Me imagino que esperaba encontrarse con lo de siempre: la

Madre o la virgen desvalida, alelada, pronta para dejarse devorar.

Si eso creía, lo que encontró debió crisparle los nervios. En la parte superior de mi estómago yo había desarrollado un iris teniendo en cuenta las dimensiones de cierto móvil carnívoro.

Hubo un momento en que temí haber calculado mal. Ya me había engullido la mitad, pero me era imposible pasar sus cuartos traseros por mis labios. Atrancado a mitad de camino, me arrancaba grandes jirones de carne. Era tal el dolor, que mi cuerpo se sacudía violentamente y hasta creo que moví mi concha de su base. Sin embargo, a pesar de mis nervios destrozados, no cedí; forcejeé, y cómo forcejeé, hasta que por último, cuando ya estaba a punto de vomitarlo por el mismo agujero por donde había entrado, cosa que hubiera significado mi fin, tragué de golpe, convulsivamente, y me lo zampé.

Mi iris se cerró. Ahora, por más que me mordiera por dentro y me escupiera ácidos corrosivos, ni en sueños lo volvería a abrir. Estaba resuelta a conservar esa carne para mi guisito. El trozo más gigantesco que jamás consiguió Madre alguna.

Eso sí, luchó como un campeón. Pero no duró mucho. El agua en ebullición entró por su boca abierta y le inundó los pulmones. De ese líquido hirviente no pudo sacar su muestrita y arrastrarse hasta su cubículo para larvarla.

Estaba vencido... y sabía a gloria.

Sí, sé que me deben felicitar y que toda esta información sobre cómo habérselas con el monstruo debe ser propalada hasta el último confín. Pero no olviden que esta victoria sobre nuestro ancestral enemigo debo compartirla con un móvil. Puede que el reconocerlo les crispe los nervios. Pero es la verdad.

¿De dónde saqué la idea de colocar mi estómago marmita justo debajo del orificio que el feperozpo siempre hace en lo alto de nuestra concha? Bueno, de la misma fuente de donde obtuve tantas otras. De una de las no-vera-historias que Padre contaba en Morposepe.

Te las pulsaré otro día, cuando no esté tan ocupada. Después, queridita, de que hayas aprendido nuestro lenguaje secreto.

Empezaré con mis clases ahora mismo. Primera...

¿Qué es eso? ¿Estás ardiendo de curiosidad? Muy bien, voy a darte una idea de lo que son esas no-vera-historias, luego

continuaré instruyendo a esta neófito.

Es la historia del Feperozpo y de lospo trespo
chanpachipitopos.

PADRE

Capítulo primero

El primer oficial del *Gaviota* alzó la vista de la mesa de navegación y señaló las cifras magnificadas que la microbobina proyectaba sobre la pantalla de información.

—Si esto es correcto, señor, estamos a cien mil kilómetros del segundo planeta. Hay diez planetas en este sistema. Por fortuna, uno es habitable: el segundo.

Hizo una pausa. El capitán Tu lo miró con curiosidad, porque el hombre estaba muy pálido y había acentuado irónicamente el *por fortuna*.

—El segundo planeta debe ser Abatos, señor.

La tez curtida del capitán palideció hasta igualar a la del piloto. Su boca se abrió como si fuese a proferir un juramento y se cerró bruscamente. Al mismo tiempo su mano derecha amagó un gesto hacia su frente, como si fuese a tocarla. También la mano cayó, inerte.

—Está bien, señor Gibens. Haremos la tentativa de aterrizar. Es todo cuando podemos hacer. Manténgase alerta, a la espera de nuevas órdenes.

Dio media vuelta para que nadie pudiera verle la cara.

—Abatos, Abatos —murmuró. Se lamió los labios secos y entrelazó ambas manos por detrás de la espalda.

Se oyeron dos breves zumbidos. El alférez Nkrumah pasó la mano por encima de una placa activante y dijo: —Puente— a una placa que cobró vida y color en la pared. Apareció la cara de un camarero.

—Señor, sírvase informar al capitán que el obispo André y el padre Carmody lo esperan en la cabina 7.

El capitán Tu miró de soslayo el reloj del puente y tironeó del

crucifijo de plata que pendía de su oreja derecha. Gibens, Nkrumah y Merkalov lo observaban ansiosamente, pero desviaron la mirada cuando sus ojos encontraron los suyos. Sonrió torvamente al ver sus expresiones, se soltó las manos y enderezó la espalda. Era como si supiera que sus hombres dependían de él para conservar una calma capaz de inspirarles confianza en su habilidad para llevarlos a puerto seguro. Durante medio minuto posó, pues, monolítico, en su uniforme azul celeste que no había variado desde el sigloXXL Aunque nadie ignoraba que se sentía un poco ridículo cuando lo usaba en planeta, cuando estaba en su nave lo lucía como quien viste una armadura. Y si bien la casaca y los pantalones eran arcaicos y sólo se veían en bailes de disfráz o en estéreos históricos o en los oficiales de naves interestelares, le conferían la prestancia y la lejanía necesarias para imponer disciplina. El capitán debió sentir que necesitaba hasta el más mínimo vestigio de confianza y respeto que pudiese inspirar. De ahí la consciente majestuosidad de la pose; la imagen del capitán escrupuloso y sereno que estaba tan seguro de sí mismo que podía tomarse el tiempo necesario para atender sus obligaciones sociales.

—Dígale al obispo que iré a verlo dentro de un momento —ordenó al alférez.

Se alejó del puente a grandes trancos, cruzó varios corredores y entró en el pequeño salón. Se detuvo junto a la puerta para observar a los pasajeros. Todos se encontraban allí con excepción de los dos sacerdotes. Ninguno de ellos sabía aún que el *Gaviota* no estaba pasando simplemente por una de las muchas transiciones del espacio normal al espacio perpendicular. La joven pareja de enamorados, Kate Lejeune y Pete Masters, estaban sentados en un rincón, en un sofá, tomados de las manos y hablando en un susurro y se lanzaban de tanto en tanto ardorosas miradas de contenida pasión. La señora Recka, sentada a una mesa, jugaba un doble solitario con Chandra Blake, el médico de a bordo. Era una rubia alta y voluptuosa cuya belleza aparecía deteriorada por un incipiente doble mentón y oscuras ojeras en forma de medialuna. La botella semivacía de *bourbon* que se encontraba sobre la mesa revelaba el origen de su aire disoluto: quienes sabían algo de su historia personal sabían que también era responsable de que se encontrase ahora a bordo del *Gaviota*. Separada de su marido en

Wildenwooly, volvía ahora al hogar paterno en el distante mundo de Diveboard, en el confín de la Galaxia. Ante la alternativa de tener que elegir entre marido y botella, había preferido el más simple y manuable de los dos. Como le estaba diciendo al doctor cuando entró el capitán, el licor nunca la criticaba a una ni la trataba de mujerzuela borracha.

Chandra Blake, un hombre bajo de pómulos prominentes y grandes ojos castaños, la escuchaba con una sonrisa estereotipada. Su conversación estrepitosa e indiscreta lo molestaba profundamente, pero era demasiado educado para dejarla con la palabra en la boca.

El capitán Tu se tocó la gorra al pasar junto a los cuatro y respondió a sus saludos con una sonrisa, ignorando la invitación de la señora Recka a compartir su mesa. Atravesó un largo corredor y apretó un botón junto a la puerta de la cabina 7.

La puerta se abrió y el capitán entró, un hombre alto, rígido y cenceño que parecía estar hecho de algún metal oscuro e inflexible. Se detuvo de golpe y obró el aparente milagro de inclinarse hacia adelante para besar la mano que le extendía el obispo con tal falta de gracia y tan a desgana que privó al gesto de todo significado. Cuando se irguió, dio casi la impresión de contener un suspiro de alivio. Era evidente que al capitán no le gustaba inclinarse ante ningún hombre.

Abrió la boca como si fuese a darles sin más demora la triste nueva, pero el padre John Carmody le puso un vaso en la mano.

—Un brindis, capitán, por un rápido viaje a Ygdrasil —dijo el padre John con voz grave y pedregosa—. Nos encanta estar a bordo, pero tenemos motivos para desear llegar cuanto antes a nuestro destino.

—Beberé por su salud y por la de Su Excelencia —dijo Tu con voz áspera y cortante—. En cuanto al viaje rápido, me temo que necesitamos una pequeña oración. Acaso más que pequeña.

El padre Carmody alzó sus cejas extraordinariamente espesas y enmarañadas pero no hizo comentario alguno. Esta actitud de silencio expresaba a las claras sus reacciones internas, pues era un hombre que necesitaba hablar constantemente. Era bajo y gordo, de unos cuarenta años, pesados carrillos, una espesa mata de pelo azulnegro ligeramente ondulado, ojos azul claro un poco saltones y

el párpado izquierdo caído, boca grande y carnosa y una larga nariz afilada en forma de cohete. Temblaba, se meneaba y sacudía con energía; necesitaba estar en perpetua actividad para no explotar; mover las manos de una cosa a otra, meter la nariz aquí y allá, reírse y parlotear; necesitaba dar la impresión de vibrar por dentro como un gran diapasón.

El obispo André, de pie a su lado, era tan alto y quieto y macizo que parecía un roble trocado en hombre con Carmody, la ardilla, correteando a sus pies. Sus hombros soberbios, su pecho curvo, su vientre plano, sus pantorrillas musculosas hablaban de una gran fuerza rigurosamente controlada y siempre tan en forma como la de un campeón. Sus facciones hacían justicia a su físico; tenía una cabeza imponente de pómulos altos coronada por una amarilla melena leonina. Los ojos eran de un verde dorado y luminoso, la nariz recta y clásica de perfil pero demasiado estrecha y respingada vista de frente; la boca fuerte, de labios muy rojos y marcadas comisuras. El obispo, al igual que el padre John, era el niño mimado de las damas de la diócesis de Wildenwooly, pero por distinto motivo. El padre John era divertido. Bromeaba con ellas, las hacía reírse a carcajadas y hasta lograba que sus problemas más graves no les parecieran insuperables. Pero el obispo André les hacía flaquear las rodillas cuando las miraba a los ojos. Era la clase de sacerdote que las llevaba a lamentar que no fuese candidato para el matrimonio. Lo peor era que Su Excelencia sabía el efecto que causaba y lo detestaba. Algunas veces había sido brusco y era siempre un poquito altivo. Pero ninguna mujer podía sentirse ofendida con él durante mucho tiempo. En realidad, y como todo el mundo sabía, el obispo debía parte de su meteórico ascenso a los esfuerzos entre bambalinas de sus admiradoras. No porque le faltase capacidad, que la tenía y de sobra; sino simplemente porque había alcanzado su rango más rápido de lo que se hubiera podido esperar.

El padre John escanció vino de una botella, luego llenó dos vasos de limonada.

—Yo beberé el vino —dijo—. Usted, Capitán, no tendrá más remedio que aguantarse este brebaje sin alcohol porque está en funciones. Su Excelencia, en cambio, rehúsa beber del cáliz de la alegría excepto como sacramento, por una cuestión de principio. En cuanto a mí, tomo un poco de vino por amor a mi estómago.

Se palmeó la gran panza redonda.

—Puesto que mi vientre constituye una parte tan grande de mi persona, todo cuanto tomo para él lo tomo asimismo para todo mi ser. De esta manera, no sólo se benefician mis entrañas, mi cuerpo todo resplandece de salud y alegría y pide más estimulante. Por desgracia, el obispo sienta un ejemplo tan insoportablemente virtuoso que debo restringirme a este único vaso. Y ello a pesar de que tengo dolor de muelas y podría aliviarlo con uno o dos traguitos extra.

Risueño, miró por encima del borde de su vaso al capitán Tu, quien no obstante la tensión que lo dominaba, esbozó una amarga sonrisa, y al obispo, cuyos rasgos severos y porte digno lo hacían semejarse a un león absorto en sus pensamientos.

—Ay, perdóneme usted, Su Excelencia —dijo el Padre—. No puedo dejar de sentir que es usted por demás inmoderado en su templanza, pero no debí haber insinuado tanto. En verdad, su ascetismo es un modelo que todos debemos admirar, aun cuando no tengamos la fortaleza de carácter para imitarlo.

—Está perdonado, John —dijo gravemente el Obispo—. Pero preferiría que reservara sus ironías, pues no puedo menos que pensar que de eso se trata, para los momentos en que estamos solos. No es conveniente que hable de esta forma en presencia de extraños, que acaso pensarán que usted abriga hacia su obispo un cierto desdén.

—¡Ah, Dios me perdone, no tuve tal intención! —exclamó Carmody—. Si a alguien van dirigidas mis pullas es a mí mismo, por disfrutar en exceso de las cosas demasiado buenas de esta vida y porque en vez de crecer yo en sabiduría y santidad, lo que crece es la circunferencia de mi cintura.

El capitán Tu se agitó, incómodo, y al instante reprimió esos gestos que lo delataban. Era evidente que la mención del nombre de Dios fuera de los muros de la iglesia lo perturbaba. Por lo demás, no había tiempo para charlar de cosas intrascendentes.

—Bebamos a nuestra salud —dijo, y apuró su limonada. Luego, depositando el vaso con gesto definitivo como si nunca más fuera a tener otra oportunidad de beber, dijo—: La noticia que tengo que darles es mala. Nuestro motor de traslación cesó de funcionar hace una hora, dejándonos varados en espacio normal. El ingeniero jefe

dice que no pudo encontrarle ninguna falla, pero lo cierto es que no funciona. No tiene ninguna idea de cómo ponerlo en marcha nuevamente. Es un hombre sumamente idóneo, y si él se da por vencido es porque el problema no tiene solución.

Hubo un minuto de silencio. Luego el padre John preguntó:

—¿A qué distancia estamos de un planeta habitable?

—A unos cien mil kilómetros —respondió Tu, tironeando el crucifijo de plata que colgaba de su oreja. Bruscamente, comprendiendo que estaba delatando su ansiedad, dejó caer la mano al costado del cuerpo.

El padre se encogió de hombros.

—No estamos en caída libre, de modo que el impulso interplanetario no puede fallar. ¿Por qué no podemos aterrizar en ese planeta?

—Es lo que trataremos de hacer. Pero no confío en el éxito. El planeta es Abatos.

Carmody dejó escapar un silbido y se rascó el costado de su larga nariz. El bronceado rostro de André palideció.

El curita dejó su vaso e hizo una mueca de preocupación.

—Eso sí que es malo —miró al obispo—. ¿Puedo decirle al Capitán por qué estamos tan ansiosos por llegar cuanto antes a Ygdrasil?

André asintió, los ojos bajos como si estuviera pensando en algo que nada tenía que ver con los otros dos.

—Su Excelencia —dijo Carmody— viajaba de Wildenwooly a Ygdrasil porque creía haber contraído el mal del eremita.

El Capitán se sobresaltó pero no retrocedió un solo paso de su posición cercana al obispo. Carmody sonrió y dijo.

—No tiene por qué temerle al contagio. El Obispo no tiene ese mal. Algunos de sus síntomas coincidían, pero los exámenes descartaron la presencia de microbios. Y no sólo eso; Su Excelencia no ha desarrollado una conducta antisocial *típica*. A pesar de todo, los médicos decidieron que fuera a Ygdrasil, donde cuentan con medios más adelantados que en Wildenwooly, planeta que, como usted sabe, es todavía bastante primitivo. Además, hay allí un médico, un tal doctor Ruedenbach, especialista en enfermedades epileptoides. Se consideró que lo mejor sería consultarlo, pues el estado de Su Excelencia no mejoraba.

Tu extendió las palmas en un ademán de impotencia.

—Créame, Su Excelencia, esta noticia me apena y me hace lamentar más aún este accidente. Pero no hay nada...

André despertó de su ensueño. Por primera vez sonrió, una sonrisa lenta, cálida, seductora.

—¿Qué son mis problemas comparados con los suyos? Usted tiene la responsabilidad de esta nave y de su valioso cargamento. Y, lo que es mucho más importante, del bienestar de veinticinco almas.

Empezó a caminar de un lado a otro, hablando con su voz vibrante.

—Todos nosotros hemos oído hablar de Abatos. Sabemos lo que puede significar si la traslación no vuelve a funcionar. O si nos está deparada la misma suerte que a aquellas otras naves que intentaron aterrizar en él. Estamos a unos ocho años luz de Ygdrasil y a seis de Wildenwooly, lo cual significa que no podemos llegar con impulsión normal a ninguno de los dos. O conseguimos poner en marcha la traslación o aterrizamos. O permaneceremos en el espacio hasta morir.

—E incluso en el caso de que pudiésemos aterrizar —dijo Tu— podríamos tener que pasar el resto de nuestras vidas en Abatos.

Un momento después se retiró de la cabina. Lo detuvo Carmody, que se había deslizado detrás de él.

—¿Cuándo piensa usted informar a los otros pasajeros?

Tu miró su reloj.

—Dentro de dos horas. Para entonces sabremos si Abatos nos dejará pasar o no. No puedo postergar por más tiempo la información porque se habrían dado cuenta de que algo anda mal. Ahora mismo deberíamos estar cayendo en Ygdrasil.

—El Obispo está orando por todos nosotros —dijo Carmody—. Yo concentraré mi plegaria en una inspiración para el ingeniero. La va a necesitar.

—No hay ninguna falla en la traslación —dijo Tu categóricamente—salvo que no quiere funcionar.

Carmody lo observó astutamente por debajo de la maraña de sus cejas y se frotó el costado de la nariz.

—¿Usted piensa que no es un accidente el que el motor haya dejado de funcionar?

—He pasado muchas veces por situaciones difíciles —replicó Tu — y tuve miedo. Sí, miedo. No se lo diría a ningún hombre, excepto a usted o quizás a otro sacerdote, pero he tenido mucho miedo. Sí, sé que es una debilidad, hasta un pecado tal vez.

A esta altura Carmody alzó las cejas en un gesto de asombro y acaso de algo así como respeto.

—... pero lo cierto es que me era imposible evitarlo, aunque juraba que nunca más volvería a sentirme así y que jamás permitiría que nadie lo advirtiera. Mi mujer siempre me decía que, si de tanto en tanto demostraba un poco de debilidad, no mucha, un poco, nada más... Bueno, quizá fue esa la razón por la cual me dejó, no lo sé, y en realidad ya no tiene importancia, salvo que...

Súbitamente, advirtiendo que estaba divagando, el capitán se interrumpió, se reprimió a ojos vista, cuadró los hombros y dijo:

—Sea como fuere, Padre, esta situación me asusta mucho más que cualquier otra que me haya tocado vivir. Por qué razón, no sabría decírselo con exactitud. Pero tengo la sensación de que algo provocó esta interrupción y con un propósito que no habrá de gustarnos, cuando lo averigüemos. Todo cuanto tengo para fundamentar mis temores es lo que sucedió a aquellas otras tres naves. Usted lo sabe, todo el mundo lo leyó; el *Hoyle* que aterrizó y del cual nunca se tuvo más noticias, el *Priamo*, que vino a investigar su desaparición y apenas pudo llegar a cincuenta kilómetros de distancia porque falló su mecanismo de desplazamiento en espacio normal, el crucero *Tokyo* que trató de abrirse paso con el motor apagado y sólo logró escapar porque tenía velocidad suficiente para pasar el límite de los cincuenta kilómetros. Aun así, estuvo a punto de incendiarse cuando atravesaba la estratosfera.

—Lo que no puedo comprender —dijo Carmody— es cómo un agente como el que usted sugiere pudo habernos afectado mientras estábamos en traslación. Teóricamente, en ese momento ni siquiera existimos en el espacio normal.

Tu tironeó de su crucifijo.

—Sí, lo sé. Y sin embargo, aquí estamos. Quienquiera que haya hecho esto, tiene un poder desconocido para el hombre. De lo contrario no hubiera podido, con tan exacta puntería, inmovilizarnos en traslación tan cerca de su planeta.

Carmody sonrió, animoso.

—¿Para qué preocuparnos, entonces? Si puede atraparnos como peces en una red, debe querer que aterricemos. Por lo tanto, no tenemos que angustiarnos por el aterrizaje.

Repentinamente hizo una mueca de dolor.

—Este maldito molar —explicó—, me lo iba a hacer arrancar para ponerme un postizo cuando llegara a Ygdrasil. Y había jurado no abusar de ese chocolate que tanto me tienta y que ya me ha costado la pérdida de varios dientes. Y ahora debo pagar por mis pecados; tenía tanta prisa que olvidé traer analgésicos, excepto el vino. ¿O habrá sido un acto fallido freudiano?

—El doctor Blake ha de tener analgésicos.

Carmody se echó a reír.

—¡Los tiene! ¡Otro descuido oportuno! Yo esperaba limitarme a la medicina natural de la uva e ignorar las insípidas y enervantes panaceas de laboratorio. Pero demasiada gente está pendiente de mi bienestar. Bueno, éste es el precio de la popularidad.

Palmeó a Tu en el hombro.

—La aventura nos espera, Bill. ¡Al ataque!

Al Capitán no pareció molestarle la familiaridad. Evidentemente, conocía a Carmody desde hacía mucho tiempo.

—Ojalá yo tuviera su coraje, Padre.

—¡Coraje! —dijo el cura con sorna—. Si bajo mi cilicio estoy temblando.

Pero debemos aceptar lo que Dios nos manda, y si nos gusta, tanto mejor.

Tu se permitió una sonrisa.

—Usted me es simpático porque puede decir una cosa como ésa sin que suene a falso o a presuntuoso o... a clerical. Sé que es sincero.

—Tiene toda la santa razón —respondió Carmody, pasando de su tono voluble a otro más grave—. Ahora, en serio, Bill, espero que pronto podamos seguir viaje. El Obispo está mal. Parece sano, pero puede tener un ataque en cualquier momento. Y en ese caso, voy a estar sumamente ocupado con él por una buena temporada. No puedo decirle mucho más acerca de su estado porque sé que a él no le gustaría que lo hiciera. Como usted, detesta confesar a nadie su debilidad; probablemente me reprenderá cuando vuelva a la cabina por haberle mencionado este asunto. Ésa es una de las razones por

las cuales no le ha dicho nada el doctor Blake. Cuando le acomete uno de sus... accesos, no quiere que nadie más que yo cuide de él. Y esta pequeña dependencia lo humilla.

—¿Es grave, entonces? Cuesta creerlo. Parece un hombre tan saludable; a nadie le tentaría medir sus fuerzas con él en una pelea. Y es un *buen* hombre, además. Virtuoso si los hay. Recuerdo el sermón que pronunció para nosotros en la iglesia de San Pío, en Lazy Fair. Nos vapuleó sin misericordia y tanto me atemorizó que me indujo a llevar una vida casta durante tres semanas. Los santos mismos han de haber pensado en correrse para hacer sitio, y luego...

Viendo la expresión de los ojos de Carmody, Tu calló, echó una ojeada a su reloj y dijo:

—Bueno, me quedan unos pocos minutos libres, y no me he estado portando tan bien como debiera, aunque supongo que todos podríamos decir lo mismo ¿eh, Padre? ¿Podríamos ir a su cabina? Nadie sabe lo que habrá de ocurrir en las próximas horas y me gustaría estar preparado.

—Claro que sí. Sígueme, hijo mío.

Capítulo segundo

Dos horas más tarde, por el visor del puente, el capitán Tu había anunciado la verdad a la tripulación y al pasaje. Cuando calló, su voz y su torvo y cenceño rostro desapareció de la pantalla del salón, dejó tras de sí una estela de silencio y de angustia. Todos, con excepción de Carmody, seguían sentados en sus butacas como si la voz del capitán hubiera sido una flecha que los clavara a los almohadones. Carmody estaba de pie en el centro del salón, una figura pequeña y rechoncha sobriamente ataviada en medio de las ropas de colores brillantes de los demás. No usaba aros en las orejas, sus piernas estaban pintadas de un negro discreto, el corte de sus faldellines no era llamativo y su plastrón acolchado y sus tiradores eran severos, inocentes de oropeles y pedrerías. Al igual que todos los miembros de la Orden Jairusita, vestía la gola romana sólo en planeta, y en memoria del fundador y su insólita pero justificada razón para llevarla.

Escudriñaba con disimulo a los pasajeros. Balanceándose sobre sus tacos, trazando con el dedo índice la curva de su larga nariz, el anuncio parecía interesarle únicamente desde el punto de vista de sus reacciones. Nada indicaba que estuviese preocupado por sí mismo.

La señora Recka seguía sentada frente a sus cartas, la cabeza inclinada para estudiarlas. Pero su mano se acercaba más a menudo a la botella y en un momento la derribó con un ruido que sobresaltó a Blake y a los dos jóvenes enamorados. Sin molestarse en levantarse de su silla, dejó que el licor se derramara por el piso mientras tocaba el timbre para llamar al camarero. Tal vez la gravedad del anuncio del capitán no había penetrado en la bruma de su cerebro. O quizá no le importase, sencillamente.

Pete Masters y Kate Lejeune no se habían movido de sus sitios ni habían pronunciado una sola palabra. Apretujados en el ángulo del sofá, más juntos que antes, si ello era posible, se oprimían las manos con más pasión que nunca. Pálidos sus rostros, sus cabezas se mecían como dos globos blancos a merced de un viento interior; la roja boca pintada de Kate, vivida contra su piel exangüe, se abría como una incisión en la esfera que, sin embargo, por algún milagro, retenía el aire en su interior impidiendo que la cabeza se desplomase. Carmody los contempló con piedad, pues conocía su historia mejor de lo que ellos imaginaban. Kate era hija de un acaudalado «flautista cazador de pieles» de Wildenwooly. Pete era el hijo de un «leñador de lata» sin un céntimo, uno de esos hacheros acorazados que se aventuran a internarse en las selvas singularmente peligrosas del planeta en busca de la madera del árbol del deseo. Cuando su padre fue arrastrado a una gruta submarina por un espelugastro, Pete había ido a trabajar con el Viejo Lejeune. Que no le faltaba coraje, lo demostró prontamente, pues se necesitaban agallas para hechizar con la flauta a los agropeludos de lujuriosa pelambre, pero de fiero temperamento, hacerlos salir de sus madrigueras en los huecos de los árboles y conducirlos hasta los desolladores. Que también era temerario lo demostró con casi idéntica prontitud al enamorarse de Kate tan apasionadamente como ella de él.

Cuando reunió el valor suficiente para pedir la mano de Kate a su padre —el Viejo Lejeune era tan maligno e irascible como los agropeludos mismos, pero inmune al sortilegio de una flauta— fue expulsado violentamente con varias heridas y magullones, una ligera conmoción cerebral y la promesa de que si se atrevía a rondar a Kate y a dirigirle la palabra le harían picadillo. Lo que siguió fue la inevitable y eterna historia. Al salir del hospital Pete le había enviado mensajes a Kate por intermedio de una tía viuda. Esa tía, que odiaba a su hermano y era, por añadidura, devota fanática de las estereonovelas, era capaz de todo para allanar el camino del verdadero amor.

Así, pues, un coplero había llegado inopinadamente al puerto de las afueras de Breakneck poco antes del despegue del *Gaviota*. Después de identificarse y de comprar los pasajes —que era todo cuanto necesitaban hacer para ser admitidos a bordo, pues no

existían visas ni pasaportes para los seres humanos que desearan viajar entre los distintos puertos de la Comunidad Interplanetaria—habían ocupado la cabina 9 contigua a la del Obispo y permanecido encerrados en ella hasta poco antes de la falla en el mecanismo de traslación.

La tía de Kate estaba demasiado orgullosa de su papel de Cupido como para mantener la boca cerrada. Se lo había contado a media docena de amigas de Breakneck, después de obtener la promesa solemne de que no lo contarían a nadie. Resultado: el padre Carmody conocía la verdad de los hechos y algunas de las mentiras del *affaire* Masters-Lejeune. Cuando la pareja subió a bordo con el mayor sigilo, Carmody supo inmediatamente lo que había sucedido y había esperado en realidad que el ultrajado padre los persiguiera con una pandilla de fieros desolladores para darle a Pete su merecido. Pero la nave había partido como un rayo y ahora era dudoso que al llegar a Ygdrasil se encontraran con una orden de arresto de la pareja. Tendrían suerte si alguna vez llegaban allí.

Carmody se encaminó hacia ellos y se detuvo a su lado.

—No se asusten, chicos —les dijo—. La opinión del capitán es que no tendremos ningún problema para aterrizar en Abatos.

Pete Masters era un jovenzuelo pelirrojo de nariz aguileña, mejillas hundidas y una quijada demasiado prominente. Era de huesos grandes pero todavía no había desarrollado la musculatura de un hombre ni perdido la torpeza característica del adolescente que ha crecido demasiado de prisa. Cubrió con su manaza ahuesada la delicada mano de Kate y dijo al sacerdote, echando fuego por los ojos:

—Y supongo que nos entregará a las autoridades apenas desembarquemos.

Carmody parpadeó ante la insolencia del tono de Pete y se inclinó hacia adelante como para resistirla.

—Lo dudo —respondió con dulzura—. Si existe una autoridad en Abatos, no la conocemos todavía. Pero tal vez, tal vez.

Se interrumpió y miró a Kate. Era bonita y menuda. Su largo pelo dorado estaba recogido en la nuca con una argolla de plata; sus grandes ojos violetas se alzaron para encontrar los suyos con una mezcla de candor y súplica.

—En realidad —dijo el sacerdote— tu padre nada puede hacer,

legalmente, para deteneros a no ser que cometan un crimen. Veamos, tú tienes diecinueve años ¿verdad, Pete? Y tú, Kate, tienes apenas diecisiete ¿me equivoco? Si mal no recuerdo, según las cláusulas de la Carta de Libre Albedrío, el ser menor de edad no te quita el derecho de hacer abandono del hogar de tu padre sin su consentimiento. Estás en edad móvil. Por otra parte, de acuerdo con la ley, no estás aún en edad núbil. La biología, lo sé, contradice esto, pero también vivimos en una sociedad, una sociedad regida por leyes humanas. No podrías casarte sin la venia de tu padre. Si lo intentaras, podría impedírtelo legalmente. Y sin duda lo hará.

—No puede hacer nada —dijo Pete con dureza—. No nos vamos a casar hasta que Kate tenga la edad suficiente.

Por debajo de sus cejas pajizas, sus ojos centellearon. La palidez de Kate desapareció bajo una oleada de rubor; clavó la mirada en sus esbeltas piernas pintadas de amarillo canario y en sus pies de brillantes uñas escarlatas. Su mano libre tironeó de su verde faldellín tipo Kelly.

La sonrisa de Carmody no se había borrado de sus labios.

—Perdonen a un sacerdote entremetido cuyo solo interés es el de no verlos perjudicados. Ni de que ustedes perjudiquen a nadie. Pero conozco a tu padre, Kate. Sé que es muy capaz de cumplir su amenaza contra Pete. ¿Quisieras verlo secuestrado, brutalmente castigado o quizá muerto?

Kate volvió a alzar sus ojos hacia él, las mejillas todavía encendidas. Era muy hermosa, muy joven, muy apasionada.

—Papá no se atrevería —dijo en voz baja y vehemente—. Sabe que si algo le sucede a Pete, me mataré. Se lo dije en una esquila que le dejé, y sabe que soy tan testaruda como él. Papá no le hará ningún daño a Pete porque me quiere demasiado.

—No te molestes en hablarle, amor mío —dijo Pete—. Yo me encargo de esto. Carmody, no queremos ninguna intromisión, bien intencionada o no. Sólo queremos que nos dejen solos.

El padre John suspiró.

—Que los dejen solos no es mucho pedir. Desgraciadamente, o quizás afortunadamente, la soledad es una de las cosas más raras de este mundo, casi tan rara como la paz espiritual o el verdadero amor por la humanidad.

—Ahórrese sus frases trilladas —dijo Pete—. Resérvelas para la

iglesia.

—Ah, es verdad, una vez te vi en Santa María, ¿no? —replicó el padre John rascándose el costado de la nariz—. Hace dos años, durante el brote de fiebre eremítica. Humm.

Kate apoyó una mano en la muñeca del joven.

—Por favor, querido. Es bien intencionado. Y de todos modos lo que dice es verdad.

—Gracias, Kate.

Carmody titubeó; luego, con expresión triste y pensativa, metió la mano en el bolsillo de su faldellín y extrajo un trozo de papel amarillo. Se lo extendió a Kate, quien lo tomó con mano trémula.

—Esto le fue entregado al camarero justo antes de que la nave zarpara —dijo—. Ya era demasiado tarde para hacer cualquier cosa. A menos que se trate de un asunto de importancia suprema, la nave debe atenerse a sus horarios.

Kate leyó el mensaje y volvió a palidecer. Pete, leyéndolo por sobre su hombro, se puso encarnado y las aletas de su nariz se dilataron. Le arrancó el papel y dio un salto.

—¡Si el Viejo Lejeune cree que puede mandarme a la cárcel acusándome de haber robado su dinero, está loco! —Ladró—. ¡No puede probarlo porque no es verdad! ¡Soy inocente y lo demostraré sometiéndome voluntariamente a la prueba del calaroquel! ¡O a cualquier otra droga de la verdad que quieran darme! ¡Eso lo desenmascarará como mentiroso que es!

El padre John lo miró con ojos dilatados.

—Y mientras tanto los dos quedarán detenidos y el padre de Kate adoptará las medidas necesarias para hacerla regresar o por lo menos alejarla enviándola al otro confín de la Galaxia. Ahora, yo sugeriría...

—No nos interesan sus necias sugerencias —gruñó Pete. Estrujó el papel y lo tiró al suelo—. Ven, Kate, vamos a nuestra cabina.

Ella se levantó sumisa, no sin lanzarle a Pete una mirada como pidiéndole permiso para expresar su opinión. Él se hizo el desentendido.

—¿Sabe una cosa? —prosiguió—. Me alegro de que nos veamos obligados a aterrizar en Abatos. Por lo que he leído, el *Tokyo* determinó que es un planeta habitable, quizás un nuevo Edén. A Kate y a mí nos será fácil vivir allí. Tengo en mi cabina mi equipo

completo; con él podremos construir una cabaña, trabajar la tierra, cazar y pescar y criar a nuestros hijos como lo deseemos. Y sin que nadie se entrometa, absolutamente nadie.

El padre John inclinó la cabeza hacia un costado y dejó caer su párpado izquierdo.

—Adán y Eva, ¿eh? ¿No van a sentirse un poco solos? Además, ¿qué saben de los peligros que pueda depararles Abatos?

—Pete y yo no necesitamos de nadie —replicó Kate con serenidad—. Y no queremos que nadie se entrometa, absolutamente nadie.

—Excepto tu padre.

Pero los jóvenes se alejaban ya tomados de las manos; quizá ni lo habían oído.

Se agachó para recoger el papel, gruñendo mientras lo hacía. Se enderezó con un suspiro, alisó la hojita y la leyó.

El doctor Blake se levantó de la mesa y se le acercó. Le sonrió con una mezcla de afabilidad y reproche.

—¿No estará siendo demasiado comedido?

Carmody sonrió.

—Usted me conoce desde hace mucho, Chandra. Usted sabe que mi larga y afilada nariz es una excelente prueba de mi carácter y que no pondría las manos en el fuego para negar que soy un entremetido inveterado. No obstante, tengo la disculpa de ser sacerdote y que ése sea un atributo de mi profesión. No hay salida. Además, da la casualidad que esos chicos me interesan; quiero que salgan indemnes de este brete.

—Corre el riesgo de que le deformen la nariz. Pete parece lo suficientemente violento como para sacudirle una.

El padre John se frotó la punta de la nariz.

—No será la primera vez que me la aplasten. Pero dudo que Pete me pegue. Una de las ventajas de ser sacerdote. Hasta lo más brutos titubean en pegarle a uno. Casi como golpear a una mujer. O al representante de Dios. O a ambos. Nosotros, los cobardes, solemos aprovecharnos de esta situación.

Blake hizo una mueca sarcástica.

—¿Cobarde? —Y agregó—: Kate ni siquiera pertenece a su credo, Padre, y Pete casi tampoco.

Carmody se encogió de hombros y mostró las palmas como para

indicar que sus manos estaban disponibles para quien las necesitara. Minutos después pulsaba el zumbador de la puerta del obispo. Al no obtener respuesta, dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo frunciendo el ceño. Bruscamente, como si obedeciera a una premonición, empujó la puerta. Estaba sin llave y se abrió. Sofocó un grito y se precipitó al interior. El obispo yacía en el centro de la habitación, sus brazos y piernas extendidos como en una cruz, su espalda combada como un arco; la mirada fija de sus ojos abiertos se clavaba en el cielorraso. Tenía el rostro enrojecido y brillante de sudor; su respiración era sibilante; burbujas de espuma escapaban de su boca laxa. Sin embargo, no había en él nada del poseso típico, pues la parte superior de su cuerpo parecía estar inmóvil, casi como si fuese una figura de cera a punto de derretirse a causa de un calor interno. La parte inferior, en cambio, se agitaba furiosamente. Sacudía las piernas y su pelvis se lanzaba hacia arriba con extraordinaria violencia. Daba la impresión de que una espada hubiera hecho un rumbo invisible a través de su abdomen y seccionado los nervios y músculos que conectaban las dos mitades. El tórax había renegado de las caderas y las piernas y les había dicho: «Lo que vosotras hagáis nada tiene que ver conmigo».

Carmody cerró la puerta y se apresuró a hacer lo que era necesario para atender al obispo.

Capítulo tercero

El *Gaviota* eligió para aterrizar un paraje en el centro del único continente de Abatos, una masa de tierra que abarcaba todo el hemisferio norte y cuya superficie equivalía a la de África y Asia sumadas.

—El mejor aterrizaje de mi vida —dijo Tu al primer oficial—. Logré posarla con tanta suavidad como si yo mismo fuese una máquina. —Bajo cuerda, murmuró—: Quizás haya reservado lo mejor para el final.

Carmody no salió del camarote del obispo hasta veinticuatro horas más tarde. Después de decirles al doctor y al capitán que André estaba descansando tranquilo y que no deseaba ser molestado, Carmody preguntó qué era lo que habían visto hasta ese momento. Era evidente que mientras permaneció encerrado en la cabina lo había carcomido la curiosidad, pues tenía tal cantidad de preguntas en la punta de la lengua que le faltaba el tiempo para formularlas.

Fue poco lo que le pudieron decir, pese a que sus exploraciones habían abarcado un extenso territorio. El clima era muy similar al del oeste medio de los Estados Unidos en el mes de mayo. La vegetación y la fauna se asemejaban a las de la Tierra, pero había, por supuesto, muchas especies desconocidas.

—Aquí tenemos algo raro —dijo el doctor Blake. Tomó varios discos delgados, cortes transversales de árboles, y se los alcanzó al sacerdote.

—Pete Masters los cortó con su equipo. Por lo visto andaba buscando la mejor madera con la cual construir una cabaña; o quizá debiera decir una mansión. Tiene ciertos proyectos fantásticos acerca de lo que va a hacer aquí. Fíjese en la veta y en la distancia

entre los anillos. Una veta perfecta. Y la separación entre los anillos es absolutamente simétrica. Y además, sin nudos ni rastros de carcoma.

—Pete señaló estas singularidades y por eso cortamos con la sierra del equipo de salvamento unas cuarenta especies de árboles diferentes. Y todos los especímenes presentaron la misma perfección. No sólo eso, sino que el número de anillos corroborado por las pruebas fotostáticas del método Mead, demostró que todos los árboles tenían la misma edad. ¡Todos habían sido plantados diez mil años atrás!

—Si hiciera cualquier comentario, me quedaría corto —dijo Carmody—. Humm. La distancia uniforme entre los anillos de crecimiento parece indicar que las estaciones, si las hay, se suceden de acuerdo con un ciclo regular, que no ha habido períodos irregulares de lluvias y sequías sino una distribución estática de lluvias y buen tiempo. Pero éstas son selvas vírgenes, desarrolladas sin intervención de la mano del hombre. ¿Cómo se entiende que no haya rastros de deterioro producido por parásitos? Tal vez no existan.

—No lo sabemos. Y no sólo eso, los frutos de estos árboles son grandes, sabrosos y abundantes, como si todos proviniesen de plantaciones cuidadosamente cultivadas y protegidas. Sin embargo, no hemos encontrado signos de vida inteligente.

Los ojos negros de Blake chisporrotearon y se frotó las manos con fruición.

—Nos tomamos la libertad de matar a varios animales para poder examinarlos. Practiqué una rápida disección de una criatura parecida a una cebra pequeña, un lobo de largo hocico color cobre, una corvina con una cresta rojo-amarillenta y una especie de canguro pero no marsupial. Pese a lo somero de mi estudio, descubrí varios hechos asombrosos, aunque uno de ellos podía haberlo observado a simple vista cualquier profano.

Hizo una pausa y luego barbotó:

—¡Todos eran hembras! ¡Las características de los huesos revelaron que, al igual que los árboles, tenían diez milenios de edad!

Las hirsutas cejas del padre John no pudieron enarcarse más; parecían alas desaliñadas que se agitaran pesadamente bajo la carga

del desconcierto.

—Sí, no hemos observado ni un solo macho entre los millones de bestias que hemos visto. Ni uno solo. ¡Todas, todas hembras!

Tomó a Carmody del brazo y lo llevó hacia la espesura.

—Los esqueletos tenían diez mil años. Pero eso no era todo lo extraordinario. Los huesos no presentaban vestigio alguno de procesos evolutivos, eran perfectamente funcionales. Carmody, usted que es un paleontólogo aficionado se dará cuenta de lo insólito que es todo esto. En todos los planetas donde hemos estudiado fósiles o esqueletos contemporáneos hemos observado que presentan trazas de huesos cuya estructura ha degenerado por haber desaparecido la función. Piense en los dedos del perro, en las pezuñas del caballo. El perro, podríamos decir, camina sobre sus dedos y ha perdido el dedo mayor y reducido al mínimo su pulgar. Los huesos hendidos del caballo fueron en otros tiempos dos dedos, la pezuña es el dedo principal que se endureció y sobre el cual el caballo fósil apoyaba la mayor parte de su peso. Pero la cebra no tenía huesos hendidos y el lobo no mostraba vestigios de dedos que hubieran perdido su función. Lo mismo ocurría con las otras criaturas que estudié. Funcionalmente perfectas.

—Pero —dijo el padre John—, pero usted sabe que en otros planetas la evolución no se verifica de acuerdo con las mismas pautas que parecen haber sido establecidas para la Tierra. Más aún, la similitud entre un tipo terráqueo y no terráqueo puede llevar a equívocos. En verdad, hasta la semejanza entre los tipos terráqueos puede ser engañosa. Fíjese si no cómo los aislados marsupiales australianos desarrollaron caracteres similares a los de los placentarios. Sin tener parentesco alguno con los mamíferos superiores de los otros continentes, produjeron por evolución animales semejantes a perros, a ratas, a topos y osos.

—Eso lo sé perfectamente —replicó Blake, un poco tenso—. No soy ningún ignorante, sabe. Hay otros factores que determinan mi opinión, pero usted habla tanto que no me ha dado la posibilidad de decírselo.

Carmody soltó una carcajada.

—¿Hablar? ¿Yo? Si casi no he abierto la boca. No se preocupe. Pido perdón por mi locuacidad. ¿Qué más hay?

—Bueno, hice que algunos de los tripulantes fueran a explorar

los alrededores. Me trajeron centenares de especímenes de insectos y no he tenido tiempo, claro está, de echarles más que una rápida ojeada. Pero no había ninguno que mostrase alguna correspondencia con las formas larvales que conocemos en la Tierra. Todas formas adultas. Cuando pensé en eso, comprendí algo más que todos habíamos visto, pero que no nos había llamado la atención, principalmente, supongo, porque las conclusiones eran demasiado agobiantes o simplemente porque jamás esperamos encontrar una cosa así. Vimos que no había cachorros entre los animales.

—Intrigante, si no aterrador —dijo Carmody—. Puede soltarme el brazo, si quiere. Lo acompañaré de buena voluntad. Lo cual me hace pensar... ¿adónde me lleva?

—¡Aquí!

Blake se detuvo frente a un árbol parecido a una secoya de unos sesenta metros de altura. Señaló un gran agujero en el tronco, a poco más de medio metro del suelo.

—Esta cavidad no es el resultado de una enfermedad ni de los destrozos producidos por algún animal. Evidentemente es parte de la estructura misma del árbol.

Iluminó con el haz de una linterna el oscuro interior. Carmody metió la cabeza en el agujero y la sacó al cabo de un momento, con aire pensativo.

—Ahí adentro ha de haber unas diez toneladas de esa sustancia gelatinosa —dijo—. Y hay huesos inmersos en ella.

—Dondequiera que usted vaya encontrará estos árboles gelatiníferos, como ahora los llamanos —dijo Blake—. Alrededor de la mitad contienen esqueletos de animales.

—¿Qué son? ¿Una especie de cazamoscas venusina? —preguntó el sacerdote retrocediendo un paso involuntariamente—. No, no pueden serlo, de lo contrario usted no me habría permitido meter la cabeza en el agujero. ¿O acaso, a semejanza de tantos hombres, rechazan la materia teológica?

Blake se echó a reír, pero al instante volvió a ponerse serio.

—No tengo idea de *por qué* están allí esos huesos, ni de para qué sirve la gelatina —dijo—. Pero puedo decirle cómo llegaron allí. Durante nuestros vuelos de inspección y relevamiento fuimos testigos de varias matanzas cometidas por carnívoros lugareños.

Con dos de ellos no nos gustaría toparnos en tierra, aunque contamos con medios para ahuyentarlos si los vemos a tiempo. Uno es una gata del tamaño de un tigre de Bengala, parecida a un leopardo, a no ser por las orejas grandes redondas y los penachos de la parte posterior de las patas. El otro es un mamífero de negro pelaje, de unos tres metros de altura, parecido a un tiranosaurio y con cabeza de oso. Ambos atacan y devoran a las cebras y a las numerosas ciervas y antílopes. Usted pensaría que estas presas de patas veloces deberían mantener a sus victimarias ágiles y en excelentes condiciones físicas; pero no es así. Tanto las grandes gatas como las astrursinas son los carnívoros más gordos y perezosos que haya visto en mi vida. Cuando atacan, no acechan a su presa desde los matorrales ni se abalanzan sobre ella después de una breve pero veloz carrera. Se les acercan desembozadamente, rugen unas cuantas veces, esperan hasta que la mayor parte de la manada haya huido, eligen luego uno de los animales sumisos que no ha querido escapar y lo matan. Los que se salvan se alejan lentamente. El espectáculo del matador devorando a una de sus hermanas no las espanta. No, sólo parecen desazonadas.

—Como si esto no fuese más que extraordinario, la escena siguiente lo deja a uno literalmente pasmado. Una vez que la gran bestia carnívora se ha hartado y se aleja, llegan las pequeñas carroñeras, las grajas amarillentas y las zorras de pelaje pardo y blanco, encargadas de limpiar los huesos de toda carne. Pero éstos no llegan a ser blanqueados por el sol. Entra en escena una mona negra de cara larga y fúnebre, la mona enterradora, la llamamos. Recoge los huesos y los deposita en la gelatina del árbol gelatinífero más cercano. ¿Y? ¿Qué me dice ahora?

—Digo que aunque el día es más bien caluroso me corre un frío por la espalda. Yo... ah, aquí viene Su Excelencia. Discúlpeme.

El sacerdote cruzó de prisa la pradera salpicada de margaritas llevando un largo maletín negro en la mano. Sin esperarlo, el obispo pasó de la sombra proyectada por la nave a la luz del sol. Aunque el sol amarillo había asomado apenas una hora antes por encima de las purpúreas montañas del este, brillaba ya con gran intensidad. Cuando hirió la figura del obispo, pareció estallar en llamas y glorificarlo como si un dios dorado le transmitiera al tocarlo algo de su propia magnificencia. La ilusión era tanto más vivida por cuanto

André no mostraba rastro alguno de su reciente enfermedad. Su rostro resplandecía, y se encaminó con paso vivo hacia el grupo reunido a la entrada de la selva; iba muy erguido y su amplio tórax se ensanchaba rítmicamente como si quisiera acaparar todo el aire del planeta.

Carmody, que lo encontró a mitad de camino, le dijo:

—Hace bien, Su Excelencia, en respirar este aire maravilloso. Es tan vigorizante y puro porque es absolutamente virginal. Un aire hasta hoy jamás respirado por hombre alguno.

André miró a su alrededor con la displicencia y la serena majestad de un león que delimita su nuevo territorio de caza. Carmody esbozó una sonrisa. No obstante la nobleza de su porte, algo en la actitud del obispo insinuaba un dejo de afectación, tan sutil que sólo alguien con la vasta experiencia de Carmody podía percibir. André, reparando en la sombra de ironía que se dibujó en las comisuras de los labios del pequeño clérigo, frunció el ceño y alzó ambas manos en un gesto de protesta.

—Ya sé lo que está pensando.

Carmody inclinó la cabeza y contempló el brillante césped verde que se extendía a sus pies. Lo hiciera para admitir que la reprimenda era justa o para ocultar otra emoción, logró velar su mirada. Luego, como si comprendiera que no era correcto esconder sus pensamientos, levantó la cabeza y miró a su obispo a los ojos. Su gesto era similar al de André, tenía la dignidad pero no la belleza del otro, porque Carmody nunca sería hermoso, a no ser con la belleza más sutil que emana de la pureza del alma.

—Espero pueda perdonarme, Su Excelencia. Pero el zorro pierde el pelo pero no las mañas. La burla fue parte de mí mismo durante largo tiempo antes de mi conversión; en realidad me era indispensable para sobrevivir en el planeta en que vivía que, como usted sabe, era Alegría Dantesca, y dejó profundas huellas en mi cerebro. Creo estar haciendo sinceros esfuerzos para superar esa costumbre, pero errar es humano.

—Debemos esforzarnos por ser más humanos —replicó André, haciendo un ademán que el sacerdote, que lo conocía bien, interpretó como un deseo de cambiar de tema. No era perentorio, porque el obispo casi siempre era afable y paciente. Su tiempo no le pertenecía; los humildes eran sus amos. Si Carmody hubiera

insistido en esa tesitura, el obispo no se habría resistido. Sin embargo, el sacerdote acató la decisión de su superior.

Le extendió un negro estuche tubular de casi dos metros de largo.

—Se me ocurrió que a Su Excelencia podría gustarle probar el pique aquí. Si bien es cierto que Wildenwooly goza de reputación galaxial por su excelente pesca, algo en la naturaleza de Abatos me dice que aquí encontraremos peces capaces de hacer resplandecer nuestros corazones, sin mencionar el apetito ballenesco de nuestros estómagos. ¿Le gustaría hacer la prueba? Le haría bien, Su Excelencia.

La lenta y dulce sonrisa de André se convirtió en una expresión de deleite.

—Me encantaría, John. No se le podía haber ocurrido nada mejor.

Se dirigió a Tu.

—¿Capitán?

—Creo que no habrá ningún peligro. Hemos enviado cópteros de exploración. Informaron que hay algunos carnívoros grandes, pero ninguno cerca. Sin embargo, algunos de los herbívoros pueden ser peligrosos. Recuerde que hasta un toro es capaz de matar a un hombre. Los tripulantes de los cópteros trataron de provocar a las bestias más grandes para que atacaran, pero fracasaron. Los animales no les hicieron caso o se marcharon con aire displicente. Sí, pueden ir a pescar, aunque preferiría que el lago no estuviera tan lejos. ¿Qué le parece si un cóptero los lleva hasta allí y más tarde los pasa a recoger?

André dijo:

—No, gracias. Si volamos sobre el planeta no podremos captar su atmósfera: Iremos a pie.

El primer oficial les ofreció a cada uno una especie de pistola.

—Aquí tienen, Reverendos. Algo nuevo. Sonos. Dispara un rayo subsónico que aterroriza por igual a hombres y bestias, los hace echar a correr como alma que lleva el diablo, si me perdonan la expresión.

—Por supuesto. Pero no las podemos aceptar. A nuestra orden no le está permitido portar armas bajo ningún concepto.

—Desearía que esta vez quebrantaran la norma —dijo Tu—. No

es que las normas hayan sido hechas para que se las viole. Ningún capitán avalaría ese proverbio. Pero hay casos en que es preciso tener en cuenta las circunstancias.

—De ninguna manera —replicó el obispo, mirando con severidad a Carmody que extendía la mano como para tomar un sono.

Ante aquella mirada, el sacerdote bajó la mano.

—Sólo quería examinar el arma —dijo—. Pero debo admitir que nunca tuve muy en cuenta esa regla. Ciertamente es que Jairus tenía un poder singular sobre las bestias depredadoras. Pero ese hecho no confirió a sus discípulos un don similar. Recuerde lo que sucedió en Jimdandy porque San Víctor no quiso aceptar un arma. De haberla usado, habría salvado miles de vidas.

El obispo cerró los ojos y murmuró en voz muy baja para que sólo Carmody pudiera oírlo:

—Mas *aunque por el valle de la sombra...*

Carmody le retrucó por lo bajo:

—Pero a veces hace frío en la oscuridad, y los pelos de la nuca se erizan de miedo, aunque yo hierva de vergüenza.

—Humm. Hablando de vergüenza, John, usted siempre se las arregla no sé cómo, mientras se censura usted mismo, para hacerme sentir molesto y humillado. Es quizás una virtud deseable en el hombre que más está conmigo, porque refrena mi tendencia a la soberbia. Por otra parte...

—Por otra parte, lo más probable es que los peces nos esperen.

André asintió y echó a andar hacia la espesura. Tu le dijo algo a uno de los tripulantes y éste corrió en pos de los dos sacerdotes y le dio al más pequeño un buscanave, una brújula que siempre apuntaba en dirección al *Gaviota*. Carmody irradió una sonrisa de agradecimiento, e irguiendo garbosamente los hombros, trotó para adaptarse al paso rápido del obispo, mientras el largo estuche se meneaba detrás de él como un insolente apéndice. Iba silbando la vieja tonada «Mi compinche». Aunque parecía despreocupado, nada escapaba a su mirada alerta. Reparó en Pete Masters y Kate Lejeune, que tomados de la mano se escabullían hacia la espesura, pero en otra dirección. Se detuvo a tiempo para no chocar con el obispo, quien había dado media vuelta y con el ceño fruncido miraba hacia la nave. Al principio Carmody pensó que él también había visto a la

joven pareja, pero luego notó que a quienes observaba era a la señora Recka y al Primer Oficial Givens. Se habían apartado del grupo y cuchicheaban, excitados. Luego echaron a andar por la pradera en dirección al elevado hemisferio del Gaviota. André, inmóvil, los siguió con la mirada hasta que entraron en la nave, para volver a salir un momento después. Esta vez la señora Recka llevaba consigo un libro, un libro que, aunque bastante voluminoso, no alcanzaba a disimular la forma de la botella que trataba de ocultar. Siempre conversando, circundaron la nave y aparecieron una vez más a la vista de los sacerdotes, pero no a la de Tu ni los miembros de la tripulación.

Carmody murmuró:

—Ha de haber algo en el aire de este planeta...

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el obispo, torvo el semblante, sus ojos verdes entrecerrados pero iracundos.

—Si éste es un nuevo Edén, donde el león yace junto al cordero, también es un lugar donde el hombre y la mujer...

—Si Abatos es limpio, puro e inocente —gruñó el obispo— no lo seguirá siendo por mucho tiempo. No mientras tengamos entre nosotros gente como ésta, capaz de mancillar cualquier nido.

—Bueno, usted y yo tendremos que contentarnos con la pesca.

—¡Carmody, no tome a broma esas cosas! ¡Se diría que, más que condenarlos, los bendice!

La sonrisa se borró de los labios del curita.

—¡Nada de eso! Ni los condenaba ni los bendecía. Ni los juzgo por anticipado porque ignoro lo que piensan hacer. Pero es cierto que hay en mí una veta demasiado evidente de la tierra terrenal, un toque rabelesiano, quizá. No es que los alabe, sólo que los comprendo demasiado bien, y...

Sin responder, el obispo giró bruscamente sobre sus talones y retomó el ritmo de su rápida marcha. Carmody, un tanto apabullado, lo siguió de cerca, aunque a menudo había espacio suficiente para que caminaran lado a lado. Respetuoso de los estados de ánimo de André, sabía que era preferible mantenerse fuera de su vista por un rato. Mientras tanto observaba con curiosidad los alrededores.

Los tripulantes del cóptero explorador habían informado que entre las montañas al este y el océano al oeste, el terreno era muy

similar; un terreno ondulado, con algunas lomas y grandes campiñas interrumpidas por selvas. Estas últimas tenían más el aspecto de cuidados parques que de selvas vírgenes. Los pastos, muy tiernos, eran prolijamente recortados por los herbívoros que se alimentaban de ellos; muchos de los árboles reproducían de algún modo especímenes de las zonas templadas de la Tierra; sólo de tanto en tanto veíanse trechos de enmarañada espesura que podían merecer el nombre de selváticas. El lago al cual los dos sacerdotes se dirigían se encontraba en el centro de una de esas «junglas». Allí, la espaciada arboleda de robles, pinos, cipreses, hayas, sicómoros y cedros daba paso a un islote de secoyas gelatiníferas. En realidad, no era un bosque espeso, pero daba la impresión de impenetrable a causa de la maraña de lianas y las enredaderas y de la multitud de arbustos perennes parasitarios que crecían horizontalmente en las grietas de los troncos.

La oscuridad era más densa bajo esas ramas agobiadas de vegetación, aunque aquí y allá se filtraba algún rayo de sol, que, en la penumbra, semejaban sólidos troncos áureos. La selva vibraba con el color y los trinos de los pájaros de brillante plumaje y los cuerpos oscuros y los cuchicheos de los animales arborícolas. Algunos de ellos se parecían a los monos; cuando saltaban de rama en rama y si se los veía más de cerca, el parecido era aún más asombroso. Pero era evidente que no tenían antepasados comunes con los protosimios; debían de ser los descendientes de una gata que había optado por desarrollar dedos en vez de garras y adoptar una posición semierecta. Pardoscueros de lomo, tenían el vientre y el pecho cubierto de piel gris y largas colas prensiles que culminaban en un penacho cobrizo. Sus caras no eran ya puntiagudas como las de los felinos, sino chatas como las de los monos. De las comisuras de la boca, de labios finos, crecían, rígidos, tres gruesos pelos largos. Tenían dientes largos y afilados, pero se alimentaban de una gran baya periforme que arrancaban de las enredaderas. Sus pupilas rasgadas se dilataban a la sombra y se contraían en los trechos iluminados por el sol. Parloteaban entre ellos y se comportaban en general como si fueran monos, con la diferencia de que parecían ser más limpios.

—Tal vez tengan primos que han evolucionado hasta transformarse en criaturas humanoides —dijo Carmody en voz alta,

en parte porque tenía el habito de hablar consigo mismo, en parte para sondear el humor del obispo.

—¿Eh? —dijo André deteniéndose y mirando también él a las criaturas, quienes le devolvieron la mirada con igual curiosidad—. Ah, sí, la Teoría de la Oportunidad Necesaria, de Sokoloff. A cada rama del reino animal, tal como las conocemos en la Tierra, le ha sido brindaba la oportunidad de evolucionar en un ser sensible e inteligente en algún otro lugar de la galaxia. Los vulpoides de Kubeia, los avianes de Albireo IV, los cetazoides de Océanos, los moluscos de Baudelaire, los Houyhnhnm de Otro Lugar, las chinches mentirosas de Münchausen, los... bueno, podría continuar hasta el infinito. Pero en casi todos los planetas similares a la Tierra encontramos que esta o aquella forma de vida aprovechó la oportunidad de evolucionar que Dios le dio y desarrolló inteligencia. Todas, con algunas excepciones, pasando por la etapa arborícela del simio para culminar en una criatura erecta semejante al hombre.

—Y todos creyendo ser criaturas a imagen y semejanza de Dios, hasta los hombres-delfín de Océanos y las ostras de tierra de Baudelaire —acotó Carmody—. Bueno, basta de filosofía. Al menos, los peces son peces en todos los planetas de la Galaxia.

Habían dejado atrás la selva y se acercaban a la orilla del lago. Era una masa de agua de más de un kilómetro de ancho y dos de largo, alimentada por un límpido arroyo que descendía del norte. El pasto llegaba hasta la orilla misma. Ranas pequeñas saltaron al agua al oír el rumor de sus pasos. Carmody sacó del estuche las dos cañas de pescar, pero desconectó los pequeños mecanismos impulsores que le habrían permitido lanzar a gran distancia las líneas con sus respectivos anzuelos.

—No sería deportivo —dijo. Debemos darles una oportunidad a estas aguas desconocidas, ¿no?

—De acuerdo —dijo el obispo, sonriendo—. Si nada puedo hacer con mi brazo derecho, volveré a casa con la cesta vacía.

—Me he olvidado de traer una cesta, pero podemos usar esas grandes hojas de enredadera para envolver nuestra pesca.

Una hora más tarde tuvieron que suspender pues ya tenían a sus espaldas una verdadera pila de criaturas acuáticas, y ello a pesar de que sólo habían retenido las presas más codiciables. Las demás las

habían vuelto a echar al agua. André había atrapado a la más grande, una magnífica trucha de casi quince kilos, una luchadora que había resistido durante veinte minutos antes de entregarse. Después, sudoroso, jadeante, pero con los ojos brillantes, dijo:

—Tengo calor. ¿Qué me dice de un remojón, John?

Carmody se sonrió al oírse llamar otra vez por su nombre de pila y gritó:

—¡El último cola de perro!

Un minuto después dos cuerpos desnudos se zambullían al unísono en las aguas limpias y frías. Cuando salieron a la superficie, Carmody resopló.

—Creo que los dos somos cola de perro, pero usted gana, porque yo soy el más feo. ¿O eso quiere decir que gano?

André rió con sana alegría y luego cruzó velozmente el lago en estilo crawl. El otro ni siquiera trató de seguirlo, limitándose a flotar de espaldas con los ojos cerrados. Levantó una vez la cabeza para observar cómo se las arreglaba el obispo pero volvió a descansar cuando comprobó que no tenía ningún problema. André había alcanzado la otra orilla y regresaba a un ritmo más lento pero sin esfuerzo. Cuando estuvo de vuelta, y después de descansar un momento en la playa, dijo:

—John, ¿no le importaría salir del agua para tomar el tiempo de mi zambullida? Quiero ver si todavía me conservo en forma. El lago no es aquí profundo, unos dos metros.

Carmody trepó a la orilla, preparó su reloj y dio la señal. André se zambulló. Cuando emergió, regresó a nado inmediatamente.

—¿Qué tal estuve? —gritó mientras vadeaba fuera del agua. Su magnífico cuerpo brillaba húmedo y dorado al sol del atardecer.

—Cuatro minutos tres segundos —dijo Carmody—. Cuarenta segundos más que su marca. Pero mejor, apuesto, que la de cualquier hombre de la Galaxia. Usted sigue siendo el campeón Su Excelencia.

André asintió, con una leve sonrisa.

—Hace veinte años que marqué ese récord. Creo que *si* me sometiera de nuevo a un entrenamiento riguroso, lo podría igualar y hasta superar. Desde entonces he aprendido mucho acerca del dominio de mi cuerpo y mi mente. Ni siquiera entonces me sentía cómodo bajo la presión y en la oscuridad del agua. Amaba el agua,

pero era un amor mezclado con un algo de pavor. Una actitud semejante, por así decirlo, a la que uno tiene para con Dios. Quizá demasiado similar, como uno de mis feligreses tuvo la gentileza de señalármelo. Creo que lo que quiso decir es que le estaba prestando más atención de la que merecía a lo que sólo debía ser un entretenimiento para mis ratos de ocio.

»Tenía razón, por supuesto, aunque en ese entonces me ofendían un tanto sus observaciones. Él no podía saber que para mí era un desafío irresistible deslizarme bajo la superficie brillante, totalmente a solas, sentirme como en los brazos de una gran madre y sentir a la vez que esos brazos me estrechaban un poco demasiado. Tenía que sofocar el ansia de salir a la superficie, y sorber el aire vivificante, y sin embargo me sentía orgulloso de luchar contra el pánico y derrotarlo. Tenía siempre la sensación de estar en peligro, pero a causa de ese mismo peligro me parecía estar a punto de descubrir una verdad vital con respecto a mí mismo; cuál era esa verdad, nunca llegué a saberlo. Pero siempre pensaba que si permanecía bajo el agua el tiempo suficiente, ahuyentando la oscuridad y el temor de perder el sentido, descubriría ese secreto.

»Extraño pensamiento, ¿no? Eso me llevó a estudiar las disciplinas neo-yogas que permitían al parecer caer en estado de trance, de muerte-en-vida. Había un hombre en Gandhi que era capaz de permanecer enterrado vivo durante tres semanas; nunca pude descubrir si era un fraude o no. Pero a mí me ayudó. Me enseñó que si, como él decía, me moría primero aquí —se tocó el lado izquierdo del pecho— luego aquí —y se señaló las partes pudendas— el resto moriría por añadidura. Me convertiría en un embrión flotante en la bolsa amniótica, vivo pero sin respirar, sin más oxígeno que el que penetraba a través de las células, como decía él. Una teoría absurda, desde el punto de vista científico, que sin embargo me dio resultado hasta cierto punto. ¿Puede creerlo? Hoy en día tengo que hacer un verdadero esfuerzo para salir del agua, me parece un refugio tan seguro, tan placentero, tan tibio, incluso cuando el agua es muy fría, como en este lago».

Mientras hablaba, se había estado secando el cuerpo con su plastrón acolchado, de espaldas a Carmody. El cura sabía que su obispo se avergonzaba de su desnudez. Él en cambio, a pesar de saber que su cuerpo era feo y grotesco comparado con el físico

perfecto del otro, no se sentía en absoluto incómodo. Al igual que la mayoría de sus contemporáneos, había sido educado en un mundo en el cual la desnudez en la playa y en el hogar era socialmente aceptada, casi exigida. André, nacido en el seno de la Iglesia, había recibido una educación muy estricta por parte de sus devotos padres, que habían insistido en que se atuviera a las viejas pautas en medio de un mundo que se burlaba de ellas.

A eso se refirió acto seguido, como si hubiera adivinado los pensamientos de Carmody.

—Sólo una vez desobedecí a mi padre —dijo—. Eso fue cuando tenía diez años. Vivíamos en un vecindario compuesto en su mayor parte por agnósticos o por miembros del Templo de la Luz Universal. Pero yo tenía muy buenos compinches entre las barras de muchachos y muchachas de mi edad, y sólo una vez me convencieron para que los acompañara a nadar en el río, a la moda de Adán. Naturalmente, mi padre me descubrió; se hubiera dicho que tenía un instinto especial para adivinar cuándo el pecado amenazaba a alguien de su familia. Me dio la paliza del siglo; que su alma descanse en paz —agregó con ironía inconsciente.

«A palos se hace un buen hijo», era su proverbio preferido, pero ésa fue la única vez en mi vida que me pegó. O mejor dicho, dos veces, pues me escapé mientras me azotaba en presencia de la pandilla, me zambullí en el río a gran profundidad y ahí me quedé largo rato con la intención de asustar a mi padre haciéndole creer que me había ahogado. Naturalmente, tarde o temprano tuve que salir a la superficie. Mi padre reanudó el castigo. Esta vez no fue más severo. No podía serlo sin matarme. En realidad, poco faltó para que lo hiciera. A no ser por la ciencia moderna, las cicatrices todavía serían visibles en mi espalda y en mis piernas. A fuer de sincero, todavía las llevo aquí» —y se señaló el corazón.

Terminó de secarse y recogió sus faldellines.

—Bueno, eso sucedió treinta y cinco años atrás, pero hace miles de años luz, y me atrevo a decir que la paliza me hizo un bien inmenso.

Contempló el límpido cielo y los bosques cercanos, dilató el pecho con una inspiración profunda y dijo:

—¡Éste es un planeta maravilloso e incontaminado, un testimonio del amor de Dios por la belleza de sus criaturas y de

generosidad al haberlas diseminado por todo el universo, casi como si hubiera tenido que hacerlo! Estando aquí puedo creer que Dios está en Su Cielo y que en el mundo reina la paz. La simetría y la abundancia de esos árboles, la pureza del aire y del agua, la infinita variedad de los trinos de esas aves y sus brillantes colores...

Calló de golpe pues acababa de reparar en algo que Carmody había advertido momentos antes. El bullicioso pero musical trinar y gorjear de los pájaros había cesado, así como también el cuchicheo y parloteo de los monos. Todo era silencio. Como un espeso manto de musgo, el silencio había descendido sobre la selva.

—Algo ha asustado a los animales —murmuró Carmody.

A pesar del calor de los rayos del sol en el poniente, se estremeció, y miró a su alrededor. Cerca de ellos, encaramados sobre una larga rama que se extendía más allá de la orilla del lago, había una hilera de gatomonas que parecían haber surgido de la nada. Su pelaje era gris, excepto una gran marca blanca en el pecho en forma de tosca cruz. La espesa mata de pelo de sus cráneos crecía hacia adelante y les cubría la frente a semejanza de una cogulla de monje. Se cubrían los ojos con las manos en la actitud del mono sabio. Pero sus ojos chisporroteaban por entre los dedos y Carmody, pese a su desazón, sintió el cosquilleo de la risa y murmuró:

—No vale espiar.

Una tos grave resonó en la selva; las monas-monjas, como las bautizó, se acurrucaron y apretujaron más aún.

—¿Qué será eso? —preguntó el obispo.

—Debe ser algún animal grande. Otras veces he oído toser a los leones; sonaba igual.

Bruscamente, el obispo extendió su gran mano huesuda y oprimió la pequeña mano regordeta de Carmody.

Alarmado por la expresión del semblante de André, Carmody preguntó:

—¿Le va a dar otro ataque?

El obispo meneó la cabeza. Tenía los ojos vidriosos.

—No. Es extrañísimo. Por un momento me sentí igual que cuando mi padre me descubrió.

Soltó la mano del otro y aspiró profundamente.

—Ya me pasará.

Recogió su faldellín para ponérselo. Carmody sofocó una exclamación. André levantó de golpe la cabeza y dejó escapar un grito. Algo blanco acababa de aparecer entre las sombras de los árboles, avanzando con paso lento pero seguro, el epicentro y la causa del silencio que reinaba por doquier. Se oscureció al penetrar en la zona de luz y se detuvo un momento, no para adaptar sus ojos al resplandor del sol, sino para permitir que los dos espectadores adaptaran los suyos a su visión. Medía dos metros de altura, tenía todo el aspecto de un ser humano y avanzaba con tal dignidad y belleza que la tierra parecía someterse, reverente, a su paso. Tenía una larga barba, estaba desnudo y su cuerpo era poderosamente masculino; sus ojos eran los de un dios tallado en granito que se hubiera encarnado, demasiado terribles para mirarlos de frente.

Habló. Supieron entonces cuál había sido el origen de aquellos que había brotado de lo más hondo de unos pulmones tan profundos como el pozo de un oráculo. Su voz era el rugido de un león; hizo que los dos pigmeos volvieran a estrecharse las manos y relajaron sus músculos al punto de temer desmembrarse. Sin embargo, no se les ocurrió pensar lo extraño que era que les hablase en su propia lengua.

—Hola, hijos míos —tronó.

Ellos inclinaron las cabezas.

—Padre.

Capítulo cuarto

Una hora antes de la puesta del sol, André y Carmody abandonaron la selva a todo correr. Tenían prisa a causa del tremendo alboroto que estremecía la selva en varios kilómetros a la redonda. Los hombres gritaban, una mujer chillaba y algo gruñía desafortadamente. Llegaron justo a tiempo para presenciar el final. Dos enormes bestias, bípedas con una gran cola, y cabeza de oso, perseguían a Kate Lejeune y Pete Masters. Kate y Pete corrían tomados de las manos. Él la arrastraba con tanta violencia que ella parecía volar por los aires a cada paso. En la otra mano Pete llevaba su sierra eléctrica. Ninguno de los dos tenía una sono-pistola para defenderse, pese a que el capitán había ordenado que nadie saliera desarmado. Un momento después comprobó que los sonos no surtían ningún efecto, pues varios tripulantes que montaban guardia junto a la nave habían disparado los suyos contra las bestias. Impávidas ante los efectos aterradores de los rayos, los monstruos saltaron sobre la pareja y los capturaron a mitad de camino de la pradera.

A pesar de no llevar armas, André y Carmody corrieron en pos de las bestias apretando los puños. Debatiéndose en los brazos de su captora. Pete la golpeó en el morro con el filo de su sierra. Kate lanzó un grito y se desvaneció. Un instante después, la pareja estaba tendida en el pasto, pues los animales los habían soltado y se encaminaban con paso lánguido hacia la selva. Era evidente que ni los sonos ni los sacerdotes los habían atemorizado. Los rozaron al pasar con indiferencia, y si los sonos habían afectado en algo su sistema nervioso, no lo demostraban.

Carmody echó una mirada a la joven y bramó:

—¡Doctor Blake! ¡Traigan en seguida a Blake!

Como un genio al conjuro de su nombre, Blake apareció provisto de su negro maletín. Pidió inmediatamente una camilla. Kate, gimiendo y meneando su laxa cabeza de lado a lado, fue transportada al hospital de la nave. Pete armó tal alboroto que Blake le ordenó que se retirara de la cabina.

—Conseguiré un arma y mataré a esas bestias. Les seguiré el rastro aunque me lleve una semana. ¡O un año! Las atraparé y...

Carmody lo empujó fuera del cuarto y lo condujo al salón, donde lo hizo sentar. Con mano trémula, encendió dos cigarrillos.

—No te servirá de nada matarlas —le dijo—. Dentro de pocos días andarán dando vueltas otra vez. Por otra parte, no eran más que animales que obedecían las órdenes de su amo.

Aspiró el humo de su cigarrillo, cerró su encendedor de resistencia incandescente y lo guardó en su bolsillo.

—Estoy tan trastornado como tú. Los sucesos recientes se han precipitado y son demasiado inexplicables para que mi sistema nervioso pueda asimilarlos con la misma rapidez. Pero yo en tu lugar no me preocuparía por las heridas de Kate. Sé que parecía estar muy mal, pero también estoy seguro de que dentro de poco estará bien.

—¡Asno ciego y optimista! —le espetó Pete—. ¡Usted vio lo que le pasó!

—Lo que sufría era un ataque de histeria, no las secuelas de su aborto —contestó Carmody sin inmutarse—. Apuesto a que dentro de unos minutos, cuando Blake la haya calmado con un sedante, saldrá del hospital por sus propios medios y en las mismas condiciones en que se encontraba esta mañana. Sé que así será. Ya lo ves, hijo, he tenido una conversación con un ser que no es Dios pero que te convence de que *él* es el equivalente más cercano.

Pete lo miró con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Qué es lo que está diciendo?

—Sé que parezco estar diciendo disparates. Pero he hablado con el dueño de Abatos. O mejor dicho, *él* me habló a mí, y lo que *él* nos mostró al obispo y a mí es, y me quedo corto, inaudito. Hay centenares de cosas que, a su debido tiempo, os tendremos que hacer saber, a ti y a todos los demás. Mientras tanto, te puedo dar una idea de sus poderes. Abarcan un inmenso espectro que va desde algo insignificante pero tan asombroso como curarme el dolor de

muela con una simple imposición de manos hasta revivir los huesos muertos y recubrirlos de carne. He visto a los muertos levantarse y andar. Aunque, debo admitirlo, para ser devorados nuevamente.

Frunció el ceño y agregó:

—Al obispo y a mí se nos permitió obrar —¿o debo decir cometer?— una resurrección. La sensación no es indescriptible, pero prefiero no decir nada por el momento.

Pete se levantó con los puños crispados; su cigarrillo se desmenuzó bajo la presión de sus dedos.

—Usted está loco.

—Ojalá lo estuviera, porque eso me liberaría de una terrible responsabilidad. Si me dieran a elegir, optaría por la demencia incurable. Pero no me voy a zafar tan fácilmente.

Repentinamente, el padre John perdió la calma; daba la impresión de que se iba a hacer pedazos. Hundió la cara entre las manos, mientras Pete lo miraba, perplejo. Luego el sacerdote, con igual brusquedad, bajó las manos y mostró una vez más la nariz afilada y las facciones regordetas y sonrientes que el mundo conocía tan bien.

—Por suerte la decisión última no está en mis manos sino en las de Su Excelencia. Y aunque es una cobardía alegrarme porque le puedo pasar el fardo a él, debo confesar que me hace feliz. Él es el poder en este caso, y si bien el poder tiene su gloria, también tiene sus pesadumbres y sus dolores. En este momento no quisiera estar en sus zapatos.

Pete no escuchó las últimas palabras del sacerdote. Tenía los ojos puestos en la puerta del hospital, que acababa de abrirse. Kate apareció en el vano; estaba un poco pálida, pero su paso era firme. Pete corrió a su encuentro; cayeron el uno en brazos del otro y ella se echó a llorar.

—¿Estás bien, amor? —repetía Pete una y otra vez.

—Me siento perfectamente —respondió ella, sin dejar de llorar—. No entiendo por qué, pero me siento perfectamente. Me curé de repente. Ya no me duele nada. Fue como si me hubiesen pasado una mano, una mano que irradiaba fuerza y mi cuerpo ya no sintió nada.

Blake, que había salido tras de ella, asintió con un gesto.

—Oh, Pete —sollozó Kate—. ¡Yo estoy bien, pero perdí a nuestro

bebé! Y sé que es porque le hemos robado el dinero a papá. Es nuestro castigo. Ya el habernos fugado fue bastante malo, aunque lo hicimos porque nos amábamos. ¡Pero nunca debimos tocar ese dinero!

—Shh, amorcito, estás hablando demasiado. Vamos a nuestra cabina, allí podrás descansar.

Con dulzura la hizo salir del salón mientras desafiaba a Carmody con una mirada fulminante.

—Oh, Pete —lloriqueó— todo ese dinero y ahora estamos en un planeta donde no nos sirve para nada. Sólo es una carga.

—Hablas demasiado, nena —dijo Pete; ya no le hablaba con dulzura, sino con aspereza. Desaparecieron en el corredor. Carmody no dijo nada. También él, con los ojos bajos, se dirigió a su cabina y cerró la puerta.

Media hora más tarde, volvió a salir y preguntó por el capitán Tu. Al enterarse que Tu estaba en tierra, abandonó el *Gaviota* y se encontró con un grupo reunido en el linde de la pradera, al otro lado de la nave. La señora Recka y el primer oficial eran el centro de atracción.

—Estábamos sentados a la sombra de uno de esos grandes árboles gelatiníferos, pasándonos la botella el uno al otro y hablando de una cosa y otra —dijo Givens—. Principalmente de lo que haríamos si nos quedáramos aquí, varados por el resto de nuestras vidas.

Alguien dejó escapar una risita. Givens se sonrojó pero continuó, impávido.

—Repentinamente, la señora Recka y yo nos sentimos muy descompuestos. Empezamos a vomitar violentamente y un sudor frío nos corrió por todo el cuerpo. Cuando nuestros estómagos quedaron vacíos, tuvimos la certeza de que el *whisky* había sido envenenado. Pensamos que nos íbamos a morir en la selva, y que quizá nunca nos encontrarían, pues estábamos bastante alejados de la nave, en un paraje muy solitario.

«Pero nuestro malestar desapareció con la misma rapidez con que se había presentado. Nos sentíamos perfectamente felices y sanos. La única diferencia era que teníamos la absoluta seguridad de que nunca más íbamos a tocar una gota de *whisky*».

—O cualquier otra bebida alcohólica —acotó temblando la

señora Recka.

Aquellos que conocían su lado flaco la miraron con curiosidad y algo de duda. Carmody le palmeó el codo al capitán y lo llevó a un aparte.

—¿Funcionan en este momento la radio y los demás equipos electrónicos? —le preguntó.

—Volvieron a funcionar en el momento en que ustedes dos reaparecieron. Pero el motor de traslación sigue empecinado en no moverse. Me inquietó que ustedes no se comunicaran por medio de sus radiopulseras. Me imaginé que los habría matado alguna bestia carnívora, o que se habían ahogado en el lago. Organicé un grupo de salvamento, pero no habíamos recorrido ni medio kilómetro cuando observamos que las agujas de nuestros busca-naves giraban enloquecidas. Así que regresamos. No quería extraviarme en la selva porque, naturalmente, mi obligación primordial es para con la nave. Y no fue posible enviar un cóptero por la sencilla razón de que los aparatos se negaban a ponerse en marcha. Sin embargo, ahora funcionan perfectamente. ¿Qué piensa de todo esto?

—Oh, yo sé *quién* lo está haciendo. Y por *qué*.

—En nombre de Dios, hombre, ¿*quién*?

—No sé si es o no en nombre de Dios... —Carmody echó una mirada rápida a su reloj—. Venga conmigo. Hay alguien que usted debe conocer.

—¿Adónde vamos?

—Sígame. *Él* quiere cambiar unas palabras con usted porque es el capitán y también usted tendrá que decidir. Pero más que nada quiero que sepa qué es lo que debemos afrontar.

—¿Quién es *él*? ¿Un nativo de Abatos?

—No exactamente, aunque *él* ha vivido aquí más tiempo que cualquier criatura nativa de este planeta.

Tu acomodó el ángulo de su gorra y se sacudió el polvo del uniforme. Avanzó por los corredores de la rumorosa selva como si los árboles estuviesen desfilando y él pasara revista.

—Si *él* ha vivido aquí más de diez mil años —dijo el capitán subrayando inconsciente el pronombre personal en la misma forma en que lo hacía Carmody— entonces debe haber llegado mucho antes de que se hablaran el inglés o su derivada, el lingo, cuando la lengua aria era privilegio exclusivo de una tribu europea salvaje.

¿Cómo podremos hablar con él? ¿Por telepatía?

—No. *Él* aprendió el lingo de un sobreviviente del *Hoyle*, la única nave que *él* permitió que llegara hasta aquí.

—¿Y dónde está ese hombre? —preguntó Tu, mirando irritado al coro de monas que aullaban encaramadas en la rama de un árbol.

—No un hombre. Una mujer, una doctora. Después de vivir un año aquí, se suicidó. Construyó una pira funeraria y se inmoló. Nada quedó de ella sino cenizas.

—¿Por qué?

—Me imagino que la cremación total era la única manera de ponerse fuera de su alcance. Pues de lo contrario *él* hubiera podido poner sus huesos en un árbol gelatinífero y volverla a la vida.

Tu se detuvo en seco.

—Mi mente lo comprende, pero mi capacidad de creer no me responde. ¿Por qué se suicidó cuando, si usted está en lo cierto, tenía por delante la vida eterna o al menos una buena imitación?

—*Él* —Padre— dice que ella no podía soportar la idea de vivir para siempre en Abatos teniéndolo a *él* por única compañía humana, o humanoide. Yo sé cómo se sentía. Sería como compartir el mundo con Dios, tener a Dios como único interlocutor. Sus sentimientos de inferioridad y su soledad han de haber sido abrumadores.

Carmody calló bruscamente, sumido en sus pensamientos, la cabeza inclinada hacia un costado y el párpado izquierdo caído.

—Humm. Es extraño. *Él* dijo que nosotros también podíamos tener *sus* poderes, ser como él. ¿Por qué no la instruyó a ella? ¿Acaso porque no quería compartir? Ahora que lo pienso, *él* no nos hizo ninguna propuesta de dividir sus dominios. Sólo quiere alguien que lo sustituya. Humm. Todo o nada. ¿O él., o qué?

—¿De qué demonios está hablando? —Ladró, exasperado, el capitán.

—En eso puede que tenga razón —dijo Carmody con aire ausente—. Mire, aquí hay un árbol gelatinífero. ¿Qué le parece si hurgamos y espiamos un poquito?, ¿eh? Es cierto que *él* nos prohibió meter las narices, a nosotros los extra-abatosianos; es verdad que éste puede ser un nuevo Jardín del Edén y que a mí, genuino hijo de Adán, me tocará, acaso, ser el protagonista de una nueva Caída, y expulsado del Edén con espadas flamígeras, aunque

no me importaría que me lanzaran a un planeta más conocido: hasta podría ser fulminado por el rayo por blasfemar contra la deidad local. De todos modos, sondear un poco el contenido de *esa* cavidad podría ser tan provechoso como el trabajo de un dentista. ¿Qué opina, capitán? Las consecuencias podrían ser desastrosas.

—Si lo que usted me está preguntando es si tengo miedo, todo cuanto le puedo decir es que usted lo sabe mejor que yo —gruñó Tu—. Pero a pelotas no me gana ningún sacerdote. Adelante. Estoy dispuesto a apoyarlo hasta el final.

—Ah —dijo Carmody, encaminándose con paso vivo a la secoya—. Ah, pero es que usted no ha visto al Padre de Abatos ni ha hablado con *él*. No es cuestión de apoyarme hasta el final, pues poco o nada podría hacer si nos llegan a descubrir. De lo que se trata es de infundirme valor moral, de abochornarme con su presencia para que no eche a correr como un conejo si *él* llega a pescarme con las manos en la masa.

Con una mano sacó de su bolsillo una ampolleta y con la otra una linterna, cuyo haz dirigió hacia la oscura O. Tu miraba por encima de su hombro.

—Late, como si estuviera viva —dijo el capitán en voz baja.

—Y además emite un ligero zumbido. Si roza con la mano la superficie, notará la vibración.

—¿Qué son esas cosas blancuzcas inmersas en la gelatina? ¿Huesos?

—Sí, el hueco es bastante profundo, ¿no es cierto? Debe de llegar hasta más abajo del nivel del suelo. ¿Ve esa masa oscura en un rincón? Algo así como un antílope, diría yo. Me da la impresión de que la carne está creciendo en capas de adentro hacia afuera; los músculos superficiales y la piel no se han reconstituido todavía.

El sacerdote sacó una muestra de la gelatina, tapó la ampolla y la volvió a guardar en su bolsillo. No se irguió sino que siguió explorando el hueco con su linterna.

—Esta sustancia hace bailar a un contador Geiger. Y no sólo eso, además irradia ondas electromagnéticas. Creo que las radio-ondas de la gelatina detuvieron nuestras radiopulseras, nuestros sonos y enloquecieron a nuestros busca-naves. ¡A ver, un momento! Fíjese en esos diminutos hilos blancos que corren a través de toda la masa. Parecen nervios, ¿no?

Antes de que Carmody pudiera protestar, Tu se inclinó y extrajo un puñado de la palpitante masa gelatinosa.

—¿Sabe dónde he visto antes algo parecido a esto? Esto me recuerda los transistores a proteína que utilizamos en el motor de traslación.

Carmody arrugó el entrecejo.

—¿No son la única parte viva de la máquina? Me parece haber leído que el motor de traslación no hará rotar la nave a través del espacio perpendicular a menos que se usen esos transistores.

—Se podría utilizar transistores mecánicos —corrigió Tu—. Pero ocuparían tanto lugar como la misma nave espacial. Los transistores a proteína ocupan una superficie muy reducida; los del *Gaviota* podría llevarlos un solo hombre en su mochila. En realidad, esa parte del mecanismo de traslación no sólo consiste en una serie de transistores sino también en un banco de memoria. Su función es «recordar» el espacio normal. Debe retener un simulacro del espacio real u «horizontal», a diferencia del perpendicular. En tanto uno de los extremos del traslador nos «pelotea», como se dice vulgarmente, el extremo proteinizado reconstruye, hasta el mínimo electrón, la imagen de nuestro destino espacial inmediato. Hace pensar en la magia empática, ¿verdad? Construye una efigie y acto seguido uno establece la afinidad entre lo verdadero y lo falso.

—¿Qué pasó con los bancos de proteína?

—Nada anormal. Funcionaban perfectamente.

—A lo mejor las corrientes no llegan a destino. ¿El ingeniero verificó las sinapsis o se limitó a una lectura general de las cargas biostáticas? Es posible que la carga fuese normal y que sin embargo alguna de las transmisiones estuviera bloqueada.

—Ése es terreno del ingeniero. Ni soñaría en inmiscuirme en su trabajo, como tampoco lo haría él en el mío.

Carmody se irguió.

—Me gustaría hablar con él. Tengo una teoría de lego y es posible que como buen profano me entusiasme más de la cuenta. Si no le molesta, preferiría no discutirla ahora. Especialmente aquí, donde los árboles pueden tener oídos...

Aunque el capitán no había abierto la boca, el sacerdote había levantado un dedo para imponer silencio, con un gesto característico.

De pronto, fue evidente que había conseguido silencio, pues no se escuchaba en la selva un solo rumor, salvo el susurro del viento entre las hojas.

—Él anda por aquí —murmuró Carmody—. Vuelva a echar la gelatina en el hueco y alejémonos de este árbol.

Tu levantó la mano para cumplir la orden. En ese momento un disparo de rifle resonó en las cercanías. Ambos hombres saltaron.

—Dios mío, ¿quién será el imbécil? —gritó Tu. Dijo algo más pero su voz se perdió en el pandemónium que estalló en la selva, los chillidos de los pájaros, el aullido de los monos, los bramidos, los relinchos y los rugidos de miles de otros animales. Luego, tan repentinamente como había cesado, cesó, como obedeciendo a una señal. Se hizo silencio. Y entonces, un solo grito. El de un hombre.

—Es Masters —gimió Carmody.

Hubo un fragor, como si una bestia enorme gruñera desde lo más profundo del pecho. Una de las criaturas semejantes a leopardos con orejas redondas y penachos grises en las patas emergió con paso elástico de la espesura. Llevaba en las fauces el cuerpo laxo de Pete Masters con la misma soltura con que un gato lleva un ratón. Sin reparar en los dos hombres, siguió de largo hasta llegar a un roble, donde se detuvo y depositó el cuerpo del joven a los pies de otro intruso.

Padre se alzaba inmóvil como tallado en piedra, una mano sin uñas descansaba sobre su larga barba cobriza, los ojos semientornados en sus profundas cuencas clavados en la figura a sus pies. No se movió hasta que Pete, liberado de su parálisis, se arrastró en un abyecto arranque de servilismo y pidió misericordia. Entonces se inclinó y tocó fugazmente la nuca del joven. Pete se levantó de un salto, se agarró la cabeza con ambas manos y aullando como una bestia herida huyó a través de los árboles. La leoparda seguía echada, parpadeando lentamente, como un gordo y perezoso gato doméstico.

Padre le habló. Mientras se alejaba con paso majestuoso por la selva, la leoparda volvió la mirada de sus ojos verdes hacia los dos hombres. Ninguno de los dos se sentía con ánimo de probar su eficiencia como guardiana.

Padre se detuvo bajo un árbol cubierto de enredaderas de las cuales pendían vainas gruesas y pesadas semejantes a blancos cocos

desnudos. Aunque la más baja de estas vainas se encontraba a casi cuatro metros de altura, no tuvo ninguna dificultad para alcanzarla y la reventó con la mano. Se abrió con un estallido y soltó un gran chorro de agua. Tu y Carmody palidecieron; el capitán murmuró:

—Preferiría tener que enfrentarme con la gata antes que con él.

El gigante giró y enjuagándose las manos con el agua, se encaminó hacia ellos.

—¿Le gustaría romper cocos con una sola mano, capitán? —tronó—. Esto no es nada. Puedo mostrarle que también usted es capaz de hacerlo. Puedo arrancar de raíz a esa joven haya, puedo decirle una palabra a Zeda y me seguirá como un perro. Esto no es nada. Puedo otorgarle a usted poder. Puedo oír sus murmullos a cien metros de distancia, como ya lo habrá comprendido. Y podría atraparlo en diez segundos, aun dándole ventaja e incluso sentado. Esto no es nada. Puedo saber instantáneamente dónde se encuentra cada una de mis hijas sobre la faz de Abatos, cuál es su estado de salud y cuándo mueren. Esto no es nada. Usted puede hacer lo mismo, siempre y cuando quiera ser como este sacerdote. Hasta podría resucitar a mis muertos, si está dispuesto a ser como el padre John. Yo podría tomar su mano y enseñarle cómo devolver la vida a un cuerpo muerto, aunque no tengo ganas de tocarlo.

—Por amor de Dios, diga que no —cuchicheó Carmody—. Ya es bastante que el obispo y yo hayamos estado expuestos a esa tentación.

Padre se echó a reír. Tu asió la mano de Carmody. Aunque hubiera querido, no habría podido contestar al gigante, pues boqueaba como un pez fuera del agua. Y los ojos se le saltaban de las órbitas.

—Hay algo en su voz que le revuelve a uno las tripas y le afloja las rodillas —dijo el sacerdote, y luego enmudeció.

Padre, desde su altura, se secaba las manos en la barba. Aparte de esa exuberante masa de pelo y del penacho que coronaba su encumbrada cabeza, era totalmente glabro. Su tez sonrosada e impoluta era tersa, bajo la fina piel rutilaba la sangre perfecta. Su arrogante nariz tenía una sola cavidad, pero esa única fosa tenía la magnificencia de una ojiva gótica. En su boca centelleaban sus dientes rojos; una lengua surcada de venas azules restalló un instante como una llamarada: luego, sus labios color grana se

cerraron. Todo aquello era insólito, pero no tanto como para perturbar a los viajeros espaciales. Su voz y su mirada los apabullaban, el trueno que parecía estremecerlos hasta la médula y los ojos negros tachonados de esquirlas de plata. Piedra hecha carne.

—No se preocupe, Carmody. No voy a enseñarle a Tu a resucitar a los muertos. De todos modos, a diferencia de usted y André, no podrá hacerlo. Ni tampoco podría ninguno de los otros, los he estudiado a todos y lo sé. Pero a usted lo necesito, Tu, y le voy a decir por qué, y cuando se lo haya dicho, comprenderá que no le queda otro camino. Lo convenceré por la razón, no por la fuerza: odio la violencia, en verdad, es la naturaleza misma de mi ser la que me lo impone. A menos que lo exija una emergencia.

Padre habló durante una hora. Cuando terminó, sin esperar una palabra, que quizá ninguno de los dos hubiera podido formular, dio media vuelta y se alejó con paso majestuoso, seguido a una distancia respetuosa por la leoparda. Al instante recomenzaron los ruidos habituales de la selva. Los dos hombres se recobraron y en silencio regresaron a la nave. En el linde de la pradera Carmody dijo:

—Sólo nos queda una cosa por hacer. Celebrar Asamblea del Concilio Jairusita. Por suerte, usted puede desempeñar el papel del lego moderador. Le pediré permiso al obispo, pero estoy convencido de que estará de acuerdo en que es lo único que podemos hacer. No podemos ponernos en contacto con nuestros superiores y dejar la decisión en sus manos. La responsabilidad recae sobre nosotros.

—Es una carga terrible —dijo el capitán.

En la nave preguntaron por el obispo y les informaron que se había internado en la selva un rato antes. Las radiopulseras funcionaban, pero no recibieron respuesta alguna de André. Alarmados, decidieron volver a la selva a buscarlo. Tomaron el camino del lago, pero Tu de tanto en tanto se comunicaba por radio con el cóptero que los sobrevolaba. Los tripulantes les informaron que el obispo no se encontraba en la orilla del lago, pero Carmody pensó que podía estar en camino o quizá sentado en algún lugar, meditando.

A un kilómetro del *Gaviota* lo encontraron tendido al pie de un árbol gelatinífero excepcionalmente alto. Tu se detuvo bruscamente.

—Le ha dado un ataque, Padre.

Carmody se dio vuelta y se sentó en el pasto, de espaldas al obispo. Encendió un cigarrillo pero lo arrojó al suelo y lo aplastó con el tacón.

—Me había olvidado que *él* no quiere que fumemos en la selva. No por temor a los incendios. No le gusta el olor del tabaco.

Tu permanecía de pie a la vera del sacerdote, con los ojos fijos en la convulsionada figura del obispo.

—¿No va a socorrerlo? Se morderá la lengua o se dislocará un hueso.

Carmody se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—Usted se olvida de que *él* cura nuestros males para demostrar su poder. Mi muela cariada, el alcoholismo de la señora Recka. Los accesos de Su Excelencia.

—Pero, pero...

—Su Excelencia ha caído en este estado voluntariamente y no corre peligro de romperse los huesos ni de lacerarse la lengua. Ojalá eso fuera todo. Entonces sabría lo que tengo que hacer. Por ahora, le sugiero que haga lo único discreto, darle la espalda usted también. No me resultó muy agradable la primera vez que lo vi; y ahora tampoco.

—No lo socorra si no quiere hacerlo, pero qué diablos, yo lo haré —dijo Tu. Avanzó un paso, se detuvo y contuvo la respiración.

Carmody se dio la vuelta para mirar y se puso de pie.

—Está bien. No se asuste.

El obispo acababa de tener un espasmo final, una violenta contracción de la pelvis que levantó del suelo su cuerpo arqueado. Al mismo tiempo, dejó escapar un sollozo desgarrador. Al desplomarse, se sumió en un inmóvil silencio.

Pero no era *él* sino el hueco del árbol lo que atraía la mirada hipnotizada de Tu. Reptando del orificio salía una gran serpiente blanca con negras marcas triangulares en el dorso. Tenía la cabeza del tamaño de una sandía y los ojos de un verde vidrioso; de sus escamas goteaban blancas hebras de gelatina.

—Santo Dios —dijo Tu—. ¿Esto no terminará nunca? Sigue saliendo y saliendo. Debe tener por lo menos doce metros de largo.

Su mano buscó en su bolsillo la sono-pistola. Carmody lo detuvo con otro movimiento de cabeza.

—Esa serpiente no le va a hacer ningún daño. Al contrario, si mi conocimiento de estos animales no me engaña, sabe oscuramente que se la ha vuelto a la vida y sólo experimenta un sentimiento de gratitud. Quizás él les hace tomar conciencia de que es *él* quien las resucita para poder así granjearse su automática adoración. Aunque, por supuesto, *él* jamás llegaría a hacer lo que este animal se propone. *Él*, por si no lo notó, no puede soportar el contacto con esta *su* progenie de segunda categoría. ¿Advirtió que después de tocar a Masters se lavó las manos con el agua del coco? Las flores y los árboles son las únicas cosas que toca con sus manos.

La serpiente había levantado su cabeza por encima de la del obispo y le lamía la cara con su lengua movediza. André gimió y abrió los ojos. Viendo al reptil, se estremeció de pánico, luego se quedó quieto y permitió que lo acariciara. Cuando se dio cuenta de que no quería hacerle daño, la acarició a su vez.

—Bueno, si el obispo llegara a sustituir a Padre, brindará al menos a estos animales lo que siempre ansiaron y nunca recibieron de *él*, ternura y afecto. Su Excelencia no odia a estas hembras. Todavía no.

En voz más alta, agregó:

—Ruego a Dios que no suceda tal cosa.

Silbando atemorizada, la serpiente se deslizó por el pasto. André se incorporó, sacudió la cabeza como para aclararla y se puso de pie para enfrentarlos. Su rostro había perdido la dulzura que tenía cuando acariciaba a la serpiente. Estaba adusto y su voz era desafiante.

—¿Les parece correcto venir a espiarme?

—Con su perdón, Su Excelencia, no lo estábamos espiando. Lo estábamos buscando porque habíamos decidido que la situación exige una Asamblea del Concilio Jairusita.

Tu agregó:

—Estábamos preocupados porque nos pareció que Su Excelencia era víctima de otro ataque.

—¿De veras? ¿De veras? Pero yo creía que *él* me había... Quiero decir...

Carmody asintió con tristeza.

—Sí, lo hizo. Me pregunto si Su Excelencia me perdonaría que le diera mi opinión. Creo que usted no sufrió otro ataque epileptoide

coincidente con la resurrección de la serpiente. Su pretendido ataque no era más que un burdo remedo de su antigua enfermedad.

«Veo que usted no me comprende. Se lo diré de otra manera. El médico de Wildenwooly estaba convencido de que su enfermedad era de origen psicosomático y lo había mandado a Ygdrasil para que lo tratase un profesional más competente. Antes de la partida usted me dijo que él creía que sus síntomas eran una conducta simbólica y puntualizó la causa directa de su mal, una represión...».

—Creo que ya ha dicho bastante —dijo el obispo con frialdad.

—No tenía intenciones de seguir.

Se encaminaron hacia la nave. Los dos sacerdotes se quedaron detrás del capitán, quien marchaba a grandes trancos, la mirada fija en lontananza.

El obispo dijo, vacilante:

—También usted experimentó la gloria, quizá peligrosa, pero gloria al fin, de volver los muertos a la vida. Yo fui su testigo y usted el mío. No dejó de emocionarlo. Es verdad que usted no se desplomó semiinconsciente. Pero tembló y gimió, poseído por el éxtasis.

Bajó la mirada al suelo pero al instante, como avergonzado de su vacilación, la volvió a alzar llameante de temeridad.

—Antes de su conversión, usted era un hombre muy mundano. Dígame, John ¿esta capacidad de dar vida, de sentirse padre, no es algo semejante a lo que se siente al estar con una mujer?

Carmody desvió la mirada.

—No quiero su piedad ni su repulsión —dijo André—. Sólo la verdad.

Carmody suspiró hondamente.

—Sí, las dos experiencias son muy similares. Pero esta paternidad es aún más íntima, pues una vez que uno entra en ella, no hay control alguno, es absolutamente imposible romper la intimidad; todo su ser, cuerpo y espíritu, se amalgaman y concentran en el acto. El sentimiento de unicidad, tan deseado en el otro y tan a menudo ausente, es ineludible en éste. Uno se siente como si fuera el recreador y el recreado. Después, uno lleva en sí una parte del animal, como usted bien lo sabe, porque queda en su cerebro una chispa que es un fragmento de su vida y cuando esa chispa se enciende uno sabe que el animal que ha creado se mueve.

Y cuando se apaga sabe que está durmiendo y cuando se inflama uno sabe que tiene miedo o lo embarga otra emoción intensa. Y cuando la chispa se extingue, uno sabe que la bestia ha muerto.

»El cerebro de Padre es una constelación de chispas como esas, de miles de millones de estrellas donde reverbera, en todo su esplendor, la vitalidad de su dueño. Él sabe dónde se encuentra cada una de las criaturas vivientes de este planeta, sabe cuándo mueren, y cuando lo sabe, espera hasta que los huesos vuelven a recubrirse de carne y entonces los prohíja...».

—*Prohíja a aquello cuya belleza es por siempre inmutable: ¡Lodo sea!* —declamó André.

Carmody alzó los ojos, sorprendido.

—Pienso que a Hopkins lo entristecería oírle recitar sus versos en este contexto. Se me ocurre que podría contestarle con un pasaje de otro de sus poemas:

Alcanzará el espíritu la pureza suprema y carne será, más carne liberada: no aflige a la pradera el arco iris que la huella, ni al hombre el que sus huesos levanten.

—Su cita refuerza la mía. *Sus huesos se levanten.* ¿Qué más pide usted?

—*Más carne liberada.* ¿Cuál es el castigo por este éxtasis? Este mundo es hermoso, sí, pero ¿no es estéril, sin salida? Bueno, esto no tiene importancia ahora. Quisiera recordarle a Su Excelencia que este poder y esta gloria nacen de un sentimiento de unión con las bestias y dominio sobre ellas. El mundo es su lecho, pero ¿quién yacería en él por toda la eternidad? ¿Y por qué él desea ahora irse, si es tan codiciable? ¿Para bien? ¿O para mal?

Capítulo quinto

Una hora después, los tres entraron en la cabina del obispo y se sentaron en torno de la desnuda mesa redonda. Carmody llevaba un maletín negro, que depositó bajo su silla sin ningún comentario. Los tres vestían túnicas negras y apenas André hubo pronunciado la oración ritual de apertura, se colocaron la máscara del fundador de la orden. Por un momento se contemplaron unos a otros en silencio, tras el recién adquirido anonimato que les confería la absoluta igualdad de sus facciones: tez morena, pelo motoso, nariz chata, labios gruesos. Y con la intensa africanidad de los rasgos el creador de las máscaras había logrado infundirles la dulzura y la nobleza de alma legendarias que fueran atributo de Jairus Cbwaka.

El capitán Tu habló a través de los labios rígidos.

—Nos encontramos aquí reunidos en nombre de Su amor y de Su amor para discutir la tentación, si la hay, que nos amenaza, y tomar medidas, si cabe, contra ella. Hablemos como hermanos, recordando cada vez que nos miremos a través de la mesa y veamos la cara del fundador que nunca perdió la calma excepto en una ocasión ni olvidó su amor excepto en una ocasión. Recordemos sus angustias causadas por tales flaquezas y lo que nos ha ordenado hacer, a sacerdotes y legos por igual. Seamos dignos de su espíritu en presencia de la imagen de su carne.

—Preferiría que no recitara la fórmula tan de prisa —dijo el obispo—. Este ritmo malogra el espíritu de las palabras.

—El censurar mi conducción no nos lleva a nada.

—Réplica bien dada. Le pido perdón.

—Perdonado —dijo Tu un tanto incómodo—. Perdonado. Bueno, al grano.

—Yo defiendo a Padre —dijo el obispo.

—Yo acuso a Padre —dijo Carmody.

—Defienda a Padre —dijo Tu.

—Tesis: Padre encarna las fuerzas del bien. *Él* le ha ofrecido a la Iglesia el monopolio del secreto de la resurrección.

—Antítesis.

—Padre encarna las fuerzas del mal, pues quiere desencadenar una fuerza en la Galaxia que destruirá a la Iglesia, si ésta intenta monopolizarla. Más aún, si la Iglesia rechaza ese monopolio, esa fuerza destruirá a la humanidad por doquier y por consiguiente a nuestra Iglesia.

—Desarrollo de la tesis.

—Todos sus actos han sido para bien. Ítem. Ha curado nuestros males mayores y menores, ítem. Puso punto final a las relaciones carnales entre Masters y Lejeune y quizás hizo lo mismo con Recka y Givens. Ítem. Hizo que Kate confesara que habían robado dinero a su padre, y desde entonces Lejeune acude a mí en busca de auxilio espiritual. Parece estar considerando con toda seriedad mi sugerencia de cortar sus relaciones con Masters y regresar junto a su padre, si eso es posible ahora, e intente resolver sus problemas con el consentimiento paterno, ítem. Está estudiando una cartilla que le di y quizá decida ingresar en la Iglesia, ítem. Eso será obra de Padre y no de Masters, que ha olvidado los preceptos pese a pertenecer nominalmente a nuestra congregación, ítem. Padre sabe perdonar, pues no permitió que la leoparda lo dañara después que el joven intentó matarlo. Y ha dicho que el capitán podría dejar salir a Masters del calabozo pues *él* nada teme, y nuestro código criminal le es incomprensible. Está seguro de que Masters no lo volverá a intentar. Por lo tanto, ¿por qué no olvidar que robó una pistola del arsenal de la nave y dejarlo en libertad? Nosotros estamos usando la fuerza para hacer cumplir un castigo, y eso no es necesario, pues de acuerdo con las leyes psicodinámicas que *él* ha elaborado durante diez mil años de soledad, una persona que utiliza la violencia para alcanzar sus fines se autocastiga, se despoja de parte de su poder. Hasta *su* acto de atraer hasta aquí la nave lo ha perjudicado tanto que pasará algún tiempo antes de que recupere el pleno uso de sus energías psíquicas.

»Presento la moción de que se acepte su oferta. No puede haber en ello ningún peligro, pues sólo desea viajar como pasajero.

Aunque yo, por supuesto, no poseo fondos personales, firmaré una autorización en nombre de la Orden para pagar su pasaje. Y ocuparé *su* lugar en Abatos durante su pasaje. Y ocuparé su lugar en Abatos durante su ausencia.

»Recuerden, asimismo, que la decisión de esta Asamblea no obliga a la Iglesia a aceptar su propuesta. Sólo lo pondremos bajo nuestro patronato por un tiempo».

—Antítesis.

—Tengo un argumento general que responde a la mayoría de los items de la tesis. Es decir, que el peor mal es el que asume la apariencia del bien, obligándolo a uno a mirar con mucho detenimiento para distinguir el verdadero rostro que la máscara oculta. No cabe duda alguna que Padre aprendió de la sobreviviente del *Hoyle* nuestro código ético. Ha eludido todo contacto estrecho con nosotros para que no tengamos oportunidad de estudiar detalladamente su conducta.

»Sin embargo, todas éstas son en su mayoría meras especulaciones. Lo que no se puede negar es que la resurrección es una droga, la más potente e insidiosa a que la humanidad se haya visto expuesta jamás. Una vez que uno ha conocido los éxtasis que la acompañan, desea más. Y como el número de esos actos se ve limitado por el número de muertes, uno anhela acrecentar las legiones de los muertos para poder gozar de nuevos actos. Y en el escenario que Padre ha montado aquí se conjugan el máximo de tentaciones con el máximo de oportunidades. Una vez que un hombre ha conocido el acto, pensará muy en serio en convertir su propio mundo en otro Abatos.

»¿Es eso lo que ustedes desean? Yo diría que no. Mi profecía es que si Padre se marcha de aquí, abrirá el camino a tal posibilidad. Y cada uno de los poseedores de ese poder, ¿no empezará a considerarse como una especie de dios? ¿No se convertirá en otro Padre, insatisfecho del planeta primitivo rebelde y caótico que encontró? ¿No considerará el progreso y la imperfección intolerables y remodelará los huesos de las criaturas para borrar todo vestigio evolutivo y formar así esqueletos perfectos? ¿No suprimirá el apareamiento entre los animales y quizás entre sus mismos semejantes, negándoles a los machos la resurrección hasta que sólo subsistan las hembras dóciles y sumisas y no quede

ninguna posibilidad de engendrar nueva prole? ¿No convertirá a su planeta en un jardín, en un hermoso pero estéril y estancado paraíso? Fíjense por ejemplo en el método de caza que utilizan las gordas y perezosas bestias depredadoras. Tengan en cuenta sus resultados desastrosos. Al principio, elegían a los herbívoros más estúpidos y lentos. ¿Condujo esto a que los sobrevivientes engendraran una prole más rápida e inteligente? En absoluto. Porque los muertos resucitan, vuelven a ser capturados para morir una y otra vez. Y otra vez. De modo que ahora, cuando una leoparda o una loba sale en busca de su presa, los no condicionados huyen y las condicionadas se quedan trémulas y paralizadas y se someten mansamente a la matanza, como animales sumisos en un matadero. Y las que no son devoradas vuelven a pastar despreocupadamente a corta distancia de la fiera que está devorando a su hermana. Éste es un planeta inmaculado, donde los mismos hechos se deslizan día a día por un suave carril.

»Sin embargo, hasta el enamorado de la perfección, Padre, ha terminado por aburrirse y desea encontrar un mundo virgen donde *él* pueda trabajar hasta llevarlo al mismo estado de Abatos. ¿Continuará esto hasta que la Galaxia no albergue ya una multitud de mundos, cada uno prodigiosamente distinto del otro, sino que serán, todos ellos, réplicas de Abatos, sin un ápice de originalidad? Les advierto que éste es uno de los verdaderos peligros.

«Items secundarios. *Él* es un asesino porque provocó el aborto de Kate Lejeune y...».

—Protesto. *Él* asegura que la pérdida del feto de Kate fue un accidente, que envió a sus dos bestias a expulsar a Kate y Masters de la selva porque estaban teniendo relaciones carnales. Y *él* no lo podía tolerar, ítem. Esa actitud habla en su favor y demuestra que es bueno y que está del lado de la Iglesia y de Dios.

—Ítem. A *él* no le habría importado que Pete y Kate estuvieran unidos en santo matrimonio. Para *él* las relaciones carnales son malas *per se*; por qué, no lo sé. Tal vez el acto ofende su sentido de la propiedad pues *él* es el único dador de vida en este mundo. Pero yo insisto en que su intromisión fue malvada porque dio como resultado la pérdida de una vida humana y *él* lo sabía...

—Ítem —dijo el obispo con vehemencia—. Éste es, por lo que sabemos, un planeta donde no existen ni la muerte verdadera ni el

verdadero pecado. Hemos traído con nosotros a esos dos monstruos y *él* no puede soportar a ninguno de los dos.

—Ítem. Nosotros no queríamos venir aquí, nos obligaron.

—Orden —dijo el moderador—. Primero la Asamblea, luego la descripción de la tentación, tal como lo prescriben las reglas. Si votamos afirmativamente, y permitimos que Padre nos acompañe, uno de nosotros debe permanecer aquí para ocupar su lugar. De lo contrario, eso es lo que *él* sostiene, este mundo naufragará en su ausencia.

El moderador hizo una pausa y luego dijo:

—Por alguna razón, ha limitado la elección de su sustituto a ustedes dos.

—Ítem —dijo el obispo—. Somos los únicos candidatos porque hemos hecho voto de castidad. Padre parece pensar que las mujeres son aún más proclives al mal que los hombres. Dice que la copulación entraña un desgaste de la energía psíquica necesaria para la resurrección, y que hay también algo de impuro, o quizá deba decir algo demasiado físico y animal, en ese acto. Por supuesto, no justifico plenamente su actitud ni estoy para nada de acuerdo en colocar a las mujeres en el mismo plano que los animales. Pero hay que tener en cuenta que *él* no ha visto a una sola mujer en diez mil años, y que acaso la hembra de su propia especie justifique su reacción. Deduje de su conversación que en su planeta natal hay un abismo entre los sexos. A pesar de todo, *él* es amable con nuestras pasajeras. No quiere tocarlas, es verdad, pero dice que el contacto físico con cualquiera de nosotros le es doloroso, pues lo despoja de su ¿cómo decirlo?, ¿santidad? En cambio, con los árboles y las flores...

—Ítem. Lo que nos acaba de decir revela su naturaleza aberrante.

—Ítem, ítem. Usted ha confesado que no se atreve a decirle eso cara a cara, que lo abruma el poder que emana de *él*. Ítem. Actúa como quien ha hecho voto de castidad, quizá su naturaleza sea tal que un contacto demasiado cercano lo mancille, hablando en sentido figurado. Considero que esta actitud religiosa es un punto más a su favor.

—Ítem. El diablo mismo puede ser casto. ¿Pero por qué razón? ¿Por amor a Dios o por temor a lo sucio?

—Tregua —dijo Tu—, una tregua para darnos la oportunidad de cotejar opiniones. ¿La tesis o la antítesis han cambiado de idea respecto de alguno o de todos los items? No vacilen en reconocerlo. El amor a la verdad debe privar sobre el orgullo.

La voz del obispo era firme.

—No he cambiado. Y permítame ratificar que no creo que Padre sea Dios. Pero tiene poderes divinos. Y la Iglesia debiera utilizarlos.

Carmody se puso de pie y se aferró al borde de la mesa. Adelantaba la cabeza agresivamente y su porte contrastaba extrañamente con la tierna melancolía de la máscara.

—Antítesis informa que tampoco ha cambiado. Muy bien. Tesis ha declarado que Padre tiene poderes divinos. Y yo digo, también los tiene el hombre, dentro de ciertos límites. Esos límites están determinados por lo que pueda hacer con las cosas materiales a través de los medios artificiales. Afirma que Padre está limitado por esos medios, que no hay nada sobrenatural en sus supuestos milagros. En realidad, el hombre es capaz de hacer lo que hace Padre, aunque sólo sea en una escala primitiva.

»He estado discutiendo en un plano espiritual, tratando de persuadir a Tesis con argumentos espirituales antes de revelarles mis descubrimientos. Pero he fracasado. Muy bien. Les diré lo que he descubierto. Quizás entonces Tesis cambie de idea».

Se agachó y recogió el maletín negro y lo colocó sobre la mesa. Mientras hablaba, no le sacaba la mano de encima, como si quisiera atraer hacia él la atención de los presentes.

—Los poderes de Padre, pensé, no son otra cosa que una muestra más acabada de lo que el hombre es capaz de hacer. Los suyos son más sutiles porque los respalda una ciencia mucho más antigua que la nuestra. Al fin y al cabo, nosotros podemos rejuvenecer a los ancianos y prolongar hasta ciento cincuenta nuestros años de vida. Hacemos órganos de carne artificial. Dentro de ciertas limitaciones, estaremos en condiciones de revivir a los muertos, siempre y cuando los podamos congelar con la suficiente rapidez como para luego actuar sobre ellos. Hasta hemos hecho un primitivo cerebro de carne, un cerebro equivalente al del sapo. Y el sentido de lo sobrenatural y del terror no es nada nuevo. Nosotros también hemos creado nuestras sono-pistolas que producen un efecto semejante. ¿Por qué no podría *él* estar utilizando los mismos

métodos?

»El simple hecho de que lo veamos desnudo y sin una máquina en su mano, no quiere decir que no produzca sus efectos por medio de transmisiones mentales. Nosotros somos incapaces de concebir la ciencia sin máquinas. ¿Pero si él tuviera otros medios? ¿Qué pasa con los árboles gelatiníferos que presentan fenómenos electromagnéticos? ¿Qué significa el ligero zumbido que escuchamos?

»Así, pues, le pedí prestado al ingeniero un micrófono y un osciloscopio, equipé un detector de sonido, puse todo en el maletín y salí a curiosear. Y pude ver que Su Excelencia también aprovechaba los momentos previos al Concilio y estaba otra vez conversando con él. Mientras lo hacía, los árboles gelatiníferos cercanos emitían ondas subsónicas de cuatro y trece ciclos. Ustedes saben cuál es el efecto de esas ondas. Las primeras masajean los intestinos y aceleran los movimientos peristálticos. Las segundas, estimulan la sensación de una vaga pero invencible opresión. Había otras ondas, además, algunas subsónicas, otras supersónicas.

»Me alejé de las cercanías de Padre para ir a investigar a otros lugares. También para meditar. Es significativo, creo, que hayamos tenido una oportunidad o deseo de meditar desde que hemos llegado aquí. Padre nos ha estado presionando, nos ha desequilibrado. Evidentemente, quiere obnubilar nuestras mentes con el rito desorbitado de los sucesos.

»Una concentrada meditación me llevó a la conclusión de que el acto mismo de la resurrección no es provocado por su chispa creadora. Muy lejos de ello. Es completamente automático, y se produce en el momento en que el cuerpo regenerado está preparado para recibir el *shock* bioeléctrico de la gelatina protoplasmática.

»Pero él sabe cuál es ese momento y emite las longitudes de onda necesarias para que la vida vuelva a fluir, se nutre de ellas. ¿Cómo? Debe haber una doble ligazón entre sus ondas cerebrales y las de la gelatina. Sabemos que pensamos por medio de símbolos, que un símbolo mental es fundamentalmente una compleja combinación de las ondas cerebrales emitidas como sucesiones de imágenes simples. Él pone en actividad, con sus pensamientos, es decir con la proyección mental de un símbolo, mecanismos preestablecidos en la gelatina.

»Sin embargo, no cualquiera puede hacerlo, pues nosotros dos, sacerdotes, abstemios de relaciones carnales, fuimos los únicos capaces de emitir esas ondas. No cabe duda que un hombre debe tener una disposición psicosomática especial. ¿Por qué? No lo sé. Quizás haya algo de espiritual en el proceso. Pero no se olviden que el diablo es espiritual. Sin embargo, las relaciones entre el cuerpo y la mente son todavía un continente ignoto. No las puedo explicar, sólo puedo hacer conjeturas.

»Con respecto a su capacidad de curar nuestras enfermedades a distancia, *él* las debe diagnosticar y medicar por medio del árbol gelatinífero. El árbol recibe y transmite; recibe las ondas anormales o enfermas que nuestras células afectadas emiten y envía ondas de salud para suprimir o anular a las enfermas. No hay ningún milagro en ese proceso. Responde a las leyes de la ciencia materialista.

»Sospecho que cuando Padre llegó por primera vez aquí, se dio perfecta cuenta de que los árboles producían el éxtasis, y que *él* no hacía otra cosa que sintonizarlo. Pero al cabo de milenios de soledad, drogado casi permanentemente por el éxtasis, terminó por engañarse a sí mismo y convencerse de que era *él* el que insuflaba nueva vida.

»Hay algunos otros proyectos intrigantes. ¿Cómo atrapó a nuestra nave? No lo sé. Pero conocía nuestros mecanismos de traslación por la sobreviviente del *Hoyle* y pudo así dirigir las longitudes de onda adecuadas para neutralizar el funcionamiento de nuestros bancos de memoria proteinizados de “espacio normal”. Pudo haber puesto la mitad de los árboles gelatiníferos de Abatos a transmitir simultáneamente, una trampa que habría capturado tarde o temprano a cualquier nave que pasara por las cercanías».

—¿Qué fue de su nave espacial? —dijo Tu.

—Si dejáramos al *Gaviota* a la intemperie durante diez mil años ¿qué le pasaría?

—Sería un montón de chatarra. Ni siquiera eso.

—Exacto. Tengo ahora la firme sospecha de que Padre, cuando llegó aquí, tenía en su nave un laboratorio muy bien equipado. Su ciencia le permitía mutar genes a voluntad, y utilizó sus instrumentos con los árboles nativos para mutarlos en estos árboles gelatiníferos. Eso explica también por qué pudo cambiar las pautas genéticas de los animales para que sus cuerpos perdieran los

vestigios de procesos evolutivos y se convirtieran en organismos perfectamente funcionales.

El hombrecito de la máscara se sentó. El obispo se puso de pie. Habló con voz entrecortada.

—Admitiendo que sus investigaciones y conjeturas indiquen que los poderes de Padre constituyen una superchería sin nada de espiritual, y debo admitir, en honor a la verdad, que parece tener razón, aun reconociendo todo esto, defiende a Padre.

La máscara de Carmody se ladeó hacia la izquierda.

—¿Qué?

—Sí. Tenemos la obligación de poner en manos de la Iglesia este instrumento maravilloso, este instrumento que, como ningún otro en el universo, puede ser utilizado para el bien o para el mal. En verdad, es imperativo que ella pueda controlarlo, para impedir que se le dé un uso inadecuado, para fortalecerla y acrecentar su grey. ¿No es la vida eterna atractivo suficiente?

»Bien, usted dice que Padre nos ha mentado. Yo digo que no. Nunca nos dijo que sus poderes fueran puramente espirituales. Quizá, por pertenecer nosotros a una especie distinta de la suya, nos cree más inteligentes de lo que somos y dio por sentado que entenderíamos su forma de obrar.

«Sin embargo, no es ésta la esencia de mi tesis. Lo esencial es que debemos llevar a Padre con nosotros y dar a la Iglesia la oportunidad de decidir si lo acepta o no. No hay en ello ningún peligro, pues estará solo entre miles de millones. Y si lo dejamos aquí, nos exponemos a recibir una reprimenda o quizás un castigo más severo por parte de la Iglesia por haber sido lo bastante cobardes como para rechazar su don.

»Permaneceré aquí, aunque mis motivos sean cuestionados por quienes no tienen derecho a juzgarme. Soy un instrumento de Dios lo mismo que Padre; es justo que los dos seamos utilizados hasta el máximo de nuestras posibilidades. Padre no sirve ni a la Iglesia ni al hombre mientras permanezca aislado aquí; soportaré mi soledad aguardando vuestro regreso con la idea de que estoy haciendo esto como el servidor que goza con su deber».

—¡Qué goce! —gritó Carmody—. ¡No! Yo digo que rechazemos a Padre de una vez por todas. Mucho me temo que no nos permita partir, porque *él* pensará que, ante la posibilidad de pasar el resto

de nuestras vidas aquí y luego morir, pues no creo que quiera resucitarnos a menos que le demos el sí, consentiremos. Y también se ocupará de que quedemos encerrados en la nave. No nos atreveremos a salir porque nos bombardeará con sus ondas de pánico o nos hará atacar por sus bestias. Sin embargo, eso está por verse. Lo que quisiera preguntarle a Tesis es esto: ¿Por qué no podemos rechazarlo y dejar el problema de su salida de Abatos para alguna otra nave? *Él* puede atrapar otra con toda facilidad. O tal vez, si llegamos a casa, podremos enviar una nave oficial a investigar.

—Padre me ha explicado que nosotros somos su única posibilidad real. Quizá tenga que esperar otros diez milenios antes de capturar otra nave. O toda la eternidad. Las cosas son de este modo. Ustedes saben que la traslación de una nave de un punto a otro del espacio normal ocurre simultáneamente, desde el punto de vista de los observadores exteriores a la nave. Teóricamente, la nave rota las dos coordenadas de su eje espacial, haciendo abstracción del tiempo, desaparece de su plataforma de lanzamiento y reaparece en el mismo momento en la de su destino. Hay sin embargo un efecto de descarga, un simulacro de la nave formado por campos electromagnéticos, que se irradia a seis puntos del lugar de partida y toma velocidad a un ritmo constante de aceleración a seis ángulos rectos. A éstos se los llama «espectros». Nunca han sido vistos y ningún instrumento puede detectarlos. Su existencia se basa en las ecuaciones de Guizot, que han logrado explicar cómo las ondas electromagnéticas pueden superar la velocidad de la luz, aunque sabemos por Auschweigh que Einstein se equivocó al decir que la velocidad de la luz era el absoluto.

»Y bien, si trazamos una línea recta entre Wildenwooly e Ygdrasil, veremos que Abatos no se encuentra en esa línea, sino que está ligeramente desplazado con respecto a Ygdrasil. Pero está en ángulo recto con este último planeta, y es por ello que uno de los “espectros” pasa por aquí. La red electromagnética enviada por los árboles lo inmovilizó. Como resultado, el Gaviota fue literalmente absorbido a lo largo de la línea de fuerza, siguiendo al espectro a Abatos y no a Ygdrasil. Me imagino que por espacio de una millonésima partícula de segundo estuvimos en nuestro punto de destino, luego fuimos arrastrados hasta aquí.

»Naturalmente, no nos enteramos de eso, como tampoco lo supieron los habitantes de Ygdrasil.

»Ahora bien, los viajes entre Ygdrasil y Wildenwooly son poco frecuentes, y el campo tiene que engranarse perfectamente con el espectro, porque de lo contrario el espectro se escapa por entre los pulsos. Así que sus posibilidades de atrapar otra nave son muy escasas.

—Sí, y es por eso que nunca nos dejará partir. Si nos marchamos sin *él* y enviamos una nave de guerra a investigar, la nave podría contar con armas apropiadas para combatir las radiaciones de sus árboles. Nosotros somos, pues, su tabla de salvación. ¡Y yo digo que *no* aunque debamos quedar anclados aquí!

Así, durante dos horas, siguieron trenzados en la polémica, hasta que Tu exigió el pronunciamiento final.

—Muy bien. Ya hemos oído bastante. Antítesis ha puntualizado que el peligro de la tentación es el de convertir al hombre en un pseudo-dios estéril y anárquico.

»Tesis afirma que el peligro consiste en rechazar un don que una vez más hará de nuestra Iglesia la Iglesia universal, tanto de hecho como de derecho, porque poseerá literal y físicamente las llaves de la vida y de la muerte.

»Tesis, vote por favor».

—Yo digo que aceptemos el ofrecimiento de Padre.

—Antítesis.

—No. Rechazado.

Tu apoyó sus manos grandes y huesudas sobre la mesa.

—Como moderador y juez, estoy de acuerdo con Antítesis.

Se sacó la máscara. Los otros dos, como si les costara reasumir su identidad y su responsabilidad, se quitaron lentamente los disfraces. Se desafiaban con la mirada, olvidados de la presencia del capitán, quien carraspeaba ruidosamente para atraer su atención. Al quitarse las caretas habían abandonado también todo simulacro de amor fraternal.

—En honor a la verdad —dijo Tu—, debo aclarar un punto. Es decir, que como laico y miembro de la Iglesia, puedo aprobar la decisión de rechazar a Padre como pasajero. Pero como capitán de navío de la Compañía Saxwell, es mi deber, cuando aterrizo en una parada fuera de itinerario, aceptar a cualquier náufrago inactivo

que desee embarcarse, siempre que cuente con el dinero para el pasaje y haya lugar en la nave. Ésta es una ley de la Comunidad Interplanetaria.

—No creo que debamos preocuparnos de que alguien le pague su pasaje —dijo el padre—. No por ahora. Sin embargo, si *él* tuviera el dinero, le crearía a usted un lindo problemita.

—Sí, ¿verdad? Tendría que informar acerca de los motivos de mi negativa, naturalmente. Y someterme a un juicio y perder acaso mi grado de capitán y quizá quedar anclado en tierra por el resto de mis días. Esa perspectiva es... bueno, intolerable.

André se levantó.

—Esto ha sido muy agotador. Creo que voy a salir a caminar por la selva. Si me encuentro con Padre, le comunicaré nuestra decisión.

Tu también se puso de pie.

—Cuanto antes mejor. Pídale que reactive inmediatamente nuestro motor de traslación. Ni siquiera nos molestaremos en partir en forma ortodoxa. Procederemos a la traslación y más tarde determinaremos el itinerario. Lo principal es salir de aquí.

Carmody hurgó el bolsillo de su túnica buscando un cigarrillo.

—Creo que voy a conversar con Pete Masters. Tal vez consiga hacerlo entrar en razón. Luego, también yo iré a dar un paseo por la selva. Todavía hay mucho que aprender aquí.

Siguió al obispo con la mirada y meneó tristemente la cabeza.

—Fue duro ponerme en contra de mi superior —le dijo a Tu—. Pero Su Excelencia, a pesar de ser un gran hombre, carece de la sabiduría del que ha pecado mucho.

Se palmeó el abdomen prominente y sonrió como si todo marchara a pedir de boca, aunque no con mucha convicción.

—No sólo grasa acumulo bajo mi cinturón. También hay largos años de experiencia de dura lucha por la vida. Recuerdo que soy un sobreviviente de Alegría Dantesca. Tengo la panza repleta de males. El más ligero sabor me los hace regurgitar. Se lo aseguro, capitán, Padre es carne podrida, diez mil años de podredumbre.

—Da la sensación de que no está muy seguro de lo que dice.

—¿Quién lo está, en este mundo de apariencias cambiantes y de desconocimiento de uno mismo?

Capítulo sexto

Masters fue dejado en libertad después de prometer a Tu que no provocaría nuevos incidentes. Carmody, al no encontrar al muchacho en la nave, salió y lo llamó por la radio-pulsera. No obtuvo respuesta.

Llevando siempre su maletín negro, el padre corrió a la selva tan velozmente como se lo permitían sus cortas piernas. Tarareaba mientras pasaba bajo las inmensas ramas, les silbaba a las aves posadas en los árboles, se detuvo una vez para saludar con una respetuosa reverencia a una esbelta ave semejante a una garza que tenía una especie de antifaz color púrpura y salió luego a los tumbos, muerto de risa, y agarrándose la barriga cuando el ave le contestó con un canto idéntico al de un somorgujo que saliera de un desagüe obstruido, sentándose por último bajo una haya para secarse con un pañuelo el empapado rostro.

—Señor, Señor... hay cada cosa en este universo... no cabe duda de que tienes sentido del humor —dijo en voz alta—. Pero no, no debo identificar Contigo un punto de vista puramente humano y cometer la falacia antropomórfica...

Hizo una pausa y dijo en voz más baja como si quisiera que Nadie lo oyera:

—Bueno, ¿por qué no? ¿No somos acaso el centro de la recreación, a imagen y semejanza del Creador? Con seguridad también Él necesita solaz y lo busca en la risa. Tal vez Su risa no brota como un simple ruido sin sentido, sino que se manifiesta a niveles económicos e informativos mucho más altos. Quizá lance al aire una nueva galaxia en lugar de una estrepitosa carcajada. O sustituya una risita por un empujoncito a una de sus especies para que suba un peldaño más en la escala de Jacob de la

evolución y alcance un estado más humano.

«O, por anticuado que suene, se permite el puro goce de un milagro para demostrar a Sus hijos que no es el Suyo un universo ajustado como un mecanismo de relojería. Los milagros son la risa de Dios. Humm, no está mal. ¿A ver, qué hice con mi libreta? Ya lo sabía. En mi cabina. Hubiera sido una espléndida frase para un artículo. Bueno, no importa. Es probable que la recuerde, y la posteridad no morirá si no lo hago. Pero se la perderán, y...».

Enmudeció al oír las voces de Masters y Lejeune desde un lugar cercano. Se levantó y se encaminó hacia ellos, llamándolos en alta voz para que no pensarán que los estaba espiando.

Estaban frente a frente, separados por un gigantesco hongo venenoso coronado por una gola. Kate había cesado de hablar, pero Pete, la cara tan roja como su pelo, seguía increpándola enfurecido como si el sacerdote no existiera. Sacudía frenéticamente un puño y sujetaba con el otro, junto a su cuerpo, el mango de la sierra eléctrica.

—¡Esto es definitivo! No vamos a regresar a Wildenwooly. Y no creas que le tengo miedo a tu padre porque no le tengo miedo a nadie. Seguro que no nos va a acusar de nada. Él puede darse el lujo de ser magnánimo. La Comunidad Interplanetaria nos procesará en su lugar. ¿Eres tan estúpida que no recuerdas que según la ley el Departamento de Salud debe tomar bajo su custodia a cualquiera que haya sido puesto bajo caución como culpable de prácticas malsanas? A esta altura tu padre ha de haber dado la alarma en Ygdrasil. Nos detendrán ni bien pongamos pie allí. Y a ti y a mí nos mandarán a un reformatorio. Ni siquiera podremos ir juntos al mismo lugar. Nunca mandan a los cómplices de un delito a una misma institución. ¿Y cómo puedo saber que no te perderé? En esos reformatorios les hacen cosas a la gente, les cambian las ideas. A lo mejor dejas de quererme. Probablemente esto les parezca conveniente. Dirán que asumes una actitud sana al deshacerte de mí.

Kate alzó hacia él sus grandes ojos violetas.

—Oh, Pete, eso nunca sucederá. No digas esas cosas. Además, papá no nos va a denunciar. Sabe que me encerrarían por mucho tiempo y no podría soportarlo. No informará al gobierno; enviará a sus propios hombres a perseguirnos.

—¿Ah sí? ¿Y qué me dices del telegrama que llegó al Gaviota poco antes de la partida?

—Papá no mencionaba el dinero. Sólo nos detendrían por mala conducta juvenil.

—Claro, y entonces sus matones me molerían a palos y me largarían en las Selvas de Twogee. Eso te gustaría, ¿no?

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas.

—Por favor, Pete, no digas esas cosas. Sabes que te amo más que a nadie en el mundo.

—Puede que sí, puede que no. En todo caso, te olvidas que este cura sabe lo del dinero y su deber es denunciarnos.

—Es posible que sea un cura —dijo Carmody—, pero eso no me clasifica automáticamente como no humano. Ni soñaría en denunciarlos. Por *más* meterete que sea, no soy un intrigante malintencionado. Me gustaría ayudarlos a salir de este embrollo, aunque en este momento debo confesar que tengo ganas de aplastarle la nariz por la forma en que le está hablando a Kate. Pero nos estamos yendo por las ramas. Lo importante es que no me considero obligado a decírselo a las autoridades, por más que ese acto no me fue revelado en confesión.

»Pero creo sinceramente que debería seguir el consejo de Kate e ir y confesarle todo a su padre y tratar de llegar a un acuerdo. Acaso consintiera en vuestro matrimonio si le prometieran esperar hasta que tú demuestres que eres capaz de mantener a Kate y hacerla feliz. Y probar que tu amor por ella está basado en algo más que una pasión carnal. Ten en cuenta sus sentimientos de padre. A él esto le importa tanto como a ti. Más, porque él la conoce y la ama desde hace mucho más tiempo que tú.

—¡Al demonio él y todo este lío! —gritó Pete. Se alejó y fue a sentarse debajo de un árbol veinte metros más allá. Kate sollozaba calladamente. Carmody le ofreció un pañuelo y le dijo:

—Un poco sudado quizá, pero desinfectado con santidad. —Sonrió ante su propia salida con una fruición tan evidente, matizada de autoironía, que ella no pudo menos que devolverle la sonrisa. Mientras se secaba las lágrimas, le tendió su mano libre.

—Eres dulce y paciente, Kate, y estás muy enamorada de un hombre que, me temo, adolece de un temperamento arrebatado y violento. Ahora, dime la verdad, ¿no es tu padre muy parecido a él?

¿No fue ésa una de las razones por las que te fugaste con Pete? ¿No fue para alejarte de un padre demasiado absorbente, celoso e irascible? ¿Y no has descubierto ahora que Pete es tan parecido a él que has trocado una imagen por su réplica?

—Usted es muy perspicaz. Pero quiero a Pete.

—A pesar de todo, deberías volver a casa. Si Pete te quiere de veras, te seguirá y tratará de llegar a un acuerdo limpio y sincero con tu padre. Después de todo, debes admitir que el tomar ese dinero no estuvo bien.

—No —dijo ella empezando a llorar otra vez—. No estuvo bien. No voy a ser pusilánime y echarle toda la culpa a Pete, porque yo estuve de acuerdo en sacar el dinero, aunque fue él quien lo sugirió. Lo hice en un momento de debilidad. Y me ha estado pesando desde entonces. Hasta cuando estábamos solos en la cabina y hubiera debido sentirme delirante de felicidad, ese dinero pesaba sobre mi conciencia.

Masters se levantó de un salto y se dirigió hacia ellos a zancadas, blandiendo la sierra eléctrica. Era una herramienta de aspecto temible provista de una hoja ancha y flexible que se abría en abanico desde la estrecha caja del motor. Empuñaba la sierra como una pistola, la mano en la culata y el dedo en el gatillo.

—Sáquele las patas de encima —dijo.

Kate retiró la mano que Carmody le estrechaba, pero enfrentó al muchacho con un gesto de desafío.

—No me está haciendo nada. Me está brindando comprensión y calor humano, tratando de ayudar.

—Los conozco a estos curas viejos. Se está aprovechando de ti para poder abrazarte y pellizcarte y...

—¿Viejo? —estalló el padre—. Escucha, Masters. Tengo apenas cuarenta...

Se echó a reír.

—Casi caigo como un chorlito ¿eh, Pete? —Se volvió a Kate—. Si es que salimos de Abatos, regresa a casa con tu padre. Por un tiempo permaneceré en Breakneck, allí podrás verme tantas veces como desees y haré todo cuanto esté en mis manos para ayudarte. Y aunque preveo para ti algunos años de martirio, viviendo entre dos fuegos como Pete y tu padre, creo que perteneces a la casta de los fuertes.

Con los ojos chisporroteantes de picardía, agregó:

—A pesar de que se te ve frágil y excesivamente hermosa y muy acariciable y pellizcable.

En ese momento una cervatilla entró trotando al claro. De color rojo herrumbre, salpicada de diminutas manchas bordeadas de negro, sus cándidos ojos negros no reflejaban ningún temor. Danzó hasta llegar a ellos y estiró el hocico con curiosidad hacia Kate, como si supiera que ella era la única hembra presente.

—Evidentemente, una de las no condicionadas para ser muertas por las bestias depredadoras —dijo Carmody—. Ven aquí, preciosa. Creo que he traído un poco de azúcar para una ocasión como ésta. ¿Cómo te llamaré? ¿Alicia? En esta fiesta todos estamos locos, pero no tenemos té.

La joven dejó escapar una exclamación de alegría y acarició el húmedo y negro hocico de la cervatilla. El animalito le lamió la mano. Pete resopló con fastidio.

—Lo único que te falta es besarla.

—¿Por qué no? —Kate le puso la boca en el hocico.

El rostro de Pete se enrojeció más de lo que estaba. Con una mueca de asco, hincó el filo de la sierra en el cuello del animal y apretó el gatillo. El animal se desplomó, arrastrando consigo a la joven, pues Kate, tomada de improviso, no tuvo tiempo de soltarlo. Un chorro de sangre salpico la sierra y el pecho de Pete y el brazo de Kate. El filo dentado de la herramienta, que emitía ondas supersónicas capaces de atravesar el granito, había hecho un fino tajo en el cuello de la bestia.

Masters, ahora pálido, miraba como hipnotizado.

—Apenas la toqué. No tenía intención de apretar el gatillo. Debo de haberle cortado la yugular. La sangre, la sangre...

También Carmody estaba pálido y le temblaba la voz.

—Felizmente, la cervatilla no permanecerá muerta. Pero confío que de tu mente no se borre la visión de esta sangre y la recuerdes la próxima vez que te dejes dominar por la cólera. Bien hubiera podido tratarse de un ser humano, sabes.

Dejó de hablar para escuchar. Los ruidos de la selva habían cesado, sofocados por una ráfaga de silencio, semejante a la sombra de una nube. Luego, las piernas potentes y los pétreos ojos de Padre.

Su voz rugió alrededor de ellos como si se encontraran bajo una catarata.

—¡Cólera y muerte en el aire! Lo percibo cuando las bestias depredadoras están hambrientas. Vine al instante porque sabía que estos matadores no eran los míos. Y también por otra razón, Carmody. Me he enterado por el obispo de sus investigaciones y de sus erróneas conclusiones y de la decisión que usted obligó a tomar al capitán y al obispo. He venido para mostrarle cómo se ha engañado usted con respecto a mis poderes, para enseñarle a ser humilde con sus superiores.

Masters ahogó un grito, con su mano ensangrentada aferró la mano de Kate y echó a correr a los tumbos, arrastrándola tras de él. Carmody, aunque tembloroso, se mantuvo firme.

—¡Apague sus sónicas! ¡Sé cómo provoca usted en mi pecho este temor reverente!

—Usted tiene sus instrumentos en ese maletín. Contróleos. Vea si hay alguna radiación de los árboles.

Obedientemente, el cura trató de abrir la cerradura con sus manos trémulas y sólo al tercer intento lo logró. Hizo girar un dial. Sus ojos se dilataron de asombro cuando dio la vuelta completa.

—¿Convencido? No hay sónicos en ese nivel ¿no es verdad? Ahora, fíjese en el osciloscopio sin perderme de vista a mí.

Padre sacó del hueco del árbol más cercano un gran puñado de gelatina y la aplicó sobre la superficie ensangrentada del cuello de la cervatilla.

—Esta carne líquida cerrará la herida, que para empezar es pequeña, y restaurará las células destruidas. La gelatina envía ondas de sondeo a las partes que rodean la herida, identifica su estructura y por lo tanto la estructura de las células fallantes o deterioradas y comienza a reemplazarlas. Pero no antes de que yo dé la orden. Y puedo, en caso necesario, prescindir de la gelatina, no la necesito porque mis poderes son legítimos pues emanan de Dios. Debería usted pasar diez mil años sin tener más interlocutor que Dios. Entonces comprendería que sólo me es posible obrar el bien, que velo por el corazón místico de las cosas porque siento su latido tan cercano como el de mi propio cuerpo.

Había puesto su mano sobre los ojos vidriosos y cuando la retiró, los cándidos ojos negros brillaban de nuevo y los flancos de la

cervatilla palpitaban rítmicamente. Al instante se alzó sobre sus pezuñas, adelantó el hocico en dirección a Padre, fue rechazada con un ademán, giró en redondo y se alejó triscando.

—Tal vez debiera usted convocar a otro Concilio —rugió Padre—. Pienso que las nuevas pruebas lo exigen. De haber sabido que usted tenía la curiosidad de un mono, y su misma inteligencia, le habría mostrado exactamente lo que soy capaz de hacer.

El gigante se alejó con su andar majestuoso. Carmody lo siguió con la mirada. Profundamente turbado, se preguntó:

—¿Equivocado? ¿Equivocado? ¿Me habrá faltado humildad, habré desdeñado la perspicacia de Su Excelencia porque él no posee mi experiencia?... pensé que... ¿Me habrá excedido en la interpretación de su enfermedad, confundido sus causas?

Aspiró profundamente.

—Bueno, si estoy equivocado, lo confesaré. Públicamente, además. Pero qué pequeño me hace sentir todo esto. Un pigmeo metiéndome por entre los pies de los gigantes, haciéndoles zancadillas en un esfuerzo por convencerme de que soy más grande que ellos.

Echó a andar. Distraídamente, levantó el brazo hacia una rama de la cual pendía un fruto semejante a una gran manzana.

—Humm. Qué delicia. Qué fácil es vivir en este mundo. Aquí no existe el temor al hambre ni a la muerte. Uno puede engordar y holgazanear, gozar de la paz de Sión, solazarse en el éxtasis de la recreación. Esto es lo que has anhelado en un rincón de tu alma, ¿no es verdad? Dios sabe que tengo gordura de sobra, y que si das a los demás la impresión de estar rebosante de energía, a menudo lo haces con gran esfuerzo. Tienes que disimular la fatiga, parecer ansioso por cumplir con tu labor. Y tus feligreses, sí, y también tus superiores, que debieran saber cómo son las cosas, no valoran tus esfuerzos, no se detienen jamás a pensar si tú, al igual que ellos, te sientes cansado, desalentado o vacilante. Aquí no existirían tales cosas.

La manzana, a medio comer, fue abandonada para ser sustituida por bayas purpúreas que arrancó de un arbusto. Con el ceño fruncido, murmurando entre dientes, se las comió, los ojos siempre clavados en los hombros y el penacho cobrizo de Padre que se perdía en la espesura.

—Y sin embargo...

Al cabo de un rato, se rió quedamente.

—Es en verdad paradójico, John I. Carmody. Que tú estés reconsiderando la tentación, después de haber disuadido a Tu y André. Y sería una lección perdurable, una lección que espero no te falte inteligencia para aprovecharla, que te persuadieras de que debes cambiar de idea. Quizá la hayas necesitado por no haber tenido en cuenta qué fuerte fue la tentación del obispo, porque sentiste un poco, oh, apenas un dejo, pero de todos modos un dejo, de desprecio por él por haber caído tan fácilmente mientras a ti te era tan fácil resistir.

»¡Ay, creías ser tan fuerte, tenías tantos años de experiencia acumulados bajo tu cinturón! Era grasa y viento lo que te hinchaba, Carmody. Estabas grávido de ignorancia y orgullo. Y ahora debes dar a luz la humillación. No a la humanidad, porque existe una diferencia entre las dos, que depende de la propia actitud. Ten de Dios la lucidez necesaria para reconocer a esta última.

»Y confíesalo, Carmody, confíesalo. En medio del horror de presenciar la matanza de la cervatilla, sentiste alegría por tener un pretexto para resucitar al animal y experimentar nuevamente el éxtasis que sabes te está vedado porque es una droga y *enajena* tu mente del apremiante llamado de tu vocación. Y aunque te decías a ti mismo que no lo ibas a hacer, tu voz era débil, carecía de poder de convicción.

»Por otra parte, ¿acaso Dios no siente éxtasis cuando crea, siendo como es El Artista? ¿No es eso parte de la creación? ¿No debiéramos sentirlo también nosotros? Pero si lo sentimos, ¿no nos hace ello creernos divinos también nosotros? Sin embargo, Padre dice que *él* sabe de dónde emanan sus poderes. Si parece soberbio, *noli me tangere*, se le puede perdonar por sus diez mil años de soledad. Dios sabe que algunos de los santos fueron lo bastante excéntricos como para ser martirizados por la misma Iglesia que luego los canonizó.

»Pero este asunto de la resurrección es una droga. Si lo es, tú tienes la razón, el obispo está equivocado. No obstante, el alcohol, la comida, la lectura misma y muchas otras cosas pueden convertirse en drogas. La avidez por todas ellas puede ser dominada, puede utilizárselas con templanza. ¿Por qué no la

resurrección, una vez superado el primer arrebató de euforia? ¿Por qué no, en verdad?

Arrojó las bayas y arrancó un fruto semejante a una banana con una cáscara dura de color pardo claro en lugar de una vaina tierna.

—Humm. No cabe duda que su cocina es excelente. Sabe a carne asada con todo su jugo y un dejo de cebolla. Rica en proteínas, apuesto. No es de extrañar que Padre sea tan poderosamente, hasta repulsivamente masculino, tan viril a pesar de su estricto vegetarianismo.

»Ah, hablas demasiado contigo mismo. Una mala costumbre que adquiriste en Alegría Dantesca y que nunca pudiste sacarte de encima, ni siquiera después de *aquella* noche de tu conversión. Ésa fue una época terrible, Carmody, y sólo por la gracia... Bueno, ¿por qué no te callas de una vez?».

Repentinamente, se dejó caer detrás de un arbusto. Padre había llegado a un claro en medio de la selva, una vasta loma desnuda de árboles con excepción de uno que, solitario y gigantesco, la coronaba. La enorme O en la base de su tronco revelaba su naturaleza, pero mientras los otros de su misma especie tenían el tronco pardo y el follaje verde claro, éste tenía la corteza de un blanco brillante y las hojas de un verde tan sombrío que parecía negro. Alrededor de sus monstruosas raíces blanquecinas, que se henchían por encima del suelo, había una multitud de animales. Leonas, leopardas, lobas, estrursinas, una inmensa vaca negra, una rinoceronte, una gorila de cara escarlata, una vaca-elefante, un ave parecida a una dinorsis capaz de destripar con su pico a un elefante, una lagarta del tamaño de un hombre con cresta verde, y muchos otros. Todos apiñados, dominados por una intensa agitación, pero ignorándose los unos a los otros, silenciosos.

Al divisar a Padre, prorrumpieron en un asordinado coro de rugidos, un hondo y prolongado bramido. Haciéndose a un lado, formaron una nave; por ella avanzó Padre.

Carmody contuvo el aliento. Lo que había tomado por las desnudas raíces del árbol eran pilas de huesos, un túmulo de esqueletos.

Padre se detuvo ante ellos, dio media vuelta y arengó a las bestias con un canturreo rítmico en una lengua desconocida, haciendo gestos grandilocuentes, describiendo grandes y pequeños

círculos que se entrelazaban. Luego se inclinó y empezó a levantar, una a una, las calaveras, besándolas en los descarnados dientes, volviendo a depositarlas en el suelo con infinita ternura. Todo ello mientras las bestias lo contemplaban acurrucadas, silenciosas e inmóviles, como si comprendieran lo que estaba diciendo y haciendo. Y acaso lo comprendieran, de algún modo, porque a través de ellas, como un viento que eriza el pelaje, sopló una ráfaga de premonición.

El sacerdote, esforzándose por ver, murmuró:

—Cráneos humanoides. Del tamaño del suyo, además. ¿Habrán venido aquí con él y luego murieron? ¿O acaso *él* los asesinó? Si es así, ¿por qué la ceremonia del amor, por qué las caricias?

Padre depositó en el suelo el último objeto espeluznante, alzó las manos en un gesto que abarcaba los cielos y las volvió a bajar hasta tocarse los hombros.

—¿Habrà venido de los cielos? ¿O querrà decir que *él* se identifica con el cielo, acaso el universo entero? ¿Panteísmo? ¿O qué?

Padre gritó con voz tan estentórea que poco faltó para que Carmody saltara de su escondite detrás del matorral y delatara su presencia. Las bestias gruñían una antífona. El oficiante apretó los puños e irguió la cabeza; echaba fuego por los ojos. Parecía presa de una furia salvaje. Su cara iracunda se asemejaba tanto a la de los otros animales allí congregados que se lo habría tomado por otra bestia sanguinaria. También ellas estaban ahora enfurecidas. Las grandes gatas aullaban. Bramaban las paquidermas. La vaca y las osas rugían. La gorila se golpeaba el pecho. La lagarta silbaba como una máquina de vapor.

Padre volvió a gritar. El hechizo que hasta ese momento las había contenido se rompió de repente. Al unísono, la jauría se abalanzó sobre el gigante. Sin ofrecer resistencia, él se dejó caer bajo la creciente marea de lomos peludos. Una mano se alzó una vez por encima de la rugiente *melée*, describiendo un movimiento circular como si todavía ejecutara los gestos preestablecidos de un ritual, para desaparecer al instante en las fauces de una leona, y el muñón, chorreando sangre, volvió a caer.

Carmody había estado reptando entre la hojarasca, aferrándose al pasto con los dedos, reprimiendo el impulso de saltar y participar

de la carnicería. En el momento en que vio a la leona arrancar de una dentellada la mano de Padre, se levantó, pero la expresión de su rostro era diferente. El miedo se pintaba en él, y el horror. Huyó precipitadamente hacia la espesura, agachándose para que los arbustos lo ocultaran de la mirada de los animales. Una vez, se detuvo debajo de un árbol, vomitó, y echó a correr nuevamente.

A sus espaldas crecía el rugido atronador de los asesinos ávidos de sangre.

Capítulo séptimo

La enorme luna estriada como un melón apareció poco después del anochecer. Sus rayos brillantes rielaban sobre el casco del *Gaviota* y sobre los rostros pálidos congregados en el linde de la pradera. El padre John salió de la oscuridad de la selva. Se detuvo y preguntó:

—¿Qué sucede?

Tu se separó del grupo acurrucado y le señaló la nave; por la tronera principal, abierta, salía un torrente de luz.

El padre John contuvo el aliento.

—¿Él? ¿Ya?

La mayestática figura se alzaba, inmóvil, al pie de la escalerilla portátil, esperando como si pudiera permanecer allí pacientemente otros diez mil años.

La voz de Tu, aunque iracunda, delataba cierta inseguridad.

—¡El obispo nos ha traicionado! ¡Le dijo a *él* que de acuerdo con la ley tenemos la obligación de aceptarlo y le dio dinero para el pasaje!

—¿Y qué piensa hacer al respecto? —preguntó Carmody, su voz pedregosa más áspera que de costumbre.

—¿Hacer? ¿Qué otra cosa puedo hacer sino llevarlo? Los reglamentos lo exigen. Si me niego... bueno, bueno, perdería mi grado de capitán. Usted lo sabe. Lo más que puedo hacer es demorar la partida hasta el amanecer. Puede que el obispo haya cambiado de idea para entonces.

—¿Dónde está Su Excelencia?

—No llame Excelencia a ese traidor. Se ha internado en la selva y se ha convertido en un nuevo Padre.

—¡Debemos hallarlo y salvarlo de sí mismo! —gritó Carmody.

—Lo acompañaré —dijo Tu—. Si fuera por mi lo dejaría seguir

su propio camino hacia el infierno, pero los enemigos de nuestra Iglesia nos van a escarnecer. ¡Santo Dios, obispo, por añadidura!

Pocos minutos después, los dos hombres, armados de linternas, busca-naves y sonorrayos volvían a internarse en la selva. Tu llevaba también una pistola. Iban solos porque el padre no quería exponer a su obispo a la humillación que significaría para él verse enfrentado a una multitud de hombres enfurecidos. Además, suponía que si sólo sus viejos amigos estaban presentes, tendrían una mejor oportunidad de disuadirlo de su locura y hacerlo volver a sus cabales.

—¿Dónde demonios podemos encontrarlo? —gimió el capitán—. Dios, qué oscuro está esto. Y fíjese en esos ojos. Debe haber millares.

—Las bestias saben que ocurre algo extraordinario. Escuche, la selva entera está despierta.

—Celebrando el cambio de dinastía. El Rey ha muerto; viva el Rey. ¿Dónde podrá estar?

—Probablemente en el lago. Su lugar predilecto.

—¿Por qué no lo dijo? Podríamos haber estado allí en dos minutos con un cóptero.

—No tiene sentido utilizar un cóptero esta noche.

El padre John iluminó con su linterna el busca-nave.

—Fíjese cómo gira la aguja. Apuesto a que nuestras radiopulseras están muertas.

—Hola, *Gaviota*, *Gaviota*, adelante, adelante... Tiene razón. Está muerta. Cielos, cómo brillan esos ojos. Parece que se multiplicaran en los árboles. También nuestros sonos están kaput. ¿Por qué no se apagan las linternas?

—Me imagino que porque *él* sabe que les permiten a sus bestias localizarnos más rápidamente. Pruebe su automática. Su mecanismo se carga eléctricamente ¿verdad?

Tu volvió a gemir.

—No funciona. ¡Ojalá fuese de las antiguas!

—Si quiere volver, está a tiempo todavía —dijo Carmody—. Podríamos no salir con vida de la selva si llegamos a localizar al obispo.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Cree que soy un cobarde? No permito que ningún hombre, sacerdote o no, me insulte de ese modo.

—No quise decir eso. Pero su deber primordial es para con la nave, usted lo sabe.

—Y para con mis pasajeros. Vamos.

—Creí que me había equivocado. Estuve a punto de cambiar de idea con respecto a Padre —dijo el sacerdote—. Quizás estuviera usando para el bien sus poderes, que no dependían totalmente de fuentes materiales. Pero no estaba seguro. Por eso lo seguí, y entonces, cuando presencié su muerte, supe que había estado en lo cierto y cualquier uso que pretendamos darle, sólo nos deparará el mal.

—¿Su muerte? Pero si estaba en el Gaviota hace un momento.

Carmody le narró de prisa lo que había presenciado.

—Pero, pero... No comprendo. Padre no puede soportar el contacto de sus propias criaturas, y ejerce sobre ellas un perfecto control. ¿Por qué el motín? ¿Cómo es posible que haya vuelto a la vida tan rápidamente, sobre todo si, como dice, fue despedazado? Escuche, a lo mejor hay más de un Padre, gemelos, y nos está haciendo jugarretas. Quizá sólo pueda controlar a sus bestias entrenadas cuando está cerca de nosotros. Y se topó con un grupo que no podía manejar.

—Tiene razón a medias. Primero, fue un motín, pero un motín que *él* provocó, un motín ritual. Yo mismo sentí *su* orden mental; estuve en un tris de saltar sobre él y despedazarlo, también yo. Segundo, me imagino que volvió a la vida con tanta rapidez porque el árbol blanco es más poderoso que los otros, de acción más acelerada. Tercero, nos está haciendo jugarretas, pero no de la clase que usted sugiere.

Aminorando el ritmo de la marcha, Carmody resopló y jadeó.

—Ahora estoy pagando por mis pecados. Con la ayuda de Dios, me voy a poner a dieta. Y haré gimnasia, además, cuando todo esto haya pasado. Detesto mi corpachón. Pero ¿qué será de mí cuando me encuentre, muerto de hambre, sentado a una mesa colmada de las cosas demasiado buenas de esta vida, creadas en el principio para ser disfrutadas? ¿Qué será de mí?

—Yo podría decirle qué será de usted, pero ahora no tenemos tiempo de hablar de estas cosas. No se vaya por las ramas —gruñó Tu. Su desprecio por las personas autocomplacientes era proverbial.

—Muy bien. Como le decía, era evidentemente un ritual de

autoinmolación. Fue ese conocimiento el que me hizo escabullirme a todo correr en una infructuosa búsqueda del obispo. Quería decirle que Padre sólo mentía a medias cuando decía que recibía *sus* poderes de Dios y que adoraba a Dios.

«Es cierto. ¡Pero su dios es *él mismo*! En su inmenso egoísmo se asemeja a las antiguas deidades paganas de la Tierra, que supuestamente, se infligían la muerte y luego, una vez realizado el sacrificio supremo, se resucitaban. Odin, por ejemplo, que se ahorcó en un árbol».

—Pero no es posible que haya oído hablar de ellos. ¿Por qué habría de imitarlos?

—No es necesario que haya oído hablar de nuestros mitos terráneos. Al fin y al cabo hay ciertos ritos y símbolos religiosos que son universales, que surgen espontáneamente en un centenar de planetas diferentes. Los sacrificios a un dios, la comunión al comer la carne del dios, las ceremonias de la siembra y la cosecha, el concepto de ser un pueblo elegido, los símbolos del círculo y de la cruz. Es posible, entonces, que Padre haya traído la idea de su mundo natal. O que la haya concebido como el acto supremo de que era capaz. El hombre necesita tener una religión, aunque ella consista en adorarse a sí mismo.

»No se olvide, además, que su ritual, como la mayoría, combinaba la religión con la practicidad. Tiene diez milenios y ha preservado su longevidad recurriendo, de tanto en tanto, al árbol gelatinífero. Pensó que se marcharía con nosotros y que pasaría algún tiempo antes de que pudiera cultivar uno de sus árboles en un mundo extraño. Un tratamiento rejuvenecedor es parte de la recreación, sabe. El depósito de calcio en el sistema vascular, la acumulación de grasas en las células cerebrales, las otras degeneraciones que constituyen la vejez, se excluyen del proceso. Uno emerge del árbol joven y vital».

—¿Las calaveras?

—Para la recreación no hace falta el esqueleto entero, aunque la costumbre es introducirlo. Una astilla de hueso es suficiente, porque una sola célula contiene el modelo genético. Se me había escapado un detalle, se da cuenta. Era el problema de por qué ciertos animales podían estar condicionados para ser víctimas de los carnívoros. Si su carne se reconstituye alrededor de los huesos

únicamente de acuerdo con las cintas genéticas, el animal no tendrá memoria de su vida anterior. Y por lo tanto, su sistema nervioso no contendrá reflejos condicionados. Pero los tiene. Por consiguiente, la gelatina debe reproducir el contenido del sistema neuronal. ¿Cómo? Supongo que en el momento mismo de morir, el depósito de gelatina más cercano registra todas las ondas emitidas por las células, incluso el complejo de ondas irradiadas por las moléculas «anudadas» de la memoria. Y luego lo reproduce.

«Así, las calaveras de Padre quedan afuera, y cuando *él* se levanta, es lo primero que ve, una visión estimulante para *él*. Recuerde, las besó durante el sacrificio. ¡Mostró su amor hacia sí mismo! La vida besando a la muerte, sabiendo que *él* había vencido a la muerte».

—¡Ah!

—Sí, y eso es lo que le sucederá a la Galaxia si Padre se marcha de aquí. La anarquía, una batalla cruenta hasta que sólo sobreviva una persona en cada planeta, estancamiento, el fin de la vida inteligente tal como la conocemos, ninguna meta... ¡Mire, ya está el lago a la vista!

Carmody se detuvo detrás de un árbol. André estaba de pie junto a la orilla, de espaldas a ellos. La cabeza gacha como en plegaria o en meditación. O abrumado por el dolor.

—Su Excelencia —dijo el padre suavemente, saliendo de detrás del árbol.

André se sobresaltó. Sus manos, que debían de estar unidas sobre su pecho, cayeron bruscamente a sus costados. Pero no se dio vuelta. Aspiró profundamente, dobló las rodillas y se zambulló en el lago.

Carmody gritó:

—¡No! —Y tomando impulso, se zambulló, tratando de ganar distancia. Tu llegó poco después pero se detuvo en la orilla. Se agazapó, mientras las pequeñas olas provocadas por la desaparición de los dos se ensanchaban, para diluirse en círculos diminutos, nimbados por la luz de la luna sobre la tersa superficie oscura. Se quitó la chaqueta y los zapatos pero todavía no se zambulló. En ese momento una cabeza afloró a la superficie y se oyó un fuerte resoplido cuando el hombre volvió a llenar sus pulmones de aire.

Tu llamó:

—¿Carmody? ¿Obispo?

El otro se hundió nuevamente. Tu saltó al agua y desapareció. Transcurrió un minuto. Luego tres cabezas emergieron simultáneamente. Un instante después, el capitán y el pequeño sacerdote se inclinaban, jadeantes, sobre el cuerpo exánime de André.

—Luchó conmigo —dijo Carmody con voz ronca, respirando entrecortadamente—. Me empujó. Entonces... le puse los pulgares detrás de las orejas... donde se juntan las quijadas... apreté... cedió pero no sé si había tragado agua... o si yo lo había desmayado... o ambas cosas... no es momento de hablar...

El sacerdote dio vuelta al obispo para ponerlo de cara al suelo, le giró la cabeza hacia un lado y montó a horcajadas sobre su espalda. Con las manos apoyadas en el tórax del otro, inició el bombeo rítmico que esperaba expulsaría el agua y permitiría entrar aire a sus pulmones.

—¿Cómo pudo hacer semejante cosa? —dijo Tu—. ¿Cómo él, nacido y criado en la fe, un obispo consagrado y respetado, pudo traicionarnos? ¿Quién lo hubiera pensado? Recuerde lo que hizo por la Iglesia en Lazy Fair; era un gran hombre. ¿Y cómo pudo él, sabiendo todo lo que eso significa, tratar de matarse?

—Cierre su maldita boca —dijo Carmody con dureza—. ¿Estuvo usted expuesto a su tentación? ¿Qué sabe usted de sus angustias? Deje de juzgarlo. Haga algo útil. Márqueme el ritmo con su reloj a ver si puedo regular mi bombeo. Pronto. Uno... dos... tres...

Quince minutos más tarde el obispo pudo sentarse y sostener su cabeza entre las manos. Tu se había alejado unos pasos y seguía allí, de espaldas a ellos. Carmody se arrodilló y dijo.

—¿Cree que ya puede caminar, Su Excelencia? Debemos salir de esta selva lo más pronto posible. Huelo peligro en el aire.

—Hay algo más que peligro. ¡Hay perdición! —dijo André con voz débil...

Se levantó, se tambaleó y fue sostenido por la recia mano del otro.

—Gracias. En marcha. Ah, viejo amigo, ¿por qué no me dejó hundirme hasta el fondo y morir allí donde *él* no habría encontrado mis huesos ni hombre alguno conocido mi desgracia?

—Nunca es demasiado tarde, Su Excelencia. El hecho de que

usted se haya arrepentido de su pacto y se dejara llevar por el remordimiento...

—Apresurémonos antes de que sea en verdad demasiado tarde. Ah, siento la chispa de otra vida que nace. Usted sabe cómo es, John. Brilla y crece y se expande hasta que llena todo el cuerpo y uno se siente a punto de estallar de fuego y de luz. Ésta es poderosa. Debe estar en un árbol cercano. Sujéteme, John. Si caigo en otro trance, sáqueme de aquí a rastras, por más que me resista.

«Usted ha sentido lo que yo sentí, usted parece tener la fuerza suficiente para luchar contra eso, pero yo he luchado contra algo semejante durante toda mi vida y nunca se lo he revelado a nadie, hasta lo he negado en mis oraciones, lo peor que pude haber hecho, hasta que el cuerpo, castigado durante demasiado tiempo, se rebeló y se manifestó a través de mi enfermedad. Ahora temo que... ¡De prisa, de prisa!».

Tu asió a André por el codo y ayudó a Carmody a conducirlo a través de la oscuridad, iluminada tan sólo por el haz de la linterna del sacerdote. Sobre sus cabezas tendíase un espeso manto de ramas entrelazadas.

Alguien tosió. Se detuvieron paralizados.

—¿Padre? —murmuró Tu.

—No. Su representante, me temo.

Veinte metros más allá, cerrándoles el paso, acechaba una leoparda, manchada de cuerpo y con una mata de pelo en la cabeza, doscientos cincuenta kilos listos para saltar. Sus ojos verdes parpadearon, contrayéndose a la luz de la linterna, sus orejas redondas estaban alertas. Se levantó bruscamente y avanzó majestuosa, en dirección a ellos con una cómica mezcla de gracia felina y pesado bamboleo. En otras circunstancias quizá se hubieran reído de esa criatura, de la grasa que envolvía sus elásticos músculos de acero y su enorme vientre colgante. No ahora, pues podría —y quizás esa era su intención— despedazarlos.

De pronto, la cola, que se había estado meneando suavemente de un lado a otro, se puso rígida. Rugió una vez, y saltó sobre el padre John, quien se había puesto delante de Tu y André.

El padre John lanzó un grito. Su linterna voló por el aire y cayó entre los matorrales. La gran gata aulló y brincó hacia un costado. Se oyeron dos ruidos: el de un inmenso cuerpo que caía entre la

maleza y las jocundas maldiciones del padre John, no con intención blasfema sino nacidas del profundo sentimiento de alivio.

—¿Qué pasó? —dijo Tu—. ¿Y qué hace allí de rodillas?

—No estoy rezando. Dejo eso para más tarde. Esta condenada linterna se apagó y no la puedo encontrar. Agáchese y ayúdeme y sirva para algo. Ensúciase las manos por una vez; no estamos en su maldita nave, sabe.

—¿Qué sucedió?

—Luché —gimió Carmody— como una rata acorralada. De puro desesperado solté un puñetazo y accidentalmente le di en el hocico. No me habría salido mejor si lo hubiese planeado. Estas bestias depredadoras están gordas y son perezosas y cobardes al cabo de diez mil años de vida fácil cazando víctimas ya condicionadas. No tienen valor. La resistencia las asusta. Ésta no habría atacado si no hubiera sido incitada por Padre. Estoy seguro. ¿No es así, Su Excelencia?

—Sí. *El* me enseñó cómo dominar a cualquier animal de Abatos dondequiera que se encuentre. No estoy aún lo bastante adelantado como para reconocerla cuando no está al alcance de mi vista ni puedo transmitirle órdenes mentales, pero sí lo puedo hacer a corta distancia.

—Ah, he encontrado esta linterna dos veces maldita.

Carmody encendió la linterna y se levantó.

—¿Entonces me equivoqué al pensar que mi puñito había hecho huir al monstruo? ¿Usted le infundió miedo?

—No. Neutralicé las longitudes de onda de Padre y dejé a la gata librada a sus propios medios. Demasiado tarde, por supuesto; una vez iniciado su ataque, su instinto la urgía a continuar. Debemos la huida a su coraje.

—Si mi corazón dejara de martillear con tanta fuerza, creería más en mi coraje. Bueno, sigamos. ¿Su Excelencia se siente más fuerte?

—Podré seguir el paso que usted decida. Y no utilice el título. Mi acto de desafío a la decisión del Concilio constituye una renuncia automática. Usted lo sabe.

—Sólo sé lo que Tu me dijo que Padre le dijo.

Prosiguieron la marcha. De vez en cuando Carmody dirigía la luz hacia atrás. Al hacerlo, reparó en que la leoparda o una de sus

hermanas los seguían a unos cuarenta metros.

—No estamos solos —dijo.

André no dijo nada y Tu, equivocando el sentido de sus palabras, comenzó a rezar en voz muy baja. Carmody no se detuvo a aclarar pero los urgió a caminar más de prisa.

Repentinamente, la sombra de la selva se disipó al resplandor de la luna. Todavía había un grupo reunido en la pradera, pero lejos del linde, bajo la curva de la nave. No había rastros de Padre.

—¿Dónde está él? —gritó el padre John.

Un eco le respondió desde el otro lado de la pradera, seguido inmediatamente por la aparición del gigante en la tronera principal. Agachándose, Padre la franqueó y bajó los peldaños hasta llegar a tierra, para reanudar allí su inmóvil vigilancia.

André murmuró:

—Dame fuerzas.

Carmody le habló al capitán.

—Usted debe hacer la elección. Haga lo que su fe y su inteligencia le dicen que es mejor. U obedezca los reglamentos de Saxwell y de la Comunidad Interplanetaria. ¿Cuál de las dos será?

Tu estaba rígido y silencioso, sumido en sus pensamientos como una estatua de bronce.

Sin esperar respuesta, Carmody echó a andar hacia la nave. A mitad de camino, se detuvo, levantó los puños y gritó:

—¡De nada le servirá aterrorizarnos con sus tretas, Padre! ¡Sabemos lo que está haciendo y cómo, y podremos combatirlo, porque somos hombres!

Sus palabras no llegaron a oídos de la gente reunida alrededor de la nave. Se gritaban unos a otros y luchaban por obtener un lugar en la escalerilla para poder subir. Padre debió de poner en actividad todo un arsenal de ondas de los árboles vecinos, más poderoso que todo lo experimentado hasta ese momento. Llegó como una tromba arrastrando a todos a su paso. Excepto a Carmody y André. Hasta Tu se derrumbó y echó a correr hacia el *Gaviota*.

—John —se quejó el obispo—. Lo siento. Pero no puedo soportarlo. No las subsónicas. No. La traición. El reconocer contra qué he estado luchando desde mi juventud. No es cierto que cuando se ve por primera vez la cara del enemigo desconocido uno tiene la mitad de la batalla ganada. No lo puedo soportar. La necesidad que

tenía de esta comunión sacrílega... Lo siento, créame. Pero debo...

Giró sobre sus talones y corrió hacia el bosque. Carmody salió en su persecución gritando, pero sus cortas piernas pronto le hicieron perder terreno. Delante de él, desde la oscuridad, se oyó un bronco rugido. Un grito. Silencio.

Sin vacilar, el sacerdote continuó la carrera, su luz horadando las tinieblas. Cuando vio a la gata agazapada sobre el cuerpo encogido, una peluda pata gris desgarrando la ingle de su víctima, gritó otra vez y cargó contra la bestia. Bufando, la leoparda arqueó su lomo, parecía pronta para pararse sobre sus patas traseras y atacar al hombre con sus garras ensangrentadas, luego rugió, dio media vuelta y se internó en la espesura.

Era demasiado tarde. Esta vez no podría revivir al obispo. No a menos que...

Carmody se estremeció y alzó en sus brazos el peso muerto y tambaleándose cruzó la pradera. Padre le salió al paso.

—Deme ese cuerpo —tronó la voz.

—¡No! No lo va a poner en su árbol. Lo voy a llevar de regreso a la nave. Cuando lleguemos a casa le haremos el entierro que se merece. Y ya puede dejar de transmitir sus ondas de terror. Estoy furioso, no asustado. Y nos marchamos le guste o no, y nos lo llevaremos con nosotros. ¡Así que haga lo que se le antoje!

La voz de Padre se suavizó. Sonaba triste y perpleja.

—Usted no entiende, hombre. Subí a bordo de la nave y entré a la cabina del obispo e intenté sentarme en una silla que era demasiado pequeña para mí. Tuve que sentarme en el suelo duro y frío y mientras esperaba me puse a pensar en volver al vasto espacio vacío y a la multitud de mundos extraños, incómodos y repulsivamente primitivos. Me parecía que las paredes se aproximaban cada vez más y se desmoronaban sobre mí. Iban a aplastarme. De pronto, supe que no soportaría ni por un instante aquella estrechez y que, aunque nuestro viaje sería corto, no tardaría en encontrarme en otros recintos demasiado pequeños. Y habría una muchedumbre de pigmeos pululando a mi alrededor, aplastándose unos a otros y probablemente a mí también en su esfuerzo por acercarse para mirarme embobados y poder tocarme. Habrá millones, todos tratando de ponerme encima la patita peluda. Y pensé también en los planetas hormigueantes de hembras sucias

prontas a parir sus crías en cualquier momento y toda la mugre que eso involucra. Y los machos enloquecidos por la lujuria de dejarlas preñadas. Y las horribles ciudades hediondas de desechos. Y los desiertos que son la lacra de esos mundos descuidados, el desorden, el caos, la incertidumbre. Tuve que salir un momento para respirar otra vez el aire limpio y seguro de Abatos. Fue entonces cuando apareció el obispo.

—Usted estaba aterrizado por la idea del cambio. Lo compadecería si no fuera por lo que le hizo a él —dijo Carmody, indicando con un movimiento de cabeza el cuerpo que llevaba en sus brazos.

—No quiero su piedad. Al fin y al cabo, yo soy Padre. Usted es un hombre que volverá al polvo para siempre. Pero no me acuse a mí. Él está muerto por lo que fue, no por mi causa. Pregúntele a su padre verdadero por qué no le dio amor junto con los golpes, por qué lo avergonzó sin explicarle de qué tenía que avergonzarse, y por qué le enseñó a perdonar a otro y no a perdonarse a sí mismo.

«Basta de todo esto. Entréguemelo. Yo lo quería. Casi podía soportar su contacto. Lo educaré para que sea mi compañero. Hasta yo necesito alguien con quien hablar, alguien que sea capaz de comprenderme».

—Apártese de mi camino —le ordenó Carmody—. André hizo su elección. Confiaba en que yo lo cuidaría, lo sé. Yo lo amaba, aunque no siempre aprobaba lo que hacía o era. Era un gran hombre, aun con sus flaquezas. Ninguno de nosotros puede decir nada contra él. Apártese de mi camino, antes de obligarme a recurrir a esa violencia que usted tanto dice temer pero que no le impide enviar bestias salvajes a cumplir con sus designios. ¡Apártese de mi camino!

—Usted no comprende —murmuró el gigante, mesándose con fuerza la barba. Los ojos negros, tachonados de esquiras de plata, miraban al sacerdote con dureza, pero no levantó su mano contra él. Un minuto después, Carmody había transportado su carga hasta el Gaviota. A sus espaldas, la tronera se cerró suave pero resueltamente.

Unas horas después, el capitán Tu, habiendo cumplido con las tareas principales relativas a la traslación de la nave, entró en la cabina del obispo. Carmody estaba allí, arrodillado junto al lecho en

que reposaba el cuerpo.

—Me demoré porque le tuve que sacar la botella a la señora Recka y encerrarla por un rato —explicó. Hizo una pausa y luego dijo—: Le ruego que no piense mal de mí. Pero lo que es cierto es cierto. El obispo se mató y no merece ser enterrado en sagrado.

—¿Cómo lo sabe? —replicó Carmody, la cabeza siempre gacha, moviendo apenas los labios.

—Sin querer faltarle el respeto al muerto, debo decir que el obispo tenía el poder de dominar a las bestias, y ha de haber ordenado a la gata que lo matase. Fue suicidio.

—Se olvida usted que las ondas de terror que Padre provocó para obligarnos a usted y a mí a embarcarnos rápidamente, también afectaron a todos los animales de la región. La leoparda puede haber matado al obispo porque se interpuso en el camino de su fuga. ¿Cómo lo podemos saber?

»Además, Tu, no se olvide de esto. Quizás el obispo sea un mártir. Sabía que lo único que obligaría a Padre a permanecer en Abatos era su muerte. Padre no soportaría la idea de dejar huérfano a su planeta. André era el único entre todos nosotros que podía ocupar el lugar que Padre había dejado libre. En ese momento ignoraba, por supuesto, que Padre había cambiado de idea a causa de su ataque de claustrofobia.

»Todo cuanto el obispo sabía era que su muerte encadenaría a Padre a Abatos y nos liberaría a nosotros. Y si se inmoló por mediación de la leoparda, ¿es acaso menos mártir por eso? Hay mujeres que han elegido la muerte antes que la deshonor y han sido canonizadas.

»Nunca conoceremos los verdaderos motivos del obispo. Ese conocimiento lo dejaremos a Otro.

»En lo que respecta al amo de Abatos, mi rechazo era fundado. Nada de lo que decía era cierto, era tan cobarde como cualquiera de sus bestias gordas y perezosas. No era ningún dios. Era el Padre... de las Mentiras».

HIJO

El crucero de lujo voló por los aires y con él voló Jones.

Había estado acodado en la barandilla, la mirada en la danzante imagen de la luna sobre las olas, sus pensamientos en su esposa. La había dejado en Hawai; esperaba no volverla a ver nunca más. También pensaba en su madre en California, y se preguntaba cómo sería volver a vivir con ella. Ninguna de las dos perspectivas lo hacía feliz ni infeliz. Sólo había estado meditando.

En aquel momento el enemigo, en una de las primeras acciones de la guerra no declarada, había torpedeado la nave desde las profundidades. Y Jones, totalmente desprevenido, fue lanzado hacia las alturas como si hubiera rebotado en un trampolín colosal.

Se zambulló en el oscuro océano. Se sintió avasallado, presa de pánico y perdió ese delicado sentido de seguridad que siempre mantenía cuando nadaba a la luz del sol en aguas abiertas. Quiso gritar y trepar sobre el grito, como un acróbata de circo por una cuerda, al aire libre y a la claridad de la luna.

Antes que el grito de socorro brotara de sus labios, antes que las aguas vertieran en sus pulmones su densa negrura, su cabeza afloró a la superficie y aspiró ansiosamente el aire y la luz. Miró a su alrededor y comprobó que la nave había desaparecido y que estaba solo. No le quedaba otra cosa que hacer más que aferrarse a un despojo flotante con la esperanza de que con el día llegaran aviones u otra nave.

Una hora más tarde, el océano se hinchó y se abrió y emergió un largo lomo oscuro. Parecía una ballena, pues tenía la cabeza redondeada y el cuerpo suavemente combado. Sin embargo, no agitaba la cola para impulsarse hacia adelante ni rolaba sobre su flanco ni hacia otra cosa que permanecer inmóvil. Jones

comprendió que debía tratarse de un nuevo tipo de submarino, pero no estaba seguro, porque parecía estar tan vivo. Tenía ese algo indefinible que distingue lo animado de lo inanimado.

Sus dudas se disiparon un momento después cuando el suave lomo se abrió en su centro para dar paso a una larga varilla. La vara creció hasta alcanzar seis metros de altura, y se ramificó en una serie de redes de formas y tamaños diversos. La antena retráctil del radar.

De modo que éste era el enemigo. Había emergido de las profundidades donde se había ocultado luego de su golpe mortal. Quería verificar el alcance de la destrucción y, quizá, recoger a los posibles sobrevivientes para interrogarlos. O cerciorarse de que no quedaba ninguno con vida.

A pesar de ese pensamiento, no intentó alejarse a nado. ¿Qué podía hacer? Más le valía confiar en que lo tratarían decentemente. No quería volver a hundirse en el abismo, en la oscuridad y la opresión.

Pataleó en el agua cuando el submarino volvió hacia él su hocico ciego. Ningún hombre apareció en las escotillas que se abrieron de pronto en el bruñido puente. No había indicio alguno de vida aunque debía de haber hombres en el interior que giraban las pantallas sin rostro ni ojos del radar en dirección a él.

Sólo cuando lo tuvo casi encima adivinó cuáles eran sus planes para tomarlo prisionero. Una gran tronera redonda se abrió hacia adentro en la cabeza ballenesca. Una ola se precipitó en su interior arrastrando consigo a Jones. Se debatió, pues no podía soportar la idea de ser engullido por aquella monstruosa imitación de una red de salvataje, tragado como una sardina perseguida por una lata móvil. Además, la mera visión de una puerta que se abría sin mostrarle nada más que tinieblas era suficiente como para que sintiera un invencible deseo de gritar.

Un instante después, la escotilla se cerró tras de él, y se encontró aprisionado por agua, muros y oscuridad. Luchó frenéticamente con un enemigo inasible. Desde el fondo de sus entrañas brotó un grito pidiendo una bocanada de aire, un destello de luz, una puerta que le permitiera salir de aquella cámara de terror y muerte. ¿Dónde estaba la puerta, la puerta, la puerta? ¿Dónde...?

Había momentos en que casi despertaba, en que se sentía

suspendido en ese mundo crepuscular entre el oscuro sueño y la vigilia clarividente. Era en esos momentos cuando escuchaba una voz que le era desconocida. Parecía femenina, suave, acariciadora, compasiva. A ratos se volvía apremiante, con la insinuación de que era preferible que no tratase de ocultar nada.

—¿Ocultar? ¿Ocultar qué? ¿Qué?

Una vez, sintió más que escuchó, una serie de estampidos tremendos... truenos en la lejanía y la sensación de ser estrujado por un puño gigantesco. Eso también pasó.

Por un momento volvió la voz. Luego se desvaneció y llegó el sueño.

No se despertó rápidamente. Tuvo que luchar para desprenderse de una interminable sucesión de mantos de sopor, arrojarlos uno tras otro con una desesperación atemperada por la vehemente esperanza de que el próximo sería el último. Y cuando ya se iba a dar por vencido, a hundirse otra vez bajo las asfixiantes y pesadas capas, dejar de respirar y luchar, se despertó.

Estaba llorando a gritos y tratando de agitar los brazos y le pareció, apenas por un momento, que la puerta del armario se había abierto dando paso a la luz y a su madre.

Pero no era así. No estaba otra vez encerrado en el armario. No tenía seis años y no era su madre quien acudía a rescatarlo. No era, por cierto, su voz, ni era tampoco la voz de su padre, el hombre que lo había encerrado en el armario.

Provenía de un altoparlante incrustado en la pared. No hablaba en la lengua del enemigo, como él había esperado, sino en inglés. Era como una ininterrumpida melopea, curiosamente semimetálica, semimaternal, y le informaba lo sucedido en las últimas doce horas.

Lo alarmó el enterarse que había estado inconsciente tantas horas. Mientras asimilaba la noticia, paseó la mirada por la celda, levantando un inventario. Tenía dos metros de largo, un metro veinte de ancho y casi dos de altura. Estaba desnuda salvo la hamaca en que yacía y ciertos artefactos sanitarios indispensables. Una lamparilla ardía sobre su cabeza, caliente y enceguecedora.

El descubrimiento de que estaba enclaustrado en semejante cubículo, estrecho como una tumba y sin salida visible, lo hizo saltar de la hamaca. O tratar, porque comprobó que sus brazos y piernas estaban inmovilizados por anchas vendas adhesivas.

La voz resonó en la celda.

—No se asuste, Jones. Y no intente repetir esos forcejeos histéricos e inútiles que me obligaron a darle un sedante. Si sufre de claustrofobia aguda, tendrá que soportarla.

Jones no luchó. Estaba demasiado aturdido por la revelación de que era el único ser humano a bordo del submarino. El que hablaba era un robot —quizás el submarino mismo—, dirigido electrónicamente desde una nave madre.

Se tomó su tiempo, dando vueltas y vueltas al problema en su cabeza... pero no pudo lograr que menguase el terror que lo poseía. Hubiera sido bastante terrible el estar prisionero de un enemigo de carne y hueso, pero un enemigo de piel de acero, huesos plásticos, venas electrónicas, ojos de radar y cerebro de germanio, era un enemigo que lo colmaba de un pavor insuperable. ¿Cómo luchar contra nadie... contra la nada?

Dominó su pánico con el pensamiento de que, después de todo, su situación no era tan mala. ¿En qué podía diferenciarse esta máquina del enemigo mismo, de su creador? Era el enemigo quien había construido este pez automático, y debía de reproducir exactamente sus procesos mentales, su propia ideología. Cualquiera que fuese la forma de actuar del enemigo vivo, de esa misma manera actuaría su monstruo.

Ahora que había recobrado la conciencia, recordó lo que el robot le había dicho y lo que él le había contestado. Al recobrase de su semimuerte, había visto que un largo brazo plástico se ocultaba en un orificio de la pared. El agujero se había cerrado con una escotilla pero no antes que él vislumbrara las agujas en el extremo de ese brazo. Más tarde, se enteró de que las agujas le habían inyectado adrenalina para estimular el corazón y otra droga —desconocida por los norteamericanos— para que sus músculos internos rechazaran el agua que había tragado.

El submarino lo quería vivo. Lo que se preguntaba era: ¿para qué?

No tardó en saberlo. La máquina o el «cerebro» mecánico o como se quiera llamarlo también le había inyectado una droga que le provocaría un ligero estado hipnótico. Y le había dado una palabra clave que, pronunciada cuando el efecto de la droga hubiese desaparecido, le permitiría recordar lo sucedido. Ahora que

la voz había pronunciado para su inconsciente la palabra mágica — pertenecía a la lengua del enemigo y por lo tanto ignoraba su significado— todo volvía en tropel a su memoria.

Comprendió cada palabra de lo que el submarino había juzgado oportuno explicarle. En primer lugar, era una de las nuevas naves experimentales que el enemigo había construido poco antes de que estallara la guerra. Era totalmente automática, no porque el enemigo no contara con hombres suficientes —Dios sabía que tenía millones para abandonar a una muerte segura en los campos de batalla— sino porque un submarino que no necesitara transportar grandes cantidades de víveres y equipos de aireación para la tripulación ni prever habitáculos, podía ser mucho más pequeño y eficiente y permanecer más tiempo en el mar. La maquinaria requerida para impulsarla ocupaba mucho menos espacio que los marineros.

El diseño mismo de la nave satisfacía tres requisitos fundamentales: se desplazaba con suavidad, era veloz y mortífera. Transportaba cuarenta torpedos, y cuando éstos fueran utilizados volvería a la nave madre apostada en algún lugar del Pacífico. Llegado el caso, no necesitaba salir a la superficie durante toda su travesía. Pero sus constructores la habían programado para que pudiera, si no había peligro, tomar algunos prisioneros y arrancarles informaciones valiosas.

—Entonces —dijo la voz con su dejo metálico— te hubiera arrojado nuevamente al mar de donde te había sacado. Pero cuando, durante el interrogatorio, descubrí que eras especialista en electrónica, decidí retenerte y llevarte a la base. Tengo órdenes de entregarles todos los prisioneros valiosos. Es una suerte para ti que hayas resultado ser un hombre que nos puedes servir. De lo contrario...

Los ecos fríos resonaron largamente en la habitación. Jones se estremeció. Vio una vez más en su imaginación la escotilla que se abría hacia dentro, la ola que se precipitaba al interior, sus propios forcejeos, y luego los irresistibles brazos plásticos empujándolo al abismo de silencio y tinieblas.

Se preguntó fugazmente cuánto habría averiguado acerca de él *Keet VI*. Ni bien lo hubo pensado obtuvo la respuesta. La memoria inundó su cerebro como un torrente, y recordó todo el resto de lo

sucedido.

Para empezar, el submarino era tan humano como podía serlo una máquina. Se pensaba a sí misma como «*Keet VI*» —lo cual significaba *Ballena VI*— y se expresaba en una forma que hubiera podido persuadir a un hombre no avezado de que tenía conciencia propia. Jones no se dejó engañar. Nadie hasta entonces había podido construir un «cerebro» mecánico dotado de conciencia. Sin embargo, estaba estructurado de manera tal que causaba esa impresión. Y Jones, al cabo de un tiempo, cometió el error natural de imaginarla como un ser viviente. O como una mujer. Porque los constructores de *Keet* habían caído en su propia trampa y, convencidos de que las naves son hembras, inconscientemente habían dotado a *Keet* de una psicología femenina.

¿Cómo explicarse si no que *Keet* tuviera una actitud casi tiernamente solícita para con él? Sabiendo que él era un macho valioso, que los hombres de la nave madre deseaban contar con un hombre como Jones, poseedor de conocimientos y talentos que ellos pudieran utilizar, *Keet* estaba dispuesta a hacer todo lo posible para conservarlo con vida. Ésa era la razón por la cual lo había alimentado por vía intravenosa y había cesado de interrogarlo cuando tropezó con un área particularmente sensible y dolorosa de su cerebro.

¿Cuál era esa parte sensible? Bueno, nada más que aquella noche lejana en el tiempo, pero tan cercana en la realidad, en que su padre lo había encerrado en el armario oscuro porque él, Jones, no quiso confesar que había hurtado un cuarto de dólar del bolso de su madre. Y se había negado a confesar, porque sabía que era inocente, hasta que la oscuridad se había tornado densa, pesada y caliente, sofocándolo como el manto del estrangulador y él, incapaz de soportar por más tiempo el terror, la negrura y las paredes que parecían avanzar hacia él para aplastarlo, había gritado y gritado hasta que su madre, empujando a un lado a su padre, había abierto la puerta y le había traído luz y aire y un ancho pecho acogedor sobre el cual llorar y sollozar.

Y desde entonces...

La voz de *Keet*, algo menos fría ahora, le dijo:

—No pude sacarte mucho, salvo que eras un especialista en electrónica y que viajabas a bordo del crucero de lujo *Calvin*

Coolidge, que te habías separado de tu mujer por un período de prueba que ibas a vivir con tu madre que reside en un campo universitario. Allí volverías a llevar la vida apacible, académica de antes, la enseñanza, y allí pasarías el resto de tus días con tu madre hasta que ella muriese. Pero cuando tropecé con ese pensamiento, volviste repentinamente al episodio del armario, y no pude sacar nada más de ti. Por desgracia, sólo estoy equipada con las drogas más suaves y no me es posible provocarte una hipnosis profunda. Si lo hiciera, podría quizá penetrar más allá de ese incidente o superarlo.

Pero cada vez que empezaba a interrogarte, me topaba con ese territorio particular del pasado.

¿Era su imaginación o percibía en verdad un tono ligeramente lloroso o quejumbroso? Era posible. Si el enemigo había incluido en su estructura un modulador capaz de imitar la simpatía y la ternura, también podía instalar circuitos que remedaran otras emociones. ¿O sería posible que la máquina, que era, al fin y al cabo, un «cerebro» dotado de una inteligencia superior, pudiese manipular el mecanismo vocal de manera que reprodujera los efectos deseados?

Probablemente nunca llegaría a saberlo. En todo caso, no cabía duda que la voz contenía al menos un deje de emoción.

Se alegró de que lo intrigasen las capacidades potenciales de *Keet*. De lo contrario, habría estado debatiéndose como una fiera enjaulada para liberarse de esas ataduras que lo sujetaban a la hamaca. Las paredes de la celda eran demasiado estrechas, demasiado estrechas. Y aunque ahora podía soportarlas, siempre y cuando la luz continuase encendida, sabía que si se apagaba, la oscuridad lo volvería loco.

Keet también debía saberlo, y sin embargo no había hecho amenaza alguna, ninguna tentativa de utilizar ese conocimiento. ¿Por qué? ¿Por qué no había tratado de sonsacarle información por el terror? Esos habrían sido los métodos de los hombres que la habían construido y ella, al fin y al cabo, no era más que un reflejo de ellos. ¿Por qué no había tratado de aterrorizarlo?

La respuesta no tardó en llegar.

—Debes comprender que me hallo en un apuro, lo cual significa que también tú, Jones, estás en un apuro. Si me hundo, te hundirás conmigo.

Jones se puso tenso. Aquél debía ser el quid de la cuestión. Le sorprendió el tono casi suplicante de su voz. Luego recordó que sus constructores debían de haber puesto en su voz toda la gama de emociones para que las utilizara cada vez que la ocasión lo requiriese.

—Cuando tú estabas inconsciente fui atacada por aviones. Debían llevar algún artefacto desconocido para mí, porque aunque estaba a centenares de brazas de profundidad, lograron localizarme —dijo *Keet*.

Ahora Jones estaba seguro. *Había* emoción en su voz, y era una mezcla de malhumor y de resentimiento. Cuando lanzaron a *Keet* al mar, pensó Jones, la escena había perdido una gran actriz.

No obstante su situación, Jones no pudo menos que reírse entre dientes. *Keet* lo oyó, pues le preguntó:

—¿Qué es ese ruido, Jones?

—Risa.

—¿Risa?

Hubo una pausa. Jones se imaginó a *Keet* esperando mientras exploraba los canales de sus bancos de memoria electrónica en busca de la definición de la cosa llamada risa.

—¿Te refieres a esto? —dijo *Keet*.

Estalló en un cacareo espeluznante.

Los labios de Jones se plegaron en una tiesa sonrisa. Era evidente que los creadores de *Keet* habían incluido en su estructura la definición de la risa y la capacidad de reproducirla. Pero la risa de que la habían dotado era justamente la que uno podía esperar de ellos. Estaba destinada a aterrorizar a sus víctimas. No había en ella nada de diversión, ninguna alegría. Jones se lo dijo. Otra pausa. Luego el parlante soltó una risita. Ésta expresaba desprecio y sarcasmo.

—No, no me refiero a eso —respondió Jones.

La voz de *Keet* tembló. Jones se sintió intrigado. Los ingenieros enemigos no habían previsto, por supuesto, que ella pudiese expresar sus propias emociones. Las máquinas, lo sabía, podían ser frustradas pero no «sentir» decepciones como las que experimentan los seres humanos. Era factible, sin embargo, que en su afán de hacerla emular lo más posible a un ser humano, hubiesen incluido ese mecanismo. Ello implicaría llevar la ingeniería hasta más allá de

los límites de lo fantástico, pero podía ser.

Fue entonces cuando recibió otra pequeña sorpresa. *Keet* había empezado a decirle por qué necesitaba ayuda, pero se había desviado repentinamente a esta discusión y esta vana tentativa de reproducir su risa.

Keet podía distraerse.

Atesoró esta información. Quizá pudiera usarla contra ella más adelante si alguna vez se encontraba en situación de aprovecharla. Por el momento, con las vendas que lo aprisionaban, no parecía haber muchas esperanzas.

—¿Qué me estabas diciendo? —le preguntó.

—Te decía que estoy en un apuro y que por lo tanto, los dos lo estamos. Si deseas sobrevivir, debes ayudarme.

Hizo una pausa como si escudriñara su cerebro de células metálicas en busca de la combinación de palabras psicológicamente adecuadas. Jones se puso tenso, porque sabía que ésta era su única posibilidad de salvación, y escuchó atentamente.

—Mientras tú dormías —dijo ella— esos aviones, que supongo eran aparatos de los burgueses yanquis, consiguieron localizarme y me arrojaron cargas de profundidad. Explotaron muy cerca, pero mi casco es fuerte y compacto, y me hicieron muy poco daño superficial. Pero me trastornaron bastante.

»Me sumergí escorada y me alejé de ellos. Pero cuando llegué al fondo, me detuve. Mi proa está en el légamo del abismo y no puedo volver».

«Santo Dios», pensó Jones. «¿A qué profundidad estamos? ¿Miles y miles de metros?».

El pensamiento lo retrotrajo a su claustrofobia. Ahora las paredes parecían realmente abalanzarse sobre él. Se doblaban bajo el peso colosal de las incontables brazas de agua que lo separaban de la superficie.

Negras y aplastantes.

Keet había hecho una pausa como si quisiera darle tiempo para comprender el terror que aleteaba bajo la fina piel de su casco. Ahora, como si hubiese evaluado correctamente sus reacciones, prosiguió.

—Mis paredes son fuertes y lo suficientemente flexibles como para no ceder, incluso a esta profundidad. ¡Pero se me ha abierto un

rumbo!

»Es un orificio muy pequeño, pero está llenando un compartimento entre mis paredes externas e interna. Y, debo confesarlo, un panel de mi pared interna se ha desplazado por el impacto de las explosiones. Estuvieron muy cerca».

Hablaba como una mujer que le cuenta a su médico que tiene un riñón enfermo.

—Mis bombas funcionan bastante bien y puedo evitar que el agua termine por llenar todo mi interior —dijo—. Desgraciadamente, la humedad ha afectado parte de los circuitos que controlan mi timón. Y ahora sólo puedo desplazarme en una dirección, pues mis timones de buceo están bloqueados.

Hizo una pausa dramática y agregó:

—Hacia abajo.

Sus palabras lo aterrorizaron. Ahora nada ganaría abriendo esa puerta. El hacerlo no traería otra cosa que oscuridad y opresión, no la luz ni el aire ni...

Apretó los puños y reunió la fuerza necesaria para ahuyentar el pánico. Ella no podía ignorar el efecto que le causaban sus palabras; había contado con eso. Era probable, más que probable, que las ataduras que le sujetaban los brazos contuviesen instrumentos destinados a medir su presión arterial y su ritmo cardíaco. Ella sabía cuándo él mentía y también cuándo caía en un estado de terror.

—Tengo los medios necesarios para repararme —prosiguió—. Pero este rumbo, por desgracia, también ha afectado los circuitos que rigen los brazos reparadores. Una terrible desgracia.

La voz de Jones era tan tensa como sus puños crispados.

—¿Entonces?

—Entonces, me propongo dejarte salir de tu celda y permitirte tapar el rumbo y reparar los circuitos. El material para tapar el rumbo y la caja que contiene los planos están en mi sala de máquinas. Ellos te permitirán reconocer los circuitos.

—¿Y si lo hago?

—Te llevaré sano y salvo a la nave madre.

—¿Y si no?

—Te cerraré la entrada de aire. Pero primero, te apagaré la luz.

Aquello equivalía a asestarle un mazazo en la cabeza y a cerrar

de golpe sobre su cara la tapa del ataúd. Él sabía que no podría resistir semejante amenaza. No quería reconocer su cobardía; necesitaba creer, desesperadamente, que era valiente. Pero sabía que algo enterrado en lo más profundo de su ser lo traicionaría.

Cuando llegase la oscuridad y el aire se tornara denso y caliente, se sentiría otra vez niño, un niño encerrado en un armario oscuro que parecía hundirse hacia el centro de la tierra para nunca más volver a subir. Sobre él gravitaría el peso de la tierra misma y sus mares y sus montañas y la gente caminando por encima de su cabeza, lejos, muy lejos.

—¿Y bien? —La voz era impaciente.

Él suspiró.

—Lo haré.

Después de todo, mientras viviera tenía la esperanza de escapar. Quizá de capturar a esta monstruosidad...

Meneó torvamente la cabeza. ¿Para qué tratar de engañarse? Era un cobarde y un inútil. Si no lo hubiera sido, no se habría pasado la vida huyendo despavorido, volviendo a su madre. No habría renunciado a ese importante puesto docente en una gran universidad del oeste medio y regresado a la costa para enseñar allí, porque eso le permitía estar más cerca de su madre.

Ella había rehusado dejar su casa, así que él tuvo que volver.

Y más tarde, cuando conoció a Jane y se dejó convencer por ella de la conveniencia de ir a trabajar en el gran laboratorio electrónico de Hawai, más de una vez había pensado cuánto le gustaría que su madre fuese a visitarlos. Y luego cuando, después de muchas disputas enconadas, Jane se había negado a permitirlo porque decía que su madre ahogaba su hombría, la había abandonado.

Y ahora, estaba otra vez en el armario que se hundía cada vez más profundamente en el abismo tan temido, otra vez en el armario porque había vuelto a huir. Si hubiera tenido las pelotas como para quedarse con Jane, no se encontraría en este callejón sin salida.

Lo terrible de todo esto era que reconocía que Jane tenía razón. Era consciente de que el dominio que su madre ejercía sobre él se debía a esa curiosa distorsión de su mente. Y sin embargo, no había podido hacer nada al respecto, salvo luchar débilmente, tal como cuando fue arrojado a las fauces abiertas de este monstruo; y ahora acataba sus órdenes al pie de la letra. Y todo a causa del miedo que

era incapaz de enfrentar.

La voz aguda de *Keet* interrumpió su monólogo.

—Sólo hay una cosa que me hace dudar de liberarte.

—¿Qué cosa?

—¿Puedo confiar en ti?

—¿Qué puedo hacer? No quiero morir y sólo quedándome contigo puedo vivir. Aunque sea tu prisionero.

—Oh, nosotros tratamos muy bien a los técnicos colaboracionistas.

A Jones no le pasó inadvertida la forma en que acentuó la palabra colaboracionista. Lo recorrió un escalofrío y se preguntó qué suerte le esperaba y si no sería acaso mejor negarse a su pedido. Por lo menos caería con honor.

Honor era una palabra tan hueca, aquí, a tantas brazas bajo el nivel del mar, donde nadie sabría jamás el sacrificio que él había realizado. No sería nada más que uno de los tantos desaparecidos, olvidado por todos excepto por su madre y Jane. Y ella... ella era tan joven, tan bonita e inteligente. Muy pronto encontraría algún otro. Él sólo pensarlo lo anegó en una oleada de cólera.

Keet dijo:

—Te subió la presión. ¿Qué estás pensando?

Quiso decirle que no era cosa de ella, pero sabía que podría sospechar que estaba tramando algo para engañarla. Se confesó.

Ella comentó, con indiferencia:

—Ustedes, los yanquis burgueses, deben aprender a dominar sus emociones. O mejor aún, a librarse de ellas. Perderán la guerra a causa de su estupidez y de sus emociones pusilánimes.

En otras circunstancias Jones se habría reído ante la idea de una máquina que barbotara tales patriotadas, pero ahora el saber que los constructores de *Keet* no habían descuidado el aspecto ideológico del educado cerebro mecánico, sólo le despertaba una ligera curiosidad.

Además —y este fue un pensamiento que le hizo dar un respingo— quizá tuviese razón.

—Antes de dejarte en libertad, Jones —dijo, y su voz era cada vez más cortante— debo advertirte que he tomado precauciones para impedirte cualquier sabotaje. Voy a ser muy franca contigo y te confesaré que, mientras estés en la sala de máquinas, no voy a

poder ejercer sobre ti una vigilancia tan estrecha como cuando estás aquí. Pero tengo toda clase de recursos para seguir cada uno de tus movimientos. Si llegas a tocar, o aunque sólo sea aproximarte, a uno de los sectores no autorizados, lo sabré al instante.

«Además, debo admitir que no tengo más que un arma contra ti. Si no te comportas como es debido, soltaré inmediatamente un gas anestésico. Dejaré abierta la puerta de la celda para que el gas inunde, en caso necesario, todos mis compartimentos. Como los corredores son muy estrechos, pues fueron diseñados exclusivamente para los obreros de mantenimiento que me atienden cuando estoy en dique seco, esos corredores no tardarán en llenarse. Tendrás que rendirte».

—¿Y después de eso? —preguntó Jones.

—Seguiré despidiendo gas hasta que mueras. Entonces pereceremos los dos. Pero tendré la satisfacción de saber que ningún lamebotas capitalista me ha vencido. Y no le temo a la muerte como tú.

Jones puso en duda esta última afirmación. Era cierto que ella no tendría miedo en el mismo sentido que él. Pero sus constructores debían de haber puesto en ella un impulso de lucha por sobrevivir tan fuerte como el suyo. De lo contrario, no sería la máquina bélica que el enemigo necesitaba, y en ese caso hubieran podido construir el tipo más convencional de submarino tripulado por seres aptos para pelear por sus vidas.

La diferencia principal consistía en que por ser una máquina, no sufría de neurosis. Él era un hombre, con una organización muy superior. Por lo tanto era mucho más probable que algo fallara en él. Cuanto más alto se vuela, mas grande es la caída.

Sus ligaduras plásticas estallaron. Se puso de pie, frotándose los brazos y las piernas acalambrados. Al mismo tiempo, la puerta de la celda se deslizó por un hueco de la pared. Se dirigió hacia ella y espió el corredor. Retrocedió.

—¡Adelante! —dijo Keet, impaciente.

—Está tan oscuro —dijo él—. Y es tan bajo y estrecho. Tendré que arrastrarme.

—No puedo darte luz —restalló la voz—. Hay linternas para los obreros de mantenimiento, pero están bajo la llave de la sala de máquinas. Tendrás que ir a buscarlas.

Le era imposible. No podía inducir a sus piernas a penetrar en aquella cerrada oscuridad.

Keet lanzó una imprecación en lengua enemiga. Por lo menos él supuso que era una imprecación. A eso sonaba sin duda.

—¡Jones, cobarde burgués! ¡Sal inmediatamente de este cuarto! Él gimoteó.

—No puedo.

—¡Ja! Si todos los civiles yanquis son como tú, seguro que perderán la guerra.

No le podía explicar que no todos eran como él. Su debilidad era especial; lo exculpaba. No tenía medios para luchar contra ella.

—Jones, si no sales de aquí, inundaré la celda de gas.

—Si lo haces, tú también estarás perdida —le recordó—. Permanecerás aquí para siempre, con tu proa en el barro.

—Ya lo sé. Pero lo que me mueve es algo superior al deseo de sobrevivir. Si debo optar entre ser capturada y perecer, elijo lo último. Sin los escrúpulos característicos de ustedes, los burgueses.

Hizo una pausa y con un desprecio tan profundo que Jones casi pudo ver la mueca en los labios de su carcelera, dijo:

—¡Fuera!

No le cupo ninguna duda de que hablaba muy en serio. Además, tan violento era el tono de escarnio de su voz que sintió como si una llama lo azotara y quemara el dorso de las piernas. Se agachó y se sumergió en el oscuro y estrecho pasadizo.

Hasta en ese momento era consciente de que ella era incapaz de sentir verdadero desprecio. Lo único que pasaba era que sus constructores habían programado su cerebro electrónico con directivas de tratar a los enemigos capturados de tal o cual manera. Ella no ignoraba los estados psicológicos de Jones y automáticamente recurría, en el momento oportuno, al desprecio o a la emoción que fuera necesaria. Sin embargo, había en su voz un filo cortante, y había calado muy hondo.

Agachado, con los nudillos casi a ras del piso de plástico, caminaba como un gorila en una selva desconocida. Sus ojos ardían en la oscuridad como si quisieran proporcionarle su propia luz. Pero no veía absolutamente nada. Varias veces miró nerviosamente por sobre su hombro y siempre lo reconfortó el cuadrado de luz que proyectaba la lamparilla de la celda. Mientras no lo perdiera de

vista, no se sentiría tan desamparado.

El corredor describía una pequeña curva. Cuando volvió la cabeza sólo divisó un leve resplandor que le indicaba que no todo era oscuridad, que, después de todo, no estaba encerrado en el armario. Su corazón latía apresuradamente y algo brotó de lo más hondo y más profundo de su ser, una densa, negra y oleosa hez de terror y pánico irracional. Le colmó el corazón y trepó hasta su garganta. Trató de ahogarlo.

Se detuvo y apoyó ambas manos en las paredes laterales. Eran sólidas y frías al tacto y no avanzaban para aplastarlo. Lo sabía. Sin embargo, por una fracción de segundo, las había sentido moverse. Y había sentido que el aire se solidificaba, como si fuese una serpiente pronta para enroscarse alrededor de su cuello.

—Mi nombre es Chris Jones —dijo en voz alta. Su voz retumbó en los corredores—. Tengo treinta años, no soy un niño de seis. Soy un especialista en electrónica y capaz de ganarme la vida. Tengo una esposa, a la cual, me doy cuenta ahora por primera vez, Santo Dios, quiero más que a nada en el mundo. Soy norteamericano, y estoy en guerra con el enemigo, y es mi deber, mi derecho y mi privilegio, y debería ser mi orgullo, si fuera de la pasta de los héroes, hacer todo cuanto estuviera en mi poder por mutilar o destruir a ese enemigo. Tengo dos buenas manos y mis conocimientos. No obstante, Dios sabe que no estoy haciendo lo que debería. Me estoy arrastrando por un túnel como un niño, tiritando de miedo y corriendo a refugiarme en los brazos de mamá, en busca de la luz y la seguridad. Y ayudando y favoreciendo al enemigo para poder recobrar la luz, la seguridad y la voz de mi madre.

La voz le tembló, pero logró dominarla. Ese dominio era un indicio de lo que sucedía en su interior. Ahora o nunca, se dijo para sus adentros. Ahora o nunca. Si regresaba, si las piernas y el corazón le fallaban, todo estaba perdido para él. Ya ni siquiera tendría importancia el llegar, sano y salvo, prisionero, a manos del enemigo. O hasta ser rescatado y poder volver libre al hogar, con los suyos. Siempre había estado prisionero del enemigo, descubrió, y el enemigo era él mismo. Ahora, en las profundidades del océano, atrapado en este corredor estrecho y oscuro, debía luchar contra ese enemigo invisible que tan bien conocía, y debía derrotarlo. O

rendirse.

El dilema era cómo.

—La solución era: ¡Adelante! ¡No te detengas!

Avanzó lentamente, tanteando la pared con la mano derecha. *Keet* le había dado instrucciones; si las seguía, encontraría el armario de la sala de máquinas. Lo hizo. Al cabo de lo que le parecieron horas de manotear a ciegas y debatirse contra la sensación de ahogo que le oprimía la garganta y el pecho, palpó un objeto cuyas dimensiones respondían a la descripción de *Keet*. Las llaves colgaban de una cadena sostenida por un gancho; la introdujo en la cerradura y la hizo girar. Un minuto después, encendió la linterna.

Con la ayuda del haz de luz, exploró el recinto. A su lado se alzaba el enorme cubo del reactor atómico. Su casco era de una aleación desconocida que no dejaba pasar las radiaciones, y sin embargo su peso era muy inferior al del ahora obsoleto blindaje de plomo. A pesar de todo, sabiendo que había una pérdida y que los hombres de mantenimiento debían utilizar mamelucos antirradiativos, se sentía intranquilo. Con todo, si no se demoraba mucho, estaría a salvo.

Localizó con facilidad el panel desplazado. Era una prueba de que *Keet*, pese a haber sido bien programada, había sido construida apresuradamente.

Había otra posibilidad. Tal vez uno de los hombres que intervinieron en su construcción había pertenecido a la resistencia, era un saboteador. Esa parte vulnerable de *Keet* era obra suya.

Alumbró la abertura con su linterna. Vio un fino rocío de agua que brotaba a intervalos regulares de varios segundos a través de un orificio invisible. Ésta podía ser una prueba de que entre los enemigos había manos clandestinas que trabajaban para los llamados cerdos burgueses. El submarino estaba formado por piezas soldadas entre sí, no remachadas, para conferirle mayor resistencia. El cuerpo de *Keet* no haría agua a no ser que un proyectil hubiera abierto un orificio en el metal. Era posible, por lo tanto, que el fallo de ese sector fuera deliberado.

No tenía importancia, pensó Jones. Fuera intencional o accidental, el mal estaba hecho. De él dependía usarlo para su beneficio.

Examinó el compartimento. Los circuitos internos estaban anegados por el agua, pero no era ésa la causa del desperfecto. Sellados en cubiertas de plástico, hubieran podido funcionar en una cámara inundada. Sin embargo, merced a una serie de dispositivos de seguridad, esta sección de circuitos tenía un interruptor automático para situaciones de emergencia como la presente. *Keet* no podía volverlos a poner en funcionamiento si no se tapaba el rumbo.

Jones regresó al armario y tomó una pistola rodadora. Lanzó una sustancia semilíquida sobre la abertura por la cual entraba rítmicamente el agua del mar. La sustancia se solidificó y secó. La entrada de agua cesó inmediatamente.

Jones se puso de pie y, siempre agachado, se encaminó otra vez al armario. Allí buscaría un recipiente con el cual desagotar la cámara más rápidamente, pues las bombas no trabajaban con la suficiente celeridad. Pero se detuvo, un pie delante del otro, como paralizado en plena marcha.

¡Qué estúpido! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Debió tener un miedo de los mil demonios para no haberlo pensado en seguida!

Keet le había dicho que su proa estaba enterrada en el fango y que no la podría sacar hasta que volvieran a ponerse en funcionamiento los circuitos que gobernaban su timón.

Sin embargo, no había indicio alguno de que la nave estuviese escorada. Podía caminar sin necesidad de balancearse hacia uno y otro lado para compensar la supuesta inclinación.

Entonces *Keet*, por motivos que sólo ella conocía, le había mentido.

Se olvidó del miedo que lo oprimía hasta entonces, sofocado sólo con un esfuerzo sobrehumano. Este problema exigía toda su atención, y se centró en él con cuerpo y alma.

Había dado crédito a todo cuanto ella le dijera acerca de la situación porque no se le había ocurrido que un robot pudiera mentir. Pero ahora que lo pensaba, era natural que la máquina estuviese hecha de la misma pasta que sus creadores. Se jactaban de que mentir era un medio tan bueno como cualquier otro si con él lograban sus fines. Y por supuesto, deberían haber insertado en *Keet* un productor de mentiras. Si la ocasión lo requiriera, ella podría

fragar algún embuste.

La pregunta por un millón de dólares era: ¿por qué pensaba ella que era necesario hacerlo?

Respuesta: Debía sentirse débil, vulnerable.

Pregunta: ¿Y por qué se sentía débil?

Respuesta: Él, Jones, era su punto sensible.

¿Por qué?

Porque era un hombre. Podía moverse de acá para allá, podía pensar. Podría quizá tener el coraje necesario para actuar en contra de ella. Si lo hacía, acaso la vencería.

Keet no era ni de lejos tan temeraria y fuerte como pretendía. Había tenido que apelar a su debilidad, a su miedo a la oscuridad y al encierro, a la aterradora masa de agua que, según *Keet*, los aplastaba. Había confiado en esa debilidad suya para hacerle reparar, dócilmente, el desperfecto y luego, como el manso cordero que era, hacerlo volver al redil. Y probablemente al matadero. Ahora dudaba de que tuviera intenciones de llevarlo a la nave madre.

Quizá permaneciera en alta mar durante un año o más, hasta encontrar los blancos suficientes para sus cuarenta torpedos. Mientras tanto, tendría que alimentarle y proporcionarle su ración de aire. No era lo bastante espaciosa como para eso, no estaba diseñada para el transporte de carga.

La celda en que había estado encerrado debía servir de cárcel temporal para el interrogatorio de los prisioneros o de cabina para los espías y saboteadores que serían desembarcados, en la oscuridad de la noche, en algún paraje de la costa norteamericana. *Keet* le había mentido desde el principio.

La ironía de todo eso era que, al obligarlo a reparar el desperfecto, había tenido que apelar a su falta de carácter para inducirlo a realizarlo. Sin embargo, lo había forzado con ello a sobreponerse a su debilidad; lo había hecho fuerte.

Por primera vez desde que dejara a su esposa, sonrió con sinceridad.

En el mismo instante, la linterna iluminó la pistola rociadora en el lugar en que la había dejado. Sus ojos se achicaron. Los temores de *Keet* eran justificados. En definitiva, ella era una máquina con las limitaciones de una máquina, y él era un hombre. Era un móvil, un

móvil con imaginación. En eso consistía la derrota del enemigo.

Podía oír su voz resonando en los corredores, preguntando dónde estaba y amenazándolo con dejar el gas en libertad si no acudía inmediatamente.

—Ya voy, *Keet* —gritó.

Llevaba en una mano un destornillador que había tomado del armario y en la otra la pistola rociadora.

Dos días más tarde, un avión patrullero de la armada descendía en picado hacia el submarino, que yacía enorme sobre la superficie. El vigía alerta divisó al hombre de pie sobre el bruñido lomo, agitando una camisa blanca. El avión no dejó caer sus bombas, y luego de una minuciosa exploración, amerizó y recogió al hombre, que resultó ser un norteamericano con el antiguo y vulgar apellido norteamericano de Jones.

En su viaje de regreso a Hawai narró su historia por radio. Un destructor que navegaba en las cercanías fue inmediatamente enviado a capturar a *Keet*. Cuando Jones desembarcó tuvo que presentar un informe oficial y repetir con mayores detalles lo sucedido. En respuesta a una pregunta que le formuló un oficial de la armada, respondió:

—Sí, corrí un albur, pero tuve que hacerlo. Estaba seguro de que ella —perdone, el robot— me mentía. Si la proa hubiera estado realmente hundida en el fango, yo habría notado en seguida que la celda y el corredor estaban escorados. Además, el agua no entraba ininterrumpidamente, como hubiera sido el caso si se ejerciera una fuerte presión sobre la nave. Brotaba de la fisura, es verdad, pero sólo a intervalos. No era muy difícil deducir que estábamos en la superficie y que el agua entraba cada vez que una ola golpeaba su costado.

«*Keet* confiaba en que yo no lo notaría, que estaba tan atemorizado por el peligro de nuestra supuesta situación, que repararía el daño y me arrastraría de vuelta hasta mi celda».

Y lo habría hecho, pensó sombríamente, de no haber sido por ese sarcasmo indecible en su voz y porque aquel era el momento preciso en que debía probarme de una vez para siempre si era un hombre o un cobarde.

—Todavía me atemorizan la oscuridad y el encierro, pero es un temor que podré vencer. *Keet* no pensó que fuera capaz. Pero por

las dudas, me dijo que estábamos en el fondo del mar. No quería que yo supiera que el mecanismo de su timón estaba trabado de tal manera que sólo podía emerger en vez de sumergirse, como me había dicho, y que estaba en la superficie, fácil presa para cualquier nave norteamericana que pasara por las inmediaciones. Calculó que si conocía esa circunstancia, podría reunir el coraje necesario para rebelarme. Desgraciadamente para ella, no le concedió crédito alguno a mi inteligencia. O apostó a que mi miedo la neutralizaría. Y estuvo *tan* cerca de acertar.

—Bueno, ¿y qué fue exactamente lo que hizo con la pistola rociadora? —preguntó el subteniente del navío.

—Primero, contuve la respiración y corrí hacia la celda donde había estado prisionero, localicé la boca por donde salía el gas y esparcí una nube del cemento sellador. Eso le puso coto. Luego regresé al armario, estudié los planos, y localicé el «cerebro» de *Keet*.

»Me llevó apenas un minuto desconectarlo de su cuerpo».

Sonrió burlonamente.

—Eso no hizo callar su voz, pues me echó una maldición más digna de un soldado que de una dama. Pero como la dijo en la lengua del enemigo, no entendí una sola palabra. ¿Curioso, verdad, que ella, a semejanza de los seres humanos, volviera a su lengua materna en momentos de furia o frustración?

—Sí, ¿y entonces?

—Estimulé los circuitos que abrían la escotilla del puente y dejé entrar aire del exterior.

—¿Y no estaba seguro de si lo que iba a entrar era aire o agua?

Asintió con un gesto.

—Así es.

No dijo que había permanecido allí, de pie, helado y tembloroso, mientras esperaba.

—Muy bien —dijo el subteniente del navío con una mirada de admiración que conmovió a Jones y le hizo sentir por primera vez que también él, después de todo, tenía su parte de héroe—. Puede retirarse. Si necesitamos algo más, lo llamaremos. ¿Desea algo antes de marcharse?

—Sí —dijo Jones mirando alrededor—. ¿Dónde hay un teléfono? Quisiera llamar a mi esposa.